
VENGANZA
EL APOCALIPSIS ZOMBIE DESDE
EL OTRO LADO DE LA VERJA
Gemma Herrero Virto

VenganZa

El apocalipsis zombi desde el otro lado de la verja

Gemma Herrero Virto

Título: VenganZa (El apocalipsis zombi desde el otro lado de la verja)
Autor: Gemma Herrero Virto

www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean

Revisión: Julen Díaz Llorente
Foto de cubierta: Erika Virto Durán

Copyright de la presente edición: © 2017 Gemma Herrero Virto
Fecha de publicación: 15 de diciembre de 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Si ya lo has descargado ilegalmente de alguna página de Internet, tampoco vamos a llorar. Si te ha gustado, al menos pásate a dejar un comentario por Facebook o Twitter, que eso no paga las facturas, pero me alegra el día ;-)

A Asier,
por ayudarme a pensar de manera diferente

Tus muertos vivirán, sus cadáveres se levantarán. ¡Moradores del polvo, despertad y dad gritos de júbilo!, porque tu rocío es como el rocío del alba, y la tierra dará a luz a los muertos.
Isaías, 26:19

Y comprendió también la expresión de aquellos rostros: angustia, miedo, horror. Tenían miedo, sí. Era para ellos un monstruo terrible y desconocido, una malignidad más espantosa aún que la plaga. Un espectro invisible que había dejado como prueba de su existencia los cadáveres desangrados de sus seres queridos. Y Neville los comprendió y dejó de odiarlos.
Soy leyenda, Richard Matheson

En Halloween, todas las ciudades importantes, desde Nueva York hasta Moscú, hedían bajo los cielos desiertos, y el mundo tal como lo conocemos había pasado a la historia.
Cell, Stephen King

En aquellos días los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; y ansiarán morir, y la muerte huirá de ellos.
Apocalipsis, 9:6

Raquel-Día 1

I

Las gruesas verjas de hierro se cierran a mi espalda. Por un momento me quedo paralizada en medio de la plaza desierta sin saber hacia dónde ir. Me giro hacia La Alhóndiga y me pregunto si Abel me dejaría regresar si le pido perdón y prometo obedecerle. Puedo distinguir sus largas vestiduras blancas tras las rejas. Seguro que está esperando que el terror me impida avanzar y que vuelva suplicando. Ya es muy tarde para eso. No debí rebelarme contra mi destino y mucho menos delante de toda la congregación. Me lo ha dejado muy claro: o soy reproductora o soy recolectora. No me dejará volver si no le demuestro que puedo conseguir alimentos tan bien como cualquiera de los hombres.

Aprieto con fuerza el rifle que me han prestado y comienzo a avanzar. Sólo un gajo de luna en cuarto menguante ilumina mis pasos. No puedo distinguir nada más allá de la plaza, rodeada por la vegetación descontrolada de los jardines, que forman una muralla en la que podría esconderse cualquier cosa. Abel ha dicho que es mejor salir de noche, que, aunque sea más difícil ver, evitas que los podridos te vean a ti. Eso no me tranquiliza. Sé que ellos nos huelen. Avanzo hacia las escaleras que salen de la plaza, temiendo que un brazo frío y grisáceo aparezca entre la maleza para atraparme.

No sucede nada. Camino agachada por Alameda Urquijo, pegada a los coches, con todos los sentidos alerta. El viento arrastra papeles, bolsas y latas vacías, haciendo que me gire a cada momento. Toda la ciudad huele a cementerio, a muertos abandonados dentro de sus casas, a cadáveres rondando por las aceras… Vuelvo a plantearme que debería volver, reconocer que me he equivocado y jurar que aceptaré mi lugar, pero ya he avanzado más de cincuenta metros y me da tanto miedo darme la vuelta como seguir adelante.

No tengo muchas esperanzas de conseguir comida en estas calles. Llevamos casi dos años encerrados en La Alhóndiga y los recolectores han debido de acabar con todas las provisiones de las tiendas cercanas. Me habría gustado hablar con alguno de ellos antes de salir para preguntarles dónde podría ir, pero toda la

congregación me ha dado la espalda tras mi discusión con Abel. Ninguno de ellos me ha dirigido la palabra en las horas que han pasado hasta el anochecer. Ni siquiera me han mirado a los ojos, como si cualquier contacto conmigo pudiera infectarlos. Comprendo que mis palabras supongan una amenaza al orden que nos protege y nos separa de la muerte, pero yo no pretendo destruir nada. Sólo quiero mejorarlo.

Es imposible que Abel tenga la razón en todo, que su palabra sea ley. Nos comportamos como un grupo de fanáticos detrás de un líder y, cuanto más le seguimos a ciegas, más brilla en sus ojos una chispa que se parece mucho a la locura. Sin embargo, sé que si compartiese en voz alta estos pensamientos, nunca podría volver. Sólo me quedan dos posibilidades: conseguir ser recolectora y ganarme así el derecho a decidir mi destino o aceptar la orden de Abel de convertirme en la cuarta mujer de Caleb, uno de sus lugartenientes, y comenzar a parir hijos con los que formar un ejército y reconquistar la Tierra. Esa idea es estúpida. Ya pasamos bastante hambre siendo unos pocos. ¿Con qué piensa alimentar a un ejército? Además, aunque su idea fuese buena, no quiero ser la esposa de Caleb. He visto como trata a sus mujeres, las cosas que les hace por las noches en el dormitorio común. Yo no quiero que me haga eso. Sólo tengo dieciséis años.

Ya he cruzado Alameda Urquijo sin encontrarme con nadie. Me enderezo y le echo un vistazo a la Gran Vía. La calle me parece enorme, demasiado abierta, con las entradas a los portales demasiado grandes… Voy a estar muy expuesta. No se me ocurre dónde podría esconderme si alguno de ellos aparece. Sin embargo, en todo lo que puedo abarcar con mi vista no descubro a ningún podrido tambaleándose. Por un momento me planteo que todos ellos han muerto, que el mundo vuelve a ser de los humanos y que Abel y sus recolectores lo saben, pero prefieren ocultárnoslo y seguir dominándonos. Niego con la cabeza. Me estoy dejando llevar por la paranoia. Ni siquiera Abel puede ser tan retorcido.

Me siento más tranquila, así que me adentro en la Gran Vía con aire decidido. Después de todo, puedo correr más que cualquiera de ellos y voy armada. No tiene por qué sucederme nada. Llenaré mi mochila, volveré como una triunfadora y me habré ganado el derecho a decidir sobre mí propia vida.

Me dirijo hacia la ría, pasando de largo el Corte Inglés[i]. Es posible que haya provisiones dentro, pero es demasiado grande y está demasiado oscuro como para que yo entre sola. Cuando ya sea un miembro de pleno derecho del grupo de recolectores, podré

venir con ellos y llenar mochilas enteras. De momento, me conformaré con buscar en las cafeterías y restaurantes de la calle.

Me parece escuchar algo a mi espalda, un arrastrar de pasos. Un tempano helado me recorre la columna y me paraliza. Sólo puedo desear que sea algún cartón arrastrado por el viento. Entonces me llega su sonido; ese gemido ahogado que quedó grabado en mi cerebro desde los primeros días de la plaga, lo último que escuché de labios de mi madre, de mi padre, de mi hermano pequeño… Lo tengo detrás, tengo a un maldito podrido a unos diez pasos. Sigo avanzando unos segundos, como si no me hubiese dado cuenta de su presencia, mientras quito el seguro del rifle.

Me giro y la veo, con un brazo levantado hacia mí, la cabeza ladeada hacia la izquierda, la boca abierta lanzando ese sonido… Es una mujer joven con el pelo sucio tapándole la mitad del rostro. Lleva unos pantalones vaqueros llenos de barro y sangre. Va desnuda de cintura para arriba. En lugar de su pecho izquierdo hay un desgarrón cubierto de sangre coagulada. A su brazo derecho le falta carne, puedo ver trozos de hueso a través del agujero. Seguro que fue ahí donde la mordieron cuando la contagiaron, cuando hicieron que dejara de ser una persona con familia y sentimientos para convertirse en el monstruo repulsivo que se alza ante mí y que se acerca poco a poco. No debo pensar en esas cosas. En eso Abel tiene razón. Son monstruos. No queda nada de humanidad en ellos. Lo mejor que se puede hacer es matarlos.

Apunto con cuidado a la cabeza, espero a que esté lo bastante cerca como para asegurarme de no fallar y aprieto el gatillo. Un clic apagado es la única respuesta que recibo. Disparo una y otra vez, incapaz de creer lo que está sucediendo. La mujer acelera un poco el paso, alzando más los brazos para atraparme. Me giro y echo a correr. Siento como sus dedos rozan mi espalda. El gemido de la mujer crece, cada vez más y más alto. Se convierte en un grito desgarrador con el que expresa toda su frustración y su hambre. Y también se convierte en una llamada a la caza para su manada.

En mi loca carrera percibo por el rabillo del ojo cómo más podridos se unen a la persecución. Surgen de las negras bocas de los portales, se levantan de los asientos de los coches, aparecen tambaleándose por las puertas de los bares como borrachos tras su última copa…

Avanzan lentamente, pero cada vez son más. Sus gritos se unen a los de la mujer, llamando a más compañeros al banquete. Corro todo lo rápido que puedo, esquivando a los que aparecen frente a mí, librándome por pocos centímetros de su mortal abrazo, de la

caricia infectada de sus largas uñas… Sólo tengo que correr un poco más, sólo otros doscientos metros.

Escucho a mis espaldas el arrastrar de sus pasos, cada vez más numerosos. No sé cuántos me persiguen, no quiero girarme para mirarlos, pero suenan como un ejército. Noto que mis ojos se llenan de lágrimas. Rogaré perdón públicamente, le diré a Abel que le obedeceré para siempre y me entregaré a Caleb como la más sumisa y abnegada de sus esposas. Lo único que quiero es estar de nuevo a salvo, alejar de mí la pesadilla…

Me seco con la manga de la chaqueta las lágrimas que me impiden ver. Sólo quedan cien metros. Empiezo a distinguir al fondo de la calle la silueta de La Alhóndiga. Voy a conseguirlo, sólo tengo que correr un poco más. Un podrido enorme, con un trozo de cuero cabelludo colgando de su cabeza, aparece frente a mí. Está colocado en medio de la carretera con los brazos abiertos y las rodillas flexionadas, como un jugador de futbol americano que intentase placarme. No me da tiempo a esquivarle, así que agarro el rifle con todas mis fuerzas y le golpeo en la boca con la culata. El podrido cae al suelo, pero sujeta el rifle con las manos mientras lo muerde como un perro. Intento recuperarlo, pero es muy fuerte. Si me entretengo, me alcanzará el grupo que me persigue, así que, en lugar de tirar, cargo todo mi peso sobre el rifle. Noto cómo los dientes del monstruo se rompen en pedazos. Después lo suelto y sigo corriendo.

Quedan menos de cincuenta metros. Ni siquiera busco los escalones de entrada al parque. Me subo de un salto y atravieso la maleza, demasiado asustada como para pensar que alguno de ellos pueda estar escondido allí. Corro hacia la verja y vislumbro las vestiduras blancas de Abel. Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Estaba esperando mi vuelta, deseando perdonarme.

Me agarro a las rejas y le miro agradecida. Él se mantiene quieto, como si no me viera. A mis espaldas oigo cómo el arrastrar de pies se sigue acercando.

— Abel, ábreme— le suplico—. Tenías razón, nunca debí contrariarte. Haré lo que tú quieras.

— Ya es muy tarde— me responde él—. Tú ya estás muerta.

Entonces lo comprendo todo. Nunca me ha dado la posibilidad de luchar por mi destino. Por eso me envío sola a buscar provisiones, por eso es él mismo el que está vigilando la entrada, por eso mi rifle no tenía munición… Desde que hablé en su contra, estaba condenada. Les dirá a los demás que no lo conseguí y rezarán fervorosamente por mi alma. Mi muerte será un ejemplo,

acrecentará el poder de Abel y el miedo de los otros a desafiar el orden establecido. Me agarro con fuerza a las verjas, mientras escucho los pasos cada vez más cerca.

— Tú eres el monstruo. Tú eres el podrido— le digo mientras escupo entre las rejas.

Algo me agarra desde atrás. Noto unos dientes hincarse en mi hombro. Me separan de la verja y se lanzan sobre mí. Intento no gritar y seguir mirándole. Necesito grabar su imagen en mi cerebro. Si en la otra vida recordamos algo, quiero que sea el recuerdo de su rostro el que alimente mi hambre.

II

Mi mente vuelve poco a poco de la inconsciencia. Lo veo todo nublado. En un primer momento no sé dónde estoy ni qué ha pasado. Entonces empiezo a recordar y me sorprendo de seguir viva. Había podridos, podridos por todas partes… ¿Cómo he podido escapar? Trato de incorporarme, pero no tengo fuerzas. El dolor más intenso que he sentido en mi vida invade todo mi cuerpo. Pensaría que no se puede sentir más dolor si no fuera por los lanzazos que me llegan desde mi hombro izquierdo. Parece picar y quemar al mismo tiempo, como si mi sangre estuviera hirviendo, burbujeando…

Hago un gran esfuerzo para girar el cuello y echarle un vistazo. Estoy jodida, se acabó todo. Es un mordisco enorme que abarca la mitad de mi hombro. Falta un pedazo de carne y de ese agujero mana sangre negra a borbotones. La cabeza me da vueltas y siento que mi vista se nubla, pero lucho por mantenerme consciente. No puedo desmayarme, tengo que ser capaz de levantarme. Ellos están aquí, a apenas unos pasos. Estoy rodeada de podridos.

Parecen ignorarme. Se limitan a estar quietos, balanceándose ligeramente adelante y atrás, mecidos por una inexistente brisa. No me miran ni se mueven; no se lanzan hacia mí para tratar de devorarme las entrañas.

Me gustaría poder pensar con claridad, entender cómo he llegado de nuevo a la Gran Vía y por qué no han acabado conmigo. También me gustaría escapar, pero ni siquiera lo intento. No tengo fuerzas para moverme, no hay ningún sitio adonde ir y, además, en unas horas seré uno de ellos. Vuelvo a apoyar la cabeza en el suelo y clavo la mirada en lo alto. Ya es de día y el cielo luce un brillante color azul. Siento unas lágrimas escapando de mis ojos. Hacía mucho tiempo que no veía el cielo. Es una hermosa vista para atesorar como último recuerdo. Me concentro en ella para ignorar la basura que me rodea, el olor a muerte y descomposición, el horrible destino que me aguarda, el dolor y la fiebre.

A pesar de que trato de evitar pensar en eso, las lágrimas arrecian y empiezo a sacudirme por los sollozos. Sé que quizá eso los atraiga y haga que me maten, pero me da igual. Creo que sería mejor la muerte que convertirme en uno de los monstruos que me rodean. El sonido de mi llanto hace que una podrida situada a un par de pasos gire la cabeza hacia mí. Es una mujer mayor. El pelo

blanco y desgreñado le cae por la cara, ocultando parte de su rostro. Veo que le falta un ojo y que su mejilla está desgarrada. Algunos jirones de piel cuelgan de ella, dejando a la vista los músculos ennegrecidos. Sin poder evitarlo, me giro hacia un lado y vomito sintiendo que mi cuerpo se quiebra por el esfuerzo.

No sé cuánto tiempo paso arrojando todo el contenido de mi estómago, expulsando litros de un líquido amarillo y maloliente. Sé que esto no se debe sólo a la sensación de asco que he sentido al ver a esa mujer. Eso únicamente ha sido el detonante. Es la transformación: mi cuerpo se muere. Cuando termino de vomitar, vuelvo a dejarme caer sobre la espalda y prosigo con mi inútil llanto.

No llores, niña. Todo esto pasará.

No sé de dónde ha venido esa voz. La he sentido directamente dentro de mi cabeza. Puede que la fiebre me esté haciendo delirar. O puede que mi cerebro, en sus últimos momentos, haya creado la alucinación de una voz amable que me acompañe en mi agonía. Giro la cabeza hacia la mujer, que sigue contemplándome. No sé por qué me asalta la estúpida idea de que esa voz es suya, de que esa podrida ha intentado consolarme. La miro a los ojos, tratando de encontrar algo en su mirada muerta y me parece percibir un brillo extraño. ¿Comprensión? ¿Lástima? Ahora está claro: estoy delirando.

El dolor de mi hombro continúa incrementándose y me arranca lágrimas donde creí que ya no quedaban. Todo mi cuerpo arde por la fiebre y me lleva del frío más intenso al calor más abrasador. Empiezo a tiritar. Los temblores aumentan. Creo que voy a empezar a convulsionar y lo que más me preocupa es lo mucho que me va a doler el hombro si empiezo a golpeármelo contra el suelo. Por suerte, mi mente se nubla y me dejo arrastrar de nuevo a la inconsciencia.

III

Cuando despierto, ha oscurecido de nuevo sobre Bilbao. Me incorporo y consigo apoyar la espalda contra un muro cercano. Me quedo sentada preguntándome qué ha pasado. El hombro ya no me duele y la fiebre ha desaparecido. No puedo creer que me haya curado, que haya sobrevivido a la mordedura de un podrido.

Un leve gemido a mi derecha anula por completo mi optimismo. Muevo la cabeza muy despacio hacia el origen del sonido y veo a un podrido a tres pasos de mí. No parece que se haya dado cuenta de mi presencia, porque sigue sin moverse del sitio. Se limita a estar de pie con la mirada perdida en la nada mientras se balancea suavemente.

Giro la cabeza y veo más y más podridos rodeándome. No tengo escapatoria. Hay unos diez o doce alrededor de mí. Su conducta es extraña. Todos miran al vacío, incluso alguno me da la espalda. No parecen darse cuenta de que estoy aquí. No lo entiendo. Es cierto que casi no me he movido ni he hecho ruido, pero deberían olerme. ¿Por qué no me atacan?

Le echo un vistazo a mi hombro. La herida continúa abierta. Puedo ver los músculos, incluso un pequeño pedazo de hueso blanquecino. Ya no sangra, pero soy consciente de que una mordedura tan enorme debería hacerlo. Tendría que haber muerto desangrada. Una herida así de profunda no sana por sí sola. Todo esto es muy extraño.

Decido dejar las preguntas para más adelante. Cuando haya encontrado un lugar en el que refugiarme, podré dedicar todo el tiempo del mundo a tratar de resolver enigmas. Ahora lo importante es marcharme de aquí antes de que les vuelva a entrar hambre.

Me levanto muy despacio, apoyándome en la pared. Temo volver a marearme si me levanto con brusquedad. No puedo hacer ningún ruido, ningún movimiento que los alerte y les haga volverse hacia mí. Me siento muy nerviosa y me planteo si podrán escuchar mi respiración agitada y los alocados latidos de mi corazón. Un momento… Mi respiración, mis latidos… ¿Por qué no los oigo?

Me llevo la mano al pecho y la dejo ahí durante unos segundos, mientras siento cómo el pánico se desboca en mi interior. Después me toco el cuello para buscar mi pulso, me aprieto la muñeca… Nada, absolutamente nada. Con este nivel de ansiedad debería de

estar respirando como un toro, mi corazón debería de retumbar como un tambor, tendría que sentir mi circulación pulsando impetuosa bajo la piel… No hay nada de eso. Ahora que me doy cuenta, mi nivel de excitación tampoco es tan grande. El pánico es sólo mental. Estoy asustada porque pienso que estoy asustada, pero no noto la adrenalina, las ganas de huir. Lo único que siento es extrañeza.

Estás muerta, pero no es tan malo.

Otra vez una voz en mi cabeza. Ya no puedo achacarla a los delirios provocados por la fiebre. La he oído, ha sido real. Me giro hacia el podrido que tengo más cerca. Él también se mueve un poco y me mira. No puedo creerlo, pero juraría que levanta un poco las comisuras de los labios, en un intento de mover sus músculos y sonreírme.

Estarás bien aquí. Bienvenida.

Tengo ganas de gritar, de escapar y esconderme, de caer inconsciente y dejar de pensar. También me gustaría llorar por la vida que he perdido, por el futuro que me ha sido arrebatado, por todo lo que ya no será. Pero, lo que deseo por encima de todo, es acabar con todo esto, dejar de existir. Por desgracia, eso también me está vetado. No se puede morir cuando ya estás muerta. Lo único que puedo hacer es mirar a ese podrido con expresión de confusión y lanzar uno de esos gemidos ahogados que tanto odiaba. No puedo creerlo. Soy una de ellos.

IV

La sensación de que esto debe de ser la pesadilla más rara que he tenido nunca se intensifica cuando mi cabeza se llena de pensamientos ajenos.

Bienvenida.

Nos alegramos de que estés aquí.

Bienvenida.

Estarás bien con nosotros. Ya verás.

Nos alegramos de conocerte.

Bienvenida.

Sí, tiene que ser eso. Tiene que ser una pesadilla. Dentro de poco, me despertaré sobre la mugrienta manta que uso como cama en la Alhondiga. Tendré el cuerpo dolorido por haber dormido en el suelo y mi estómago rugirá de hambre, como todos los días. Tendré que levantarme a hacer mis tareas: ayudar a limpiar, recoger agua de lluvia para filtrarla y hervirla, cocinar lo que sea que hayan traído los recolectores… Será duro y acabaré el día rendida, pero estaré viva. Cualquier cosa mejor que estar entre estos monstruos que le hablan al centro de mi cerebro.

Uno de los podridos, una mujer muy delgada con una larga cabellera rizada de color rojo, inclina la cabeza hacia un lado mientras se acerca, extendiendo su mano hacia mí con cuidado de no asustarme. Podría parecer un cachorrito adorable si no fuera porque su piel grisácea está decorada con un delta de venas tan negras que parecen haber sido dibujadas con tinta china.

Quiero retroceder y alejarme de ella, pero detrás de mí hay una pared. Me quedo ahí, con el cuerpo aplastado contra el muro, tratando de fundirme con él y escapar de la pesadilla. Ella endereza la cabeza y me mira con unos ojos muy grandes y redondos. No parece amenazadora en absoluto, pero sus ojos muertos, vidriados tras una cortina grisácea, no resultan tranquilizadores.

No puede ser. No podéis estar hablándome.

Ésa ha sido mi voz, pero ha sonado dentro de mi cabeza. Abro la boca, tratando de reproducir esas palabras, pero de mi garganta sólo surge un gemido atormentado.

No podemos hablar con la boca. Está rota.

Esta última voz ha sonado aguda, infantil. Miro alrededor y descubro a una pequeña podrida, casi oculta tras las piernas de un hombre. No debía de tener más de cinco o seis años cuando murió.

Aunque va cubierta de barro y suciedad y sus ropas están destrozadas, sólo puedo fijarme en sus rizos, que siguen siendo dorados, y en el amago de sonrisa tímida que se ha dibujado en su rostro cuando la he mirado. Su actitud me reafirma en la idea de que tengo que estar viviendo en una pesadilla. Me tiene miedo a mí. Ella, ese pequeño monstruo, está asustada y no se atreve a acercarse. Le devuelvo la tímida sonrisa, me pongo en cuclillas y tiendo mi mano hacia ella.

Soy Raquel. ¿Cómo te llamas tú, chiquitina?

Soy Irune.

La niña sale del refugio de las piernas del hombre y se acerca con pasos tímidos. Cuando está más cerca, distingo las flores rosas que adornaban su vestido blanco y que ahora están casi ocultas por el barro y la sangre. Lleva un osito tuerto y destripado colgando de su mano derecha. Debía de ser una preciosidad de niña cuando estaba viva. Creo que lloraría por ella si aún pudiera.

La niña se queda parada a unos pasos de mí. La sonrisa ha desaparecido de su rostro. Agacha la cabeza y, sin girarse, empieza a alejarse de mí andando hacia atrás.

¿Qué pasa, pequeña? ¿Por qué no te acercas?

Piensas que soy fea…

Mi cerebro se inunda con los pensamientos que acabo de tener sobre ella. Me los devuelve como un eco. Es todo muy extraño. Recibo la imagen de la niña vista desde mis propios ojos, teñida con mis pensamientos y sensaciones, como en un extraño juego de espejos que me marea. No entiendo cómo lo hacen estos seres, pero no es sólo telepatía. Es una especie de empatía extrema, de comunicación total… No hay yo, no hay individualidades, no hay secretos ni mentiras. Lo saben todo de todos, como las abejas de una colmena.

Una mujer morena, vestida con los restos de lo que parece un uniforme de soldado, agarra a la niña de la mano para volver a acercarla a mí.

No piensa que eres fea, Irune. Tiene que acostumbrarse a nosotros, pero pronto se dará cuenta de lo bonita que eres.

Hay tanta sinceridad en las palabras de la mujer que la niña no duda de ellas ni un solo segundo. Vuelve a acercarse a mí y me da la mano, mientras ensaya una tímida sonrisa. En ese preciso instante, como si acabara de pasar alguna especie de rito de iniciación que desconozco, siento la alegría de todo el resto del grupo. Están felices de tenerme entre ellos, de que sea una más. Sigo sintiéndome confusa, perdida y con ganas de escapar de todo,

pero su sentimiento de alegría es tan fuerte y puro que, de alguna manera, se me contagia, haciendo que esboce una sonrisa verdadera.

Asier-Día 1

I

—Daniel, Daniel… Tienes que levantarte.

Le costó relacionar aquel nombre consigo mismo. Siempre había sido Asier y seguía sin acostumbrarse. Abel les asignaba un nuevo nombre, de origen bíblico, para reconocerlos como parte de la comunidad. Aunque ya había pasado mucho tiempo desde aquel “bautismo”, seguía sin verse como “Daniel”. Decidió ignorar la llamada y seguir durmiendo.

—Despierta. Vamos a llegar tarde.

Asier se tapó la cabeza con la raída manta, pero la persona que le zarandeaba no se dio por vencida. Al cabo de medio minuto de empujones, sacó un poco la cabeza para ver quién le molestaba. Uriel, uno de los niños de la Alhondiga, se sentó a su lado con las piernas cruzadas, sonriendo al ver que había conseguido su misión. Asier se frotó los ojos, mientras se preguntaba qué hora sería. Le daba la impresión de que acababa de acostarse.

Protestando entre dientes, se sentó en el suelo y apartó la manta a un lado. Encendió la luz de su reloj, un Casio de color morado que le había robado al cadáver de una niña. Sólo eran las doce menos cuarto. No le habían dejado dormir ni cuatro horas.

—¿Por qué me despiertas tan pronto? Estuve de guardia anoche… Necesito dormir.

Volvió a tumbarse. Pensó que Uriel se habría equivocado al llamarle a aquella hora y que le dejaría dormir al darse cuenta de su error. Sin embargo, el niño se subió a horcajadas encima de él y continuó empujándole.

—Tienes que levantarte. Abel va a hablar en el atrio y quiere que todos estemos allí.

De entre las brumas del sueño, un recuerdo hizo que Asier se despejase de inmediato. ¿Habría vuelto Raquel? Quizá Abel quería anunciar su triunfo y declarar que, a partir de aquel momento, ella podría ser una recolectora y no tendría que casarse con Caleb. Eso abría una puerta a la esperanza. Quizá algún día ella y él…

Apartó al niño y se levantó de un salto. Era una ventaja acostarse vestido, tan sólo tenía que ponerse las botas. Fijó la mirada en los cordones para que Uriel no captara la ansiedad en su

pregunta.

—¿Raquel ha vuelto?

—Yo no la he visto —contestó el niño—. Date prisa. Ya sabes que a Abel no le gusta que lleguemos tarde.

Asier terminó de prepararse, enrolló su manta y la dejó en un rincón, junto a sus escasas pertenencias: una gruesa chaqueta para las noches de guardia, un gorro impermeable, un par de mudas de ropa interior bastante raídas y un cuchillo de monte con el filo algo oxidado. Aquello era todo lo que tenía en el mundo, su pequeño tesoro.

Uriel le tiró de la manga de la camisa para llamar su atención. Asier se giró hacia él para pedirle que dejara de incordiarle, pero la mirada de adoración en los ojos del chaval selló sus labios. El niño no tenía más de seis o siete años. Era muy bajo para su edad y estaba muy delgado. Flotaba dentro de sus ropas, lo que le hacía parecer aún más diminuto y escuálido. En su rostro enflaquecido, sus enormes ojos negros parecían brillar, a pesar de la poca luz del dormitorio común. Asier suspiró resignado y le removió el pelo con cariño. Los recolectores le habían encontrado en un supermercado, escondido dentro de un arcón frigorífico. Supusieron que los cadáveres que le rodeaban eran los de su familia y que debían haber escondido al niño cuando se vieron rodeados por los podridos. Desde que Uriel llegó a la Alhóndiga y conoció a Asier, no había querido separarse ni un segundo de él. Quizá le recordaba a algún hermano mayor o a su padre. El caso era que Uriel le había adoptado como persona favorita y, a pesar de que a veces podía ponerse muy pesado, a Asier le alegraba poder tener a alguien a quien cuidar y querer. Desde que su madre había muerto el año anterior se había sentido muy solo.

—Venga, no vamos a llegar —insistió Uriel, tirándole con todas sus fuerzas de la manga de la camisa—. Nos van a reñir por tu culpa.

—Que sí, pesado —contestó Asier, entre risas—. Ya vamos.

Salieron del dormitorio común, que ya había quedado vacío. Toda la planta parecía desierta. El dormitorio estaba situado en el primer sótano. Abel decía que, al no tener salidas al exterior, era un lugar seguro, ya que los podridos no podrían colarse a través de ninguna puerta o ventana, pero Asier no estaba tan convencido de aquello. Si los podridos conseguían colarse en el edificio, no tendrían ninguna escapatoria. Aquello no era un dormitorio, era una ratonera.

Cogió la mano de Uriel y le guió por la planta en penumbra

hasta llegar a las escaleras. El atrio estaba justo encima, más allá del Patio de las Columnas. En cuanto pisaron el último peldaño, Asier no pudo evitar detenerse unos segundos, como hacía siempre. Aquel era su lugar favorito. El arquitecto había levantado una construcción de ladrillo dentro del antiguo edificio modernista de la Alhóndiga y lo había sostenido sobre cuarenta y tres columnas diferentes. Cada una de ellas era única. Las había de mármol, de acero, de piedra… Asier había encontrado en la antigua caseta de información un folleto en el que explicaban que cada una de ellas simbolizaba una cultura, una parte de la historia de la humanidad. Algunos amaneceres, cuando regresaba de hacer su guardia y todo el edificio estaba en silencio, le gustaba pasearse por aquel patio y pasar los dedos sobre el suave mármol de la columna romana o encajarlos entre las escamas de piedra del dragón de la columna china o acariciar las frías filigranas metálicas de la columna celta… Todo aquello estaba muerto. Ya no había tiempo para recordar la historia, para degustar el arte… El mundo se había convertido en un lugar hostil en el que sólo podías preocuparte por sobrevivir. Sin embargo, al pasear por aquel túnel del tiempo, le parecía que, mientras en cualquier parte del mundo alguien dedicase unos segundos a admirar una obra de arte, el ser humano no se habría perdido del todo.

Un nuevo tirón en la manga de su camisa le devolvió al mundo real. Uriel le señaló el atrio. Ya estaban todos reunidos esperando a que Abel les hablase. Por suerte, el líder todavía no había aparecido, así que habían llegado a tiempo. Asier volvió a agarrar a Uriel de la mano para caminar juntos hacia allí. Saludaron a uno y otro lado, mientras intentaban conseguir sitio en la primera fila. Asier miraba a todas partes en busca de la sonrisa de Raquel, pero no la vio por ningún lado. Hizo un esfuerzo para contener el miedo que estaba instalándose en su estómago. Aunque no estuviera allí, no tenía por qué haberle sucedido nada malo. Seguramente estaba con Abel, esperando para salir juntos y que él anunciara a todo el mundo su victoria y su nombramiento como recolectora.

Una de las puertas laterales se abrió. Cuando el edificio aún funcionaba, aquel local había sido una elegante cafetería, pero Abel lo había convertido en su cuartel general. En cuanto la gente le vio salir, seguido a un par de pasos por sus lugartenientes Caleb y Esaú, todos los murmullos cesaron en la plaza. Esaú cerró la puerta a su espalda. No había nadie más allí dentro. Asier sintió que el estómago se le retorcía por el miedo. ¿Dónde estaba Raquel?

Abel caminó apoyado en su largo báculo de madera clara y se

colocó en el centro del atrio. La luz del sol entraba desde unas ventanas situadas a unos diez metros de altura, haciendo relumbrar sus vestiduras blancas. Cuando estuvo seguro de tener la atención de todo el mundo, comenzó a declamar:

— Y dijo Dios a la mujer: Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos; y a tu marido será tu deseo, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol prohibido, maldita será la tierra por amor de ti; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.

Abel esperó unos segundos para que sus palabras calaran entre el público. Se escucharon unos cuantos “Amén” y “Así sea” y la gente inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Ése es el mandamiento de Dios. Ésa es su Palabra —continuó Abel—. ¿Quiénes somos nosotros para tratar de ir contra la voluntad de Dios? Su mandamiento está claro: la mujer será reproductora y el hombre recolector. Ella se someterá a su marido y cuidará de sus hijos. Él se encargará de proveerles de alimento, incluso cuando la tierra esté maldita, como en los tristes tiempos que vivimos.

Abel hizo otra pausa. El silencio fue roto de inmediato por nuevos “Amén”, “Aleluya” y “Loada sea su palabra”. Asier se mantenía en silencio, sin agachar la cabeza, preguntándose qué querría decir Abel con todo aquello y si tendría algo que ver con Raquel.

—Ayer asistimos a una provocación, a una herejía contra la Palabra de Dios. Raquel, una de nuestras hermanas, una joven a la que todos queríamos y cuidábamos, decidió rebelarse contra la ley de Dios. —Abel bajó la cabeza y negó, pesaroso—. Todos los que me conocéis sabéis que yo la amaba, como os amo a cada uno de vosotros. Traté de hacerle ver que sus aspiraciones iban contra natura, pero el pecado del orgullo había hecho presa en su alma y no quiso escucharme.

Asier sintió que le faltaba el aire. ¿Qué le había pasado a Raquel? ¿Estaba bien? ¿No había conseguido regresar? Necesitaba respuestas, pero Abel había vuelto a callar, escuchando los ecos de fervor de todos sus fieles. Tuvo que contenerse para no adelantarse y gritarle que se diera prisa y le dijera qué le había pasado a Raquel. Podía estar perdida o atrapada entre un montón de podridos y ellos estaban allí, escuchando un sermón y malgastando un tiempo precioso. Por suerte, tras las exaltadas exclamaciones del público, Abel le hizo una seña a Caleb para que se adelantara y le

pasara el saco que llevaba en las manos.

—No pudimos detenerla. Tuvimos que dejar que saliera y probara suerte allá fuera. —Abel volvió a bajar la cabeza y suspiró, apenado—. Esperábamos que recapacitara y regresara; que, cuando viera el caos que se extiende más allá de estos muros, volviera a nosotros sana y salva. He pasado la noche en vela orando por su regreso, pero Dios no ha podido concedernos esa gracia.

Abel abrió el saco y sacó de él un rifle y una mochila ensangrentada. El atrio se llenó de sollozos y de gritos de espanto contenidos. Asier se quedó paralizado, contemplando aquellos objetos, intentando no saber, no entender lo que significaban.

—El grupo de recolectores que salió esta mañana en busca de provisiones encontró esto a menos de cien metros de aquí. Eso es lo que aguantó Raquel en el exterior. Eso es lo que aguantaría cualquiera de vosotros ahí fuera si deja que el orgullo le domine y trata de luchar contra la palabra de Dios. —El tono de Abel había ido subiendo. Ahora gritaba mientras paseaba frente a la gente, sosteniendo ante ellos el rifle y la mochila ensangrentada—. Es la palabra de Dios. El hombre es recolector y la mujer, reproductora. Tenemos que obedecerle y seguir su ley si queremos sobrevivir. La otra opción es el infierno.

Abel fue paseando su mirada airada por todos los miembros de la congregación, hasta que uno tras otro bajaron la cabeza. Ni siquiera Asier pudo sostenerle la mirada. Cuando todo el mundo tuvo los ojos clavados en el suelo en señal de abnegación y obediencia, Abel regresó al centro del atrio y le devolvió a Caleb el rifle y la mochila.

—Ahora rezaremos todos juntos una oración por el alma de Raquel y su salvación eterna.

II

Cuando Abel se marchó del atrio, la gente empezó a dispersarse. Asier se acercó a Caleb, manteniendo en todo momento la mirada baja y una postura servil. Conocía a Caleb y sus arranques de mal genio. No solía gustarle que la gente le dirigiera la palabra sin obtener antes su permiso. Se quedó quieto frente a él, esperando a que fuese el primero en hablar.

—¿Qué quieres, chico?

—Voy camino de la armería y me preguntaba si querrías que dejara allí el rifle de Raquel —contestó Asier con un hilo de voz.

Caleb ni siquiera contestó. Se limitó a encogerse de hombros y a arrojarle el rifle a la cara. Asier trató de reaccionar y cogerlo al vuelo, pero no pudo impedir que le golpeara en la nariz, lo que provocó un coro de risas a su alrededor.

—Mira que eres patán. No sé qué vamos a hacer con éste—le dijo Caleb a Esaú, riéndose—. No creo que vaya a tener nunca la habilidad ni el valor para salir ahí fuera.

—Si no vamos a poder usarlo como recolector, quizá deberíamos usarlo como reproductora —contestó Esaú, burlón. Se acercó a Asier y le agarró con fuerza por la barbilla para obligarle a mirarle —. ¿Te gustaría eso, nenaza?

—No digas esas cosas. Sabes que son pecado —le reprendió Caleb—. Vámonos. Abel nos espera.

Esaú soltó la barbilla de Asier y le dio un suave cachete antes de girarse y seguir a su compañero. Asier sintió las lágrimas quemándole en los ojos, luchando por salir, pero consiguió contenerse. No iba a darles la satisfacción de que le vieran llorar. Tenía quince años. Ya no era un crío, aunque ellos no quisieran verlo.

Se giró sin decir más, con el rifle en los brazos. No iba a sacar nada bueno de enfrentarse a aquellos dos matones y, además, tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Cuando se hubo alejado unos pasos y se sintió seguro en la penumbra del Patio de las Columnas, abrió el rifle para comprobar si estaba cargado. No había balas. Eso tenía que significar que Raquel trató de defenderse, pero él había estado de guardia en lo alto de la Alhondiga desde las tres de la mañana y no había escuchado ninguna detonación. Desde el tejado del edificio podía oírse cualquier sonido que se produjera en aquel Bilbao silencioso como un cementerio. Además, Abel había

dicho que encontraron las cosas de Raquel a menos de cien metros. A aquella distancia era imposible que no hubiera escuchado los disparos.

La única explicación que se le ocurría era que Raquel hubiera disparado antes de su guardia, mientras él dormía en las profundidades del edificio. Por un segundo, la parte más racional de su mente le sugirió que se olvidara de todo aquello, que devolviera el rifle a la armería y buscase un lugar oscuro y solitario en el que llorarla. No le hizo caso. No le había gustado la mirada de Abel mientras les contaba que ella había muerto. Parecía orgulloso, satisfecho… Algo en su interior le decía que no les estaba contando toda la verdad.

III

—Hola, Gedeón —saludó Asier—. Te estaba buscando.

El chico estaba sentado en un rincón iluminado, mientras remendaba unos pantalones. Asier observó su tarea. Las puntadas eran enormes y gruesas. Estaban quedando horribles, pero seguro que no volverían a romperse por el mismo sitio.

—Hola. ¿Qué querías?

—Nada, hablar un rato. —Asier se sentó a su lado en el suelo—. Estoy teniendo un día horrible y no me apetecía estar solo.

—¿Y eso? —Gedeón le miró extrañado. Nunca habían sido grandes amigos y parecía sorprenderle que Asier le hubiera buscado para sincerarse—. ¿Es por lo de Raquel? Esa chica te gustaba, ¿verdad?

Asier se encogió de hombros, mientras luchaba por contener las lágrimas. Gedeón no se dejó engañar por su actitud. Abandonó la costura y le pasó un brazo por los hombros.

—Todos estamos muy afectados por su muerte, pero hay que seguir adelante.

—Lo sé, pero no dejó de preguntarme si aún estaría viva mientras yo hacía mi guardia. Me planteo que quizá no estuve lo bastante atento y no escuché sus disparos, que quizá, si la hubiera oído, habría podido alertar a los demás para que hubieran salido a salvarla.

—Lo más seguro es que ya estuviera muerta para cuando tú me relevaste. Ya has oído a Abel. No consiguió avanzar ni cien metros…

—Pero entonces debió morir durante tu guardia. —Asier se giró para mirarle a los ojos—. ¿Tú oíste algo?

El chico esquivó la mirada de Asier y se quedó en silencio unos segundos. En aquel momento, un par de mujeres pasaron por su lado llevando garrafas de agua. Asier esperó a que pasaran de largo y, cuando estuvo seguro de que ya no podían oírles, apretó el hombro de Gedeón para llamar su atención.

—Tú sabes algo. Cuéntamelo, por favor.

Gedeón dudó durante unos instantes. Después suspiró, miró hacia todos lados para estar seguro de que no había nadie cerca y se colocó frente a Asier. Éste se inclinó hacia él, hasta que sus cabezas casi se tocaron.

—No oí ningún disparo, pero la vi… Llego corriendo hasta la

puerta, perseguida por un grupo de podridos.

—¿Y no abrieron? ¿Estaban demasiado cerca?

—No, ella llegó unos veinte segundos antes que los podridos. Podrían haberle abierto la puerta sin problema.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que dejaron que se la comieran?

—No, yo no quiero decir nada. De hecho, tú y yo no hemos tenido esta conversación. —Gedeón inspiró con fuerza antes de proseguir—. Puede que no hubiera nadie en la puerta, que el guardia hubiese ido a mear o a hablar con alguien… Ya sabes que las guardias se hacen muy largas y que a veces no nos las tomamos con toda la seriedad que deberíamos.

—No puede ser que Raquel haya muerto por algo así…

—Daniel, olvídalo… Ella está muerta y ya no se puede hacer nada. Lo único que conseguirás si sigues dando vueltas a esto es meter en problemas a la persona que debería haber estado haciendo la guardia. Raquel no tendría que haber salido nunca de estas paredes. Fue ella la que expuso su vida sin ninguna razón. Ya has escuchado a Abel.

Asier asintió y, después de esbozar una sonrisa triste, se levantó del suelo y dejó que Gedeón continuara con su labor. Le daba igual lo que él pensara y lo racionales que fueran sus consejos. No podía olvidarlo y seguir adelante como si nada hubiera pasado. Había cosas que no cuadraban. ¿Por qué Raquel no había tratado de disparar para matar a sus perseguidores o para alertar al vigía de la verja? ¿Por qué Abel había dicho que habían encontrado sus cosas a cien metros de la Alhondiga si había muerto a sus puertas? Tenía que seguir investigando. Aunque no sirviera para devolverle la vida, tenía que descubrir la verdad.

IV

Asier rebuscó entre sus cosas hasta encontrar el paquete de tabaco que tenía escondido. Él no fumaba, pero los cigarrillos eran una buena moneda de cambio en aquel lugar. Con él en la mano, se dirigió hacia el Patio de las Columnas. En el centro había una habitación de paredes de cristal que había sido la oficina de información. Ahora era lo que Rebeca, la encargada de distribuir las tareas y los turnos, llamaba su despacho, a pesar de que el único mobiliario era una mesa de madera de color apagado y una silla a la que se le salía el relleno. El resto de los muebles habían ido desapareciendo para ser utilizados para tapiar ventanas o puertas, o como combustible para los días más fríos del invierno. A través de los sucios cristales, Asier vio que estaba sola, así que entró.

—Bendita seas, Rebeca.

—Que Dios sea contigo, Daniel. ¿Qué necesitas? —preguntó ella, levantando la vista de los papeles que ojeaba.

—Ayer, cuando terminé mi guardia, me di un paseo por esta planta y encontré este paquete de tabaco. Creo que puede ser de la persona que estaba cuidando la puerta principal antes de mi turno. ¿Podrías decirme quién es para devolvérselo?

Rebeca asintió y le sonrió. Buscó entre sus papeles y fue leyendo hasta encontrar el dato que él le había pedido.

—Tu honestidad te honra. Dios estará complacido contigo. —Rebeca puso el papel frente a él y le señaló una línea—. La persona que estuvo cuidando esa puerta anoche fue Eliseo.

—Muchas gracias. Voy a preguntarle ahora mismo.

—Ve en paz.

—Que el Señor te bendiga.

Asier salió de la sala y se alejó a paso rápido. Las piernas le temblaban y las manos le sudaban tanto que tuvo que frotárselas en las perneras del pantalón. No estaba acostumbrado a mentir y se había pasado toda la conversación pensando que Rebeca se daría cuenta y empezaría a hacerle preguntas. Sin embargo, todo había sido muy fácil. Ahora sólo tenía que encontrar a Eliseo y preguntarle qué había sucedido con Raquel. Seguramente esa conversación no iba a resultar tan sencilla. Tanto si había decidido no abrirle la puerta como si se había ausentado durante su guardia, como temía Gedeón, no iba a ser fácil que lo reconociera.

Fue preguntando a varias personas con las que se cruzó si

habían visto a Eliseo, hasta que una mujer le indicó que podía encontrarle en la biblioteca de la tercera planta. Asier subió las escaleras, pensando que debería habérsele ocurrido a él solo buscarle allí. Eliseo era un anciano apacible que había sido profesor de primaria durante más de cuarenta años antes de jubilarse. Desde que estaban encerrados en la Alhondiga, aprovechaba cada minuto libre para tratar de enseñar a leer y escribir a los niños que vivían allí.

Nada más cruzar la puerta de la biblioteca, Asier se sintió en paz. Le encantaba aquel lugar. Era una biblioteca diferente, sencilla. Las paredes estaban cubiertas de ladrillo rojo y, atravesando el techo, se veían los tubos metálicos del sistema de ventilación. Daba la impresión de estar inacabada, de que sus creadores no habían podido esperar a tenerla terminada en todos sus detalles para empezar a llenarla de libros y más libros. También le gustaban mucho las enormes ventanas en forma de arco que llenaban la pared del fondo y que, a aquella hora de la tarde, doraban la estancia haciendo que pareciera el escenario de un cuento. A pesar de que también faltaban mesas, sillas y estanterías y que muchos libros, que habían perdido su lugar, estaban amontonados por las esquinas, seguía siendo un lugar mágico.

Eliseo estaba sentado en una mesa cerca de los ventanales con una niña a su lado. La pequeña tenía el ceño fruncido y la mirada clavada en un libro lleno de dibujos y colores. Pasaba su dedo regordete sobre las letras, haciendo un gran esfuerzo para descifrar su mensaje:

—Gu-si-es-un-ga-to-mu-y-go-lo-so. —La niña luchó por leer toda la frase, silaba por sílaba.

—Muy bien, Dina. Ahora todo seguido.

—Gusi es un gato muy goloso. —El rostro de la niña se iluminó con una gran sonrisa.

—¿Ves como no es tan difícil? —Los pasos de Asier adentrándose en la biblioteca hicieron que Eliseo levantara la vista —. Hola, hijo. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te recomiende algún libro?

—No, todavía estoy con el último que me prestaste: Soy leyenda, de Matheson. ¿Recuerdas?

—Sí, ya te dije que no era un libro muy recomendable para leer en estos tiempos oscuros…

—No te preocupes. Me está gustando mucho. —Asier fijó su mirada en la pequeña, que le observaba con sus ojos redondos abiertos de par en par—. He venido porque necesitaba hablar

contigo de una cosa.

—Bueno, Dina. Hemos terminado por hoy. Puedes ir a jugar.

La pequeña se levantó de un salto y salió corriendo de la biblioteca, como si temiera que Eliseo fuera a arrepentirse. El anciano señaló la silla desvencijada que la niña había dejado libre para que Asier se sentara.

—Tú dirás en qué puedo ayudarte.

Asier dudó antes de empezar a hablar. Conocía a Eliseo y era uno de los pocos adultos de la congregación que le caían bien. Era impensable que él hubiera visto llegar a Raquel pidiendo ayuda y no hubiera hecho todo lo posible para salvarla.

—Venía a hablarte sobre Raquel…

—Sí, qué lástima su muerte. —Eliseo bajó la cabeza y negó, apenado—. Era una muchacha muy buena y muy inteligente. Y muy guapa, ¿verdad?

Asier decidió no contestar a aquel último comentario. ¿Tanto se le notaba que había estado loco por ella? ¿Es que lo sabían todos en la congregación? Pensó que era posible que incluso Raquel lo hubiese notado, pero quizá aún le consideraba un crío y por eso nunca le había dicho nada. Sintió una punzada de dolor en el pecho al darse cuenta de que todo aquello no importaba ya. Ella estaba muerta.

—Bueno, el problema es que no puedo creerme que haya muerto…

—Todos hemos visto el rifle que llevaba y la mochila ensangrentada y hemos escuchado la historia de Abel. No hay ninguna duda sobre lo que ha pasado. —Eliseo le pasó un brazo por los hombros y le atrajo hacia sí para reconfortarle—. No te tortures más. Ya no se puede hacer nada.

—Lo sé, pero es todo tan extraño... Llevaba un rifle. ¿Por qué no disparó contra los podridos que la atacaron? ¿Por qué no trató de hacer al menos un disparo al aire para que fuéramos en su ayuda?

—¿Quién te dice que no lo hizo?

—Gedeón. Él hizo la primera guardia y dice que no escuchó el ruido de ningún disparo. Si, como dice Abel, ella murió aquí cerca, alguien debería haber oído los tiros.

El gesto de Eliseo se descompuso. Se levantó de un salto y se dirigió a la puerta de la biblioteca. Una vez allí, miró a ambos lados del pasillo para estar seguro de que no había nadie que pudiese haberles escuchado y cerró antes de regresar junto a Asier.

—No sé qué estás haciendo… ¿Estás poniendo en duda la versión de Abel? Ya sabes que sus palabras son ley.

—No, la palabra de Dios es ley. Abel es sólo un hombre.

Eliseo se inclinó hacia él y le cogió por las mejillas para obligarle a mirarlo a los ojos y prestarle atención. Asier no se sintió asustado. En la mirada de Eliseo no había odio ni enfado, sólo preocupación… y quizá algo de miedo.

—No te condenes por esto, chiquillo. Ella ya está muerta. No sigas su mismo camino.

—Todos me decís lo mismo, pero no puedo olvidarlo. ¡No quiero olvidarlo! —Ante el silencio de Eliseo, decidió ir al grano—. Gedeón dice que la vio regresar huyendo de los podridos, que consiguió llegar a la puerta y nadie la abrió. Y tú eras quien debía cuidar esa puerta.

—Olvida todo eso, por amor de Dios. Si una sola de las palabras que estás pronunciando llega a oídos de Abel, nada ni nadie podrá salvarte.

—Eso me da igual. —Asier se dio cuenta de que estaba gritando, pero no pudo dominar su furia—. ¿Por qué no abriste la puerta? ¿Por qué dejaste que la mataran?

—Yo no estaba anoche cuidando esa puerta. Debí de comer algo en mal estado y me encontraba mal, así que me relevaron.

—¿Quién estaba allí entonces?

—Abel. Me dijo que tenía mal aspecto y que fuera a descansar. Olvida todo esto, Daniel. No te condenes tú también.

Raquel-Día 2

I

Estoy en un túnel oscuro y estrecho. Corro y corro, aunque no sé bien por qué. Lo que me persigue cada vez está más cerca. Intento encontrar alguna puerta tras la que esconderme, alguna bifurcación que me permita despistarlo, pero no hay nada. Sólo un pasillo estrecho que se extiende en la oscuridad y que podría ser eterno.

Me paro unos segundos, tratando de recuperar la respiración y decidir qué hacer, pero no puedo detenerme por mucho tiempo. No entiendo cómo puede estar tan cerca de mí. Oigo sus pasos, firmes y cadenciosos, cada vez más próximos. Un paso, otro paso, otro paso… Retumban con fuerza, despiertan ecos contra las paredes. Camina sin prisa, seguro de que su presa no escapará. Yo vuelvo a correr con todas mis fuerzas, pero el sonido no se aleja. Sé que al final me atrapará y que no podré hacer nada por evitarlo.

El túnel se abre a una habitación vacía. En una esquina hay una especie de garita acristalada, iluminada por la luz verdosa y enfermiza de los letreros de emergencia. Reconozco el lugar. Es la parte trasera del auditorio de la Alhóndiga. Estoy en sus sótanos, en la parte más oscura y abandonada del edificio. Es enrevesada y todos los pasillos parecen iguales, formando un lóbrego laberinto. Me detengo un par de segundos para decidir qué hacer. Frente a mí hay dos puertas. Trato de recordar cuál de ellas me llevaría a las escaleras y me permitiría salir de aquí, pero no soy capaz de decidirme y los pasos están aún más cerca. Sin pensarlo más, me lanzo hacia la puerta de la derecha para desembocar en otro pasillo oscuro por el que sigo corriendo.

Me parece escuchar un gemido a mi espalda, uno de esos horribles sonidos que hacen los podridos. El pelo de mi nuca se eriza y siento un reguero de sudor frío descendiendo por mi espalda. ¿Qué hace un maldito podrido aquí? ¿Cómo ha podido entrar? Necesito encontrar algo para defenderme: un palo, un trozo de hierro… No hay nada; sólo pasillos y pasillos y, de vez en cuando, alguna habitación vacía en la que tengo que elegir entre un par de puertas sin saber si mis decisiones me sacan de este laberinto o me acercan a la muerte.

Me siento agotada, pero tengo que seguir corriendo. Las

lágrimas empiezan a caer de mis ojos, haciendo que sea aún más difícil distinguir nada en esta penumbra. Empiezo a gritar pidiendo ayuda. Alguien tiene que escucharme… No puedo estar totalmente sola con ese monstruo.

El pasillo desemboca en una nueva habitación, pero esta vez no encuentro dos puertas entre las que elegir. No hay ninguna aparte de la que acabo de traspasar. Los pasos del podrido se escuchan claramente a mi espalda, inundando el pasillo con sus ecos. No hay escapatoria, no hay salida.

Avanzo hasta la pared del fondo y apoyo mi espalda contra la pared, con la mirada fija en la puerta por la que, de un momento a otro, él aparecerá. Voy a defenderme hasta mi último aliento, aunque sepa que es inútil, que estoy perdida.

Con la débil claridad de las luces de emergencia vislumbro cómo su silueta se acerca a la puerta, haciéndose cada vez más grande y ominosa. Siento que la respiración se detiene en mi pecho y que el corazón se salta varios latidos. Voy a morir.

Cuando el ser cruza la puerta, reconozco a Abel. Va vestido como siempre, con su larga túnica blanca y luminosa, pero está rasgada, andrajosa y cubierta de manchas de sangre. Su piel es verduzca y sus ojos están muertos. Cuando me ve, abre la boca, en la que resaltan sus dientes ennegrecidos, y lanza un aullido de triunfo. Me tiene. Soy una presa indefensa que no puede escapar.

No entiendo qué sucede, pero, al verle, mi miedo se desvanece. Otra sensación me inunda, apartando cualquier duda. Tengo hambre, pero no es un hambre normal. Sólo hay una cosa en el mundo capaz de saciarla: Abel. Necesito su carne, su sangre. Necesito rasgar su piel con mis dientes, sentir su sangre en mi boca, destrozar sus órganos internos a mordiscos. Nos lanzamos el uno contra el otro, dispuestos a despedazarnos… Y entonces despierto.

Estoy de pie en un soportal. Siento la presencia cercana de mi grupo de podridos. Abel no es el monstruo, lo soy yo. Me siento confusa y desorientada, pero, sobre todo, me siento frustrada. Me gustaría haber continuado dormida un poco más, saciar mis ansias de venganza aunque sólo fuera en un sueño.

Las sensaciones de mi cuerpo también me desconciertan. Es extraño despertar de una pesadilla y no sentir la respiración acelerada y el corazón desbocado. Supongo que me iré acostumbrando con el tiempo, pero resulta muy confuso saber que sientes miedo, odio o alegría sin que el cuerpo te acompañe. A pesar de ello, todas esas sensaciones están en mi mente: el odio más profundo, el deseo de vengarme, de exigir justicia por lo que Abel

me hizo. Y, sobrevolando todas ellas, la impotencia más fuerte que jamás he sentido. ¿Qué podría hacer? Abel es inaccesible para mí. No podría acercarme a cinco metros de la Alhóndiga sin que me volaran la cabeza de un balazo. No puedo comunicarme con ellos y avisarles de que su líder es un loco fanático y un asesino.

Miró a mi alrededor, tratando de distraerme con algo para que los últimos retazos de la pesadilla se difuminen como la niebla. No hay mucho en lo que fijar la atención. Desde la oscuridad de los soportales en los que me he refugiado, sólo veo la Gran Vía vacía. Los árboles están desnudos y una ligera llovizna otoñal baña las calles. El paisaje es gris y triste, un reflejo perfecto de mis pensamientos.

No veo a ninguno de mis compañeros. Supongo que estarán ocultos en coches y portales, esperando a su siguiente víctima. Trato de buscarlos con la mente y voy encontrando su eco. Sus mentes están adormiladas. Raúl, nuestro líder, me ha explicado que pasamos así la mayor parte del tiempo. Nuestro organismo no funciona como el de los vivos. Cuando no es necesario estar alerta, entramos en una especie de hibernación que nos permite ahorrar energía. Tan sólo los ruidos fuertes y el olor de las presas vivas nos sacan de nuestro estado.

Como si hubiera percibido que acabo de pensar en él, noto la presencia consciente de la mente de Raúl en la mía.

¿Estás bien? ¿Por qué te has despertado?

No es nada. Una pesadilla. No sabía que los muertos podíamos soñar.

Lo hacemos. Soñamos, tenemos sentimientos… No somos tan diferentes de los seres humanos.

No, somos igualitos… Sólo nos diferencia que tratamos de comérnoslos y que olemos bastante peor.

Noto un cosquilleo en mi mente, algo parecido a un repiqueteo de campanillas. Al cabo de unos segundos, lo identifico como una risa. Tampoco imaginaba que los muertos tuviéramos sentido del humor.

No creas que los vivos huelen muy bien desde que no hay agua corriente. El apocalipsis nos está afectando a todos.

Ahora es mi turno de enviarle una risa de respuesta. Es extraño lo a gusto que me siento entre ellos en tan poco tiempo. Hasta ayer pensaba que eran monstruos horribles, pesadillas encarnadas… No habría dudado un segundo en reventarle la cabeza a cualquiera de ellos. Ahora, sin embargo, me parecen lo más cercano a una familia que he tenido nunca. La voz de Raúl vuelve a sonar en mi mente:

Es por la telepatía. No podemos ocultarnos nada, no podemos mentir, los sentimientos de cada uno nos afectan a todos como si fueran propios. No hay ninguna relación humana que pueda compararse…

Se calla de repente. Noto que está en tensión, que todos sus sentidos están alerta. En cuestión de segundos, percibo cómo todo el grupo vuelve a la consciencia. Algo les ha llamado la atención, pero yo no percibo nada raro. ¿Estaremos en peligro?

Los demás van apareciendo y uniéndose en un grupo en la acera. Salgo de los soportales y me coloco a su lado. Están muy quietos, con la mirada perdida en algún punto del infinito y las cabezas echadas hacia atrás. Olfatean algo. Noto cómo sus cuerpos se despiertan y cómo el mío responde. Todas mis sensaciones desaparecen ante el empuje de la mayor de las fuerzas: el hambre. Hay presas cerca.

II

No pienso ni me planteo si lo que quiero hacer está bien o mal. Tan sólo puedo seguir caminando hacia la fuente de ese aroma. No podría describirlo, nunca he sentido nada igual. Me invade un recuerdo de cuando era niña: pasaba las vacaciones en el pueblo de mis padres y me pedían que fuese a comprar el pan. No hacía falta preguntar dónde estaba la panadería. El aroma a pan recién hecho te atrapaba, te envolvía, te guiaba… La sensación que tengo ahora es igual, pero multiplicada un millón de veces.

Según avanzamos, más y más podridos se unen a nuestra comitiva. Miradas perdidas, pasos temblorosos, bocas anhelantes, brazos que se estiran tratando de alcanzar un objetivo que todavía está lejos... Cada uno de estos seres entra en sintonía con mi mente, transmitiéndome su hambre, aumentando la mía. Somos una manada de depredadores con un solo objetivo, una marea que crece y va haciéndose cada vez más fuerte.

Los oímos unos metros más adelante. Están dentro de una tienda, arrasando con todo lo que pueden. Uno de ellos se gira y mira hacia la calle a través del escaparate. Su rostro cambia en milésimas de segundo al observar nuestro avance. Se convierte en la representación del terror más absoluto. Le escuchamos chillar, un grito agudo e histérico con el que trata de avisar a sus compañeros y que aviva aún más nuestra hambre. Es el grito de una presa indefensa.

Siento algo extraño en mi mente, un eco de mis pensamientos pasados. Hace tan sólo un día yo estaba al otro lado, perseguida por los podridos, luchando con todas mis fuerzas por conservar la vida. No puedo haber cambiado tanto en tan poco tiempo. Sin embargo, no encuentro remordimientos. Mis convicciones éticas se van diluyendo. Me cuesta ver como a personas a esos seres que salen despavoridos de la tienda y que tratan de escapar. En este instante, sólo son comida.

Me lanzo tras ellos y empujo a mis compañeros de manada, tratando de pasar delante, de ser la primera en hundir mis colmillos en su carne tierna y saborear su sangre cálida. Los hombres corren mucho a pesar de ir cargados con mochilas. Por un momento, temo que vayan a escapar y me fuerzo a andar aún más rápido.

De repente, uno de ellos tropieza y cae al suelo. Trata de levantarse sin perder un segundo, pero vuelve a desplomarse. Su

tobillo derecho está doblado en una posición extraña y la expresión de su rostro varía del dolor a la desesperación.

Uno de sus compañeros se da cuenta de que ha caído y se gira para ayudarle. Casi estamos a su lado. Unos segundos más y serán nuestros. Otros dos hombres se dan la vuelta y, al ver lo cerca que estamos, tiran del chico que trata de ayudar al otro.

—No se puede hacer nada. ¡Vámonos!

El chico duda un segundo, mirando a su compañero caído que grita, llora y suplica, alargando los brazos hacia ellos. Los hombres hacen unos cuantos disparos hacia la marea que se acerca. Noto el olor a pólvora y escucho el sonido de un par de cuerpos que caen al suelo. El dolor de los disparos resuena durante un segundo dentro de mi mente, pero enseguida se desvanece. Están muertos, ya no se puede hacer nada por ellos. Ahora sólo importa comer.

Los hombres han desaparecido tras la primera esquina, pero ya no les perseguimos. Estamos a menos de un metro del hombre caído. Nos apunta con su rifle. Las manos le tiemblan tanto que no es capaz de acertar con el gatillo. Cuando voy a abalanzarme sobre él, algo me frena. Un chispazo de reconocimiento se enciende en mi mente, impidiéndome que le ataque. Le conozco. Es uno de los hombres de la Alhóndiga. Creo recordar que se llama Micael y que es uno de los recolectores con más experiencia.

Me quedo paralizada. No puedo atacarle. No puedo matar a alguien a quien conozco, de quien me sé el nombre. Puto nombre. Sólo con eso ya no es comida, vuelvo a verlo como a un ser humano.

Mis compañeros no muestran los mismos remilgos. Se lanzan sobre él y empiezan a despedazarlo con sus dientes y uñas. Los gritos son terribles, pero, por suerte, no duran mucho. Me quedo de pie, quieta en medio de la calle, mirando cómo comen. Es curioso. Pensé que me daría más asco, pero ver cómo le destrozan no me repugna en absoluto. La única sensación que me invade al ver su sangre y sus vísceras al descubierto es hambre, pero sigo controlándome.

Al cabo de unos segundos, Raúl deja de comer y se gira a mirarme. Empuja hacia un lado a un podrido al que no conozco, dejando un hueco para mí.

Ven. Tienes que comer.

Yo niego con la cabeza, mientras sigo luchando por no lanzarme sobre él. Raúl me envía recuerdos en forma de nítidas imágenes. Son podridos que quedaron atrapados en habitaciones,

semisepultados por muros derruidos, encerrados en coches… Están secos, consumidos, muertos DE VERDAD. Raúl insiste:

Tienes que comer.

No puedo. Le conocía.

Él vuelve a girarse hacia el cuerpo y sigue comiendo, pero noto que su mente continúa conectada con la mía. Ya no me envía imágenes, sólo una sensación de extrañeza, la impresión de que quiere hacerme mil preguntas cuando haya terminado con lo que está haciendo.

Camino unos metros hasta doblar una esquina. No estoy segura de poder contenerme mucho más tiempo si sigo viéndoles comer. Bastante difícil es hacerlo estando conectada a sus pensamientos y sensaciones. Casi puedo notar el sabor de la sangre en la boca. Y me parece delicioso.

III

Hemos regresado a nuestra esquina de la Gran Vía. No entiendo muy bien por qué. Pensaba que nos daría igual estar en un sitio o en otro, pero parece que consideramos estos soportales y los coches cercanos como algo parecido a un hogar.

Poco a poco, todos van cayendo en el letargo. Están saciados y tranquilos. Yo también siento que me voy amodorrando, pero, de repente, noto los pensamientos de Raúl en mi cabeza.

Tienes que pensar en las imágenes que te he mostrado antes. Si no comes, morirás.

Ya estoy muerta. No es algo que me preocupe.

Te lo digo en serio. Nuestros cuerpos consumen muy poca energía y podemos mantenernos sin comer durante mucho tiempo, pero vamos perdiendo facultades. Nuestros músculos se atrofian, los tendones se endurecen, los huesos se astillan... Te acabarías secando como un árbol podrido.

¿Cómo sabes todo eso?

Era médico. Supongo que aún conservo mi curiosidad científica.

Vuelvo a sentir en mi mente ese cosquilleo que me trae a la mente el recuerdo de la risa. Me cae bien Raúl, aunque acabe de conocerle y su aspecto no ayude a atraer la simpatía de nadie. A pesar de sus ojos sin vida, de la piel verduzca y las costras ennegrecidas que adornan su cara, parece un tío de fiar, un verdadero líder que se preocupa por los suyos. Es todo lo contrario a Abel, siempre imponente y vestido de blanco impoluto, pero podrido por dentro. Un sepulcro encalado.

Noto que la sensación que ahora me transmite Raúl es curiosidad. Quizá quiera preguntarme quién es Abel y por qué le odio tanto. Sin embargo, su duda es otra.

¿Cómo lo has hecho?

¿El qué?

Controlarte. ¿Cómo has hecho para no atacar a ese hombre?

Le conocía. No podía comérmelo.

No, eso no funciona así. La caza es imparable. Los vivos son presas. No hay nada que pueda detenernos cuando el frenesí nos controla, pero tú lo has hecho.

No podría explicártelo… Quizá se debe a que llevo dos años acostumbrada a pasar hambre, aunque supongo que eso le pasaría a cualquiera a quien convirtáis ahora.

Ya no convertimos a nadie.

¿Cómo que no convertís a nadie?

No, todos nosotros fuimos convertidos en los primeros meses. Somos demasiados. No podemos permitirnos más población con la poca comida que hay disponible. Ahora, cualquier persona con la que nos cruzamos es una presa. La devoramos hasta que no queda ninguna posibilidad de resurrección.

¿Y yo? A mí me convertisteis.

Sí. No sé por qué, pero algo nos detuvo. Tuvimos la sensación de que nos serías útil.

¿Útil yo? ¿Para qué?

Quizá para que nos enseñes a controlarnos.

No veo para qué os va a servir eso. Creo que os va bastante bien así.

No, en absoluto. Los humanos sólo tienen que preparar una trampa y hacer ruido para llamar nuestra atención y que caigamos como moscas. Da igual que nos estén masacrando. Si vemos a un humano cerca, somos incapaces de retirarnos y salvar nuestra vida. Si pudieras enseñarnos, seríamos mucho más fuertes. ¿Lo harías?

Asier-Día 2

I

Asier llegó a la guardería y se quedó plantado en la puerta con una sonrisa en los labios. Viendo aquel lugar pintado de colores y lleno de juguetes y risas infantiles, uno casi podía olvidar que estaba viviendo el apocalipsis. La ilusión sólo duraba unos segundos. Enseguida se notaba que la pintura estaba desconchada, que los juguetes eran viejos y estaban rotos, que las caras de los niños estaban sucias y que, bajo sus ropas llenas de remiendos, se marcaban los huesos.

Belén, la encargada de los niños de la Alhondiga mientras el resto de las mujeres trabajaba, estaba jugando a la oca con un pequeño grupo. Ella debió de notar su presencia, porque levantó la mirada del tablero y le hizo un gesto para indicarle que se acercara.

—Buenos días, Daniel. Que Dios sea contigo.

—Que el Señor te bendiga.

—¿Necesitas algo?

—Estaba buscando a Uriel —contestó Asier, mirando en derredor para comprobar de nuevo que el niño no estaba en la sala —. Pensé que estaría aquí y quería enseñarle a poner trampas para las palomas.

—No, no está. Esaú vino hace un rato y dijo que necesitaba que el niño le ayudase a hacer unas tareas.

Asier sintió que la boca se le llenaba de un sabor extraño, algo metálico y desagradable. Era el sabor del miedo. No quería que Esaú se fijara en Uriel. No le gustaba cómo miraba a los niños. Además, por la congregación circulaban rumores acerca de por qué Esaú aún no había elegido esposa y de lo mucho que le gustaba estar con los pequeños. Claro que nadie se atrevía a decirlo claramente, porque Esaú era uno de los lugartenientes de Abel, pero todos tenían cuidado de que ningún niño se quedara a solas con él.

—Voy a buscarle. ¿Sabes dónde están?

—Creo que le llevó al antiguo gimnasio. —Belén se levantó de su asiento—. Ahora vuelvo, niños. No me hagáis trampas.

El comentario fue seguido por un coro de risas infantiles. Asier estuvo seguro de que, cuando Belén regresará, su ficha estaría mucho más atrás que las de sus contrincantes. La mujer se acercó a

él, le tomó por el brazo y se lo llevó a la esquina más alejada de la guardería.

—Ten cuidado con enfrentarte a Esaú. Puede ser muy peligroso.

—Tranquila, sólo voy a decirle que necesito llevarme a Uriel para enseñarle a colocar unas trampas.

—Intenta decírselo con tacto. No te conviene que se enfade contigo.

—Quizá estamos teniendo demasiado tacto con Esaú, dado lo que sospechamos de él —contestó Asier, furioso.

—Lo sé, pero no estás en posición de enfrentarte a él. Por la congregación está corriendo el rumor de que estás haciendo demasiadas preguntas sobre la noche en la que murió Raquel. Si eso llegara a oídos de Abel…

—¿Quién ha sido? ¿Quién va contando esas cosas de mí?

—Nadie en particular. —La mujer le acarició un brazo para tratar de calmarle—. Ya sabes cómo funcionan las cosas en una comunidad pequeña. Uno le cuenta un cotilleo a su amigo del alma creyendo que es de total confianza; ése se lo dice a su mujer y le pide que no diga nada; su mujer se lo cuenta a sus mejores amigas y les hace prometer que guardarán el secreto… En unas horas, todo el mundo está enterado, pero, al menos de momento, Abel no sabe nada. Hazte un favor a ti mismo y olvídalo.

—No quiero olvidarlo —protestó Asier—. Hay cosas que no cuadran.

—Eso da igual. —Belén le dirigió una mirada de preocupación —. Raquel no va a volver. No sirve de nada que arriesgues tu vida y tu posición aquí.

Asier pensó en protestar de nuevo, pero decidió callar y asentir como un niño obediente. Sabía que Belén le estaba dando aquel consejo con buena intención. Para muchos ella era lo más parecido a una madre que tenían allí. Seguir discutiendo sólo serviría para preocuparla y, además, estaba impaciente por encontrar al niño y separarlo de Esaú.

—Está bien. Lo olvidaré. Voy a buscar a Uriel.

La mujer le miró entrecerrando los ojos y negó con la cabeza. No la había engañado ni por un segundo. De todos modos, ella también decidió dejar de insistir. Le acarició con suavidad la mejilla antes de dejarle ir y regresó con los pequeños.

Asier salió de la guardería y buscó el pasadizo metálico que unía aquella zona con el edificio adyacente en el que se encontraba el gimnasio. El corredor estaba muy mal iluminado. Sólo había una pequeña luz de emergencia a mitad del pasillo. Aquella oscuridad le

puso aún más nervioso, así que, sin ser consciente de ello, aumentó la velocidad de sus pasos para llegar al gimnasio cuanto antes.

Cuando estuvo frente a la puerta, la abrió con tanta fuerza que ésta chocó contra la pared y rebotó. Asier tuvo que poner la mano para que no le golpeara en la cara al volver. Se quedó allí parado sin soltar la puerta, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra, observando a Esaú y a Uriel. Sintió una ola de alivio recorrer todo su cuerpo al ver que Esaú no le estaba haciendo nada malo. Aún así, no pudo evitar la sensación de incomodidad.

Esaú se encontraba sentado en un banco, con el pequeño en las rodillas. Parecía que estaban muy entretenidos hablando y que la situación era totalmente inocente. Sin embargo, había algo que resultaba molesto al observarlos, algo que rechinaba, como cuando alguien pasa las uñas sobre la superficie de una pizarra. No podía acusarle de estar haciendo nada malo, pero la manera en la que rodeaba la cintura del pequeño, el modo en el que le miraba y su sonrisa de depredador hacían que sintiese que el niño estaba en peligro. Asier no pudo evitar pensar en una gigantesca araña babeando ante la vista de una presa atrapada en su red.

A pesar del golpe que Asier había dado con la puerta al entrar, Esaú no separaba la vista de Uriel y seguía hablándole en voz queda, como un amante que obsequia cumplidos a su dama. Uriel sí lo oyó y, al girarse hacia la puerta y ver a su amigo, sonrío con una expresión muy cercana al alivio y empezó a removerse en el regazo del hombre para tratar de separarse y correr hacia Asier. Eso hizo que Esaú dirigiese una mirada airada hacia quien se había atrevido a interrumpirles.

—Que Dios sea contigo, Esaú —dijo Asier, agachando la cabeza en señal de respeto.

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito que Uriel venga conmigo.

Esaú no soltó al niño, sino que rodeó su cintura aún con más fuerza, mientras miraba a Asier con gesto desafiante, esperando una explicación lo bastante convincente como para soltarlo. Asier lo pensó durante unos segundos. Si le decía a Esaú que quería llevarse a Uriel para enseñarle a poner trampas para las palomas, le echaría de allí. Tenía que encontrar alguna buena excusa.

—Eliseo está esperándole en la biblioteca. Es su hora para la clase de lectura.

—Tonterías… Ese viejo me tiene harto. Todo el día enseñándoles bobadas a los críos. ¿De qué va a servirles saber leer en este mundo?

—Abel quiere que todos sepan para que puedan estudiar las Sagradas Escrituras.

Esaú se quedó en silencio un momento. No se atrevía a contradecir las órdenes directas de Abel, pero se veía a las claras que no quería dejar escapar al niño. Su rostro estaba rojo de ira y en su cuello palpitaba una gruesa vena, mientras seguía manteniendo a Uriel pegado a su cuerpo.

—Sería mejor enseñarles a ser fuertes y valientes y no llenarles la cabeza con tonterías. Tienen que aprender a ser hombres.

—¿Hombres como tú?

Asier se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras en el mismo momento en que salieron de su boca. Su tono había sonado tan despectivo que Esaú no lo pasaría por alto. No sabía por qué, pero no había podido controlarse por más tiempo. Esaú soltó a Uriel y se puso de pie. Asier sintió que las piernas le temblaban. Más que levantarse, Esaú parecía haberse desplegado. Siempre había sido un hombre enorme pero, en aquel momento, mientras se aproximaba a él con la cabeza erguida y el pecho hinchado, le pareció un gigante. Sin embargo, consiguió disimular su miedo cuando Uriel llegó hasta él a la carrera y se abrazó a su cintura.

—Corre a la biblioteca— susurró Asier—. Vamos, no pierdas tiempo.

El niño asintió y se separó de él, aunque se detuvo un momento en la puerta para observar cómo Esaú seguía acercándose a Asier con aspecto amenazante. Asier le hizo un gesto con la mano para que se marchara y, cuando el niño desapareció, volvió a girarse hacia Esaú. Ya lo tenía encima y tuvo que alzar la vista para poder mirarle a la cara.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Nada, no he querido decir nada… Sólo preguntaba si tú eres el ejemplo que todos debemos tomar.

Asier desvió la mirada hacia el suelo, tratando de disimular el temblor que invadía su cuerpo y que estaba formado a partes iguales por el miedo a que Esaú le golpeara y por la rabia que sentía por ser tan pequeño y cobarde. Le habría gustado ser más valiente y enfrentarse a él hasta el final, pero sabía que Esaú era un ser brutal que no dudaría en matarlo de una paliza. Y, además, tenía el favor de Abel. No conseguiría nada por ese camino.

Esaú le agarró por la camiseta y le levantó del suelo como si no pesara nada. Asier continuó evitando su mirada, tratando de no darle la menor disculpa para que su ira estallara.

—No eres más que un crío cobarde que no sabe tratar a los

adultos con respeto. —Esaú le zarandeó un par de veces—. ¡Mírame!

Asier se forzó a mover la cabeza poco a poco hasta quedar enfrentado a la mirada airada de Esaú. Cuando lo hizo, éste le escupió a la cara con desprecio antes de soltarle y dejarle caer al suelo. Asier se limpió el escupitajo de la cara, mientras sentía como la ira se extendía por todo su cuerpo, convirtiéndose en una corriente imparable que debía encontrar una salida.

—Me das asco —dijo Esaú antes de escupirle de nuevo.

—Tú sí que das asco. —Asier se levantó del suelo de un salto y se le encaró. Ya no tenía miedo ni le importaba lo que los puños de Esaú pudieran hacerle. Sólo sentía rabia—. ¿Crees que no sabemos cómo eres en realidad? ¿Crees que la gente no murmura acerca de lo que les haces a los niños? ¿Cómo crees que se lo tomaría Abel si lo supiera?

El puñetazo fue tan rápido que ni siquiera lo vio venir. Se sintió golpeado por un rayo que le derribó al suelo y le dejó tumbado, confuso y atontado. Los siguientes golpes llegaron como una lluvia, una sucesión de patadas y puñetazos tan veloces y fuertes como los ataques de una serpiente. Asier se encogió sobre sí mismo, temiendo que Esaú fuera a matarlo. Y entonces, cuando estaba a punto de desmayarse, escuchó una voz de mujer a sus espaldas.

—Esaú, ¿qué estás haciendo?

Los golpes se detuvieron y Asier se atrevió a destaparse la cabeza para mirar hacia la puerta y descubrir quién era su ángel salvador. La mujer que había hablado era Belén. A su lado estaba Eliseo, el anciano bibliotecario, que contemplaba a Esaú con desprecio.

—Sólo le estaba enseñando a este mierdecilla a respetar a sus mayores.

Belén le ignoró, se acercó a Asier y le ayudó a levantarse. Sin decir ni una palabra, le guió hacia la puerta para llevárselo de allí.

—¿Adónde vais? —gritó Esaú, enfadado—. No he acabado con él. Ese cabronazo me ha insultado.

—Sabes que las cosas no se hacen así, Esaú —contestó Eliseo con voz tranquilizadora—. ¿Qué hay de la compasión y del amor al prójimo?

—Quiero que me pida perdón. —Esaú se irguió e hinchó el pecho mientras con un par de amplias zancadas se interponía en su camino hacia la puerta—. No dejaré que se marche hasta que lo haya hecho.

Asier se detuvo y levantó la cabeza hacia el hombre. Seguía

erguido, sacando pecho, con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—No voy a pedirte perdón. —A pesar del dolor que sentía, Asier también se irguió, orgulloso—. Me da igual lo que puedas hacerme. Lo que he dicho es la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Qué es lo que le has dicho? —preguntó Belén.

El rostro de Esaú se tiñó de rojo. Asier se permitió una ligera sonrisa de triunfo, que le causó un pinchazo de dolor. Se llevó la mano a la boca y la retiró cubierta de sangre. Tenía el labio roto, pero, aún así, sonrió de nuevo. Esaú no iba a ponerse a discutir sobre su conversación delante de testigos. Tendría que dejarle marchar. A pesar de los cortes y moratones, sintió que era él quien había ganado la pelea. Belén le agarró por la cintura y volvió a ponerse en camino hacia la puerta.

—Vamos, tenemos que curarte esas heridas.

—No te creas que vas a irte de rositas, mamón —le gritó Esaú mientras se alejaban por el pasillo—. Yo también sé cosas sobre ti que no van a gustarle a Abel.

Asier se detuvo y se giró, preguntándose a qué se referiría. Esaú había salido al pasillo y les contemplaba con los brazos en jarras y una sonrisa cruel en el rostro.

—Alguien ha estado haciendo demasiadas preguntas en los últimos días sobre la muerte de Raquel. ¿Cómo crees que se sentirá Abel cuando se entere de que se está dudando de su palabra?

Asier negó con la cabeza y volvió a ponerse en marcha. No podía impedir que Esaú le fuese con aquella historia a Abel ni podía prever cómo reaccionaría éste. Sin decir una palabra más, se dejó llevar por Belén hacia la enfermería. Ya solucionaría los problemas cuando llegarán.

II

Los recolectores regresaron antes de que el sol se pusiera. Casi no trajeron comida, pero lo que sí trajeron fueron malas noticias. Micael, uno de los más valientes y experimentados, había caído bajo las garras de los podridos.

Asier llevaba toda la tarde en cama. Belén había curado sus heridas con la paciencia y el cariño de una madre. Tenía un corte en el labio y otro en los nudillos. Aparte de eso y de unos cuantos moratones, no parecía que tuviese ninguna herida grave, pero a Belén no le había gustado el hematoma que se extendía por el costado derecho de su cuerpo. Ella temía que pudiese tener alguna costilla rota o alguna hemorragia interna, así que le había ordenado que se acostase y estuviese quieto hasta que Isaac, el médico de la Alhóndiga, pudiera pasar a echarle un vistazo.

A pesar de no poder moverse de la cama, la noticia de la pérdida de Micael llegó pronto hasta él. Escuchó los llantos de sus esposas, las condolencias del resto de la congregación, la preocupación por quién sería el próximo en caer… Al cabo de un par de horas, le informaron de que Abel había convocado una reunión para las nueve y de que todo el mundo debía acudir sin excepción.

Cuando aún quedaban diez minutos, Asier se incorporó con esfuerzo. El cuerpo le dolía como si un tren de mercancías le hubiese pasado por encima. Lo que más le molestaba era el costado. Sentía un agudo pinchazo cada vez que respiraba. Le daba miedo que Belén tuviese razón y que tuviera una costilla rota. Aquello significaría muchos días de reposo absoluto y a Abel y a sus hombres no les gustaba que alguien estuviera ocioso mientras consumía los recursos de la comunidad. Se mordió el labio inferior para aguantar el dolor y salió del dormitorio común tratando de caminar lo más erguido posible.

Aunque le costaba andar, llegó al atrio con tiempo suficiente. La gente todavía estaba congregándose y hablaba en corrillos sobre las últimas noticias. No había rastro de Abel y sus lugartenientes. Asier se puso aún más derecho para disimular el dolor de sus heridas. Cuando Esaú saliera, no debía verle débil o asustado. No le daría esa satisfacción.

Abel salió de su despacho a las nueve en punto, flanqueado por Caleb y Esaú. Este último paseó la mirada por la multitud hasta que encontró a Asier. Cuando le vio, se cruzó de brazos y le lanzó una

sonrisa maliciosa. Asier no supo qué pensar. ¿Se reía de su aspecto, de los moratones que adornaban su cara? ¿O tenía pensado algo más para castigarle por haberse enfrentado a él? Sabía que Esaú era cruel y vengativo. Quizá no se conformase con haberle dado una paliza.

Abel se adelantó unos pasos, hasta colocarse en el centro del círculo que la gente había formado en el atrio. Con los últimos rayos de sol colándose por las altas ventanas e iluminando sus blancas vestiduras casi parecía un ángel, un enviado de Dios o incluso un dios en sí mismo. Todos quedaron en silencio, mirándole embelesados, en cuanto él elevó sus brazos.

—Hermanos, hoy es un día triste para todos nosotros. Micael, uno de nuestros más valientes guerreros, un grande entre los grandes, ha caído. —Abel esperó unos segundos para que sus palabras calaran entre la gente—. Siempre recordaremos su trabajo, su servicio a la comunidad, su sacrificio por todos nosotros. Recemos una oración por su alma.

Abel cruzó las manos sobre su regazo, cerró los ojos y agachó la cabeza. Todo el mundo le imitó y cada uno musitó una oración, suplicándole a Dios por el eterno descanso de Micael. Asier lo intentó, pero no conseguía concentrarse. El costado le dolía con cada respiración y lo único en lo que podía pensar era en que la reunión acabase y se le permitiera retirarse de nuevo al dormitorio.

—Hay algo importante que podemos aprender de la muerte de Micael: ninguno de nosotros, por muy fuerte, valiente y experimentado que sea, está a salvo. —Abel giró sobre sí mismo, señalando con su mano derecha los muros que les rodeaban—. Estas paredes, este grupo y las reglas que lo rigen son lo único que nos separa del caos, del infierno, de la muerte… Nadie está por encima de esas reglas. Cuando alguien las cuestiona, cuando me cuestiona a mí o a alguno de mis hombres, lo que está haciendo es resquebrajar los muros que nos protegen, destruir nuestro refugio, amenazar nuestras vidas. El orgullo, la vanidad, la envidia y la calumnia son pecados mortales que nos ponen a todos en peligro y que no van a ser tolerados.

Tras pronunciar aquellas palabras, Abel volvió a quedar en silencio, mientras la congregación le respondía con gritos de “Amén” y “Así sea, hermano”. Asier sintió que la temperatura de la estancia bajaba muchos grados. Abel había pronunciado aquellas palabras mirándole fijamente a los ojos, como si se dirigiera directamente a él. Consiguió separar su mirada de la del líder para observar a Esaú. Su sonrisa se había ensanchado y parecía orgulloso

y triunfante. ¿Qué le había contado a Abel? ¿Qué le iban a hacer?

—Por suerte, sé que somos un grupo unido y que contamos con la bendición de Dios, nuestro Señor —continuó Abel—. Sé que todos juntos saldremos triunfantes de esta dura prueba a la que estamos siendo sometidos y que alcanzaremos la salvación en estos días oscuros. Elevemos una oración a Dios para que nos ayude en nuestra lucha y nos dé su bendición.

Toda la comunidad empezó a entonar el Padrenuestro. Asier se esforzó por seguir la oración a pesar del dolor, consciente de que los ojos del líder no se separaban de él ni un solo segundo. ¿Qué habrían significado las palabras de Abel? ¿Habían sido sólo una advertencia para que dejase de hacer preguntas y no cuestionase nunca más su autoridad y la de sus hombres? ¿Le dejarían escapar sin castigo en aquella ocasión?

—Antes de separarnos para continuar con nuestras tareas, tengo un último anuncio que hacer. Tras la desafortunada muerte de Micael, ha quedado un hueco en el equipo de recolectores, así que voy a nombrar a uno de los nuestros.

Un silencio tenso se adueñó del atrio. Muchos temían ser nombrados recolectores. Salir al mundo exterior siempre era un riesgo, por muy preparado que se estuviese. Sin embargo, Asier sabía de un par de jóvenes que soñaban con aquel puesto. Ser recolector era un honor en la comunidad. Te convertías en un héroe que luchaba para asegurar la supervivencia del grupo, todos te miraban con admiración, te ganabas el derecho a solicitar que alguna de las muchachas te fuese adjudicada como esposa…

Abel dejó que la gente siguiese callada mientras paseaba su mirada por toda la congregación, como si estuviera decidiendo. En el silencio se oyó claramente el suspiro de frustración de uno de los jóvenes al ver que la mirada de Abel pasaba de largo. Cuando los ojos del líder se posaron en Asier, le sonrió y le tendió los brazos.

—Hijo mío, adelántate. Has sido elegido.

Un murmullo se extendió entre el público. Aquello no era normal. Asier sólo tenía quince años. Era demasiado joven para ser recolector. Sin embargo, nadie se atrevió a protestar en voz alta.

—Ya ha anochecido y los podridos duermen, así que saldrás a hacer tu prueba. Marcharás solo y demostrarás que eres capaz de conseguir provisiones para el grupo. Nosotros, mientras tanto, rezaremos por el éxito de tu misión.

La gente volvió a murmurar. Antes de Raquel nunca se había pedido a los recolectores que realizasen una prueba similar. Lo normal era que saliesen con el resto del grupo para que los más

experimentados pudiesen ayudarles y protegerles.

Asier no protestó. Entendía a la perfección lo que estaba pasando. Sus preguntas de los últimos días habían llegado a los oídos de Abel y seguramente Esaú también había hablado en su contra. Aquello no era un nombramiento como recolector, era su sentencia de muerte. A pesar de que el miedo le había helado la sangre y le había revuelto el estómago, se mantuvo firme, tratando de que no se notase lo asustado que estaba.

Esaú entró un momento en el despacho de Abel y regresó al cabo de unos segundos con una mochila vacía y un rifle. Se acercó a Asier, le tendió el arma y le ayudó a colocarse la mochila a la espalda.

—Buena suerte, gusano— le susurró al oído—. Espero que la vida como podrido te vaya bien.

Asier no contestó. Se recolocó la mochila, agarró con fuerza el rifle y paseó la mirada por la gente que le rodeaba. Nadie se atrevió a protestar ni a hablar en su defensa. Vio a Eliseo agachar la cabeza, avergonzado por no ser capaz de reunir el valor para defenderle; a Belén sujetando a Uriel, que, con los ojos arrasados en lágrimas, trataba de abalanzarse sobre él para abrazarle. No debía arrastrar a nadie más a su destino. Sin decir ni una palabra, se encaminó hacia la puerta.

—Rezaremos por ti. —Oyó decir a Abel—. Buena suerte, Daniel.

Él se giró, irguió la cabeza y, orgulloso, clavó sus ojos en el líder.

—Asier. Mi nombre es Asier.

Escuchó los murmullos de la gente a sus espaldas. Renunciar al nombre otorgado por Abel significaba renunciar también a la comunidad. A Asier le dio igual lo que pensasen. Sabía que no iba a volver vivo, que se iba para siempre. Al menos quería marcharse siendo quien era en realidad.

III

Asier no se giró cuando oyó la verja cerrarse a sus espaldas. Tenía los ojos rebosantes de lágrimas contenidas y estaba seguro de que, si se volvía, se darían cuenta de su miedo. No quería llorar ni suplicar. Sabía que no serviría de nada. Había sido condenado sin juicio, sin posibilidad de defensa. Tampoco habría posibilidad de indulto.

En cuanto se hubo separado unos pasos extrajo el cargador de su rifle. Tal y como esperaba, lo encontró vacío. Por un segundo se imaginó la desesperación de Raquel cuando se dio cuenta de lo que le habían hecho. Quizá ni siquiera tuvo tiempo de evaluar el alcance de la traición, quizá se dio cuenta cuando ya tenía encima a un montón de podridos de los que no pudo defenderse. En su mente se formó un pensamiento tan extraño que le hizo reír. En aquel momento agradecía no tener balas. Si las hubiera tenido, se habría girado y habría empezado a disparar como un endemoniado contra la gente de la Alhondiga. Al imaginarse sus caras de espanto e incomprensión, no pudo evitar que se le escapase una risa aún más aguda. Menos mal que no había nadie para verle. Habrían pensado que estaba volviéndose loco.

A pesar de que no tenía balas, decidió conservar el rifle. Siempre podría usarlo para golpear a algún podrido y, además, le proporcionaba una falsa sensación de seguridad. Bajó las rampas que unían el patio delantero de la Alhóndiga con Alameda Urquijo y se quedó unos segundos quieto, preguntándose a dónde podría ir. No iba a ponerse a buscar comida. Sabía que era muy difícil, que las tiendas cercanas ya habían sido saqueadas por los recolectores desde hacía meses y que tendría que alejarse mucho para encontrar víveres. Estando solo y desarmado era imposible conseguirlo. No debía engañarse a sí mismo. Aunque consiguiera encontrar comida y regresar con vida, no serviría de nada. Abel y sus hombres habían decidido que debía morir y, aunque aquella noche lograra regresar, volverían a ponerle en peligro una y otra vez.

Lo que tenía que hacer era buscar un buen escondite, un lugar seguro en el que pasar la noche. Cuando amaneciera y pudiese ver bien por dónde iba, trataría de salir de Bilbao y llegar hasta un refugio alejado en algún monte, donde la población de podridos sería mucho menor. Quizá pudiese encontrar alguna granja abandonada, con un buen muro protector, donde cultivar un huerto

y cuidar de algunos animales. Por un momento, casi olvidó su miedo y su desesperación y se sintió ilusionado por un futuro mejor lejos de Abel y sus seguidores.

Aquel momento duró muy poco. Escuchó unos pasos a su espalda, a unos metros de distancia, seguidos por aquel gemido que conocía tan bien. Uno de los podridos le había descubierto. Se giró a toda velocidad y vio a un hombre mayor, tan encorvado que casi rozaba el suelo con los nudillos. El hombre giró la cabeza hacia él, en un ángulo antinatural, y volvió a gemir aún más alto.

Asier no lo pensó un segundo. El terror hizo que olvidase el dolor por los golpes que Esaú le había propinado, que ignorase la punzada de su costado y los agudos pinchazos que sentía con cada respiración. Todo aquello se esfumó para ser reemplazado por el terror más absoluto, el que siente el ciervo al escuchar el aullido de los lobos. Sabía que no podía luchar contra ellos, que en aquel momento sólo era una presa indefensa a merced de sus garras y colmillos y que, como toda presa, su única esperanza era correr.

Decidió no girarse. No quería ver cuántos perseguidores tenía detrás ni lo cerca que estaban. No podía permitirse pensar que no lo conseguiría. Lo único que necesitaba era un buen escondite, un sitio en el que permanecer hasta que llegara el día. Escuchaba sus pasos y sus gemidos detrás, cercanos, insistentes, un monstruoso canto de sirena que le sugería que dejase de luchar inútilmente y se rindiese.

Su loca carrera le llevó a la Gran Vía. Pocos metros más adelante, haciendo esquina, divisó un edificio que había pertenecido a un banco. Si consiguiera abrir la puerta de los cajeros, quizá podría esconderse dentro. Estaba casi seguro de que los cristales serían blindados y aguantarían la embestida de los podridos.

Empezaba a notarse agotado, pero luchó por recorrer aquellos últimos metros. Sentía un dolor muy fuerte en el costado y su respiración era un silbido agónico. Lo ignoró y continuó adelante. Un poco más, sólo un poco más… Tropezó con sus propios pies, pero consiguió enderezarse y seguir corriendo. Al llegar al edificio, se apoyó un segundo en una de las enormes columnas de mármol y se atrevió a mirar por encima de su hombro. Les había sacado bastante ventaja, más de cincuenta metros. Le daría tiempo a abrir alguna de las puertas y refugiarse en el interior del banco.

En aquel momento sintió un tacto helado en su mano. Se volvió, aterrado, y vio una mano de piel grisácea que le sujetaba. Levantó la cabeza hacia el rostro de aquel podrido sabiendo que sería lo último que viese en vida y la respiración se detuvo en su pecho. Era



Raquel.

Raquel-Día 3

I

No puedo creer que sea Daniel. Me he despertado de mi letargo notando el delicioso aroma de una presa acercándose y me he prometido a mí misma que haría caso a Raúl y me alimentaría, pero no puedo comerme a Daniel. Tampoco puedo permitir que lo hagan ellos. No a él, mi mejor amigo, con el que compartía confidencias en susurros en el dormitorio común, el que siempre tenía una sonrisa en los labios reservada para mí, el que podía arreglar el más gris de los días con sus bromas…

Siento su mano temblar bajo la mía. No me dice nada. Sólo me mira aterrado mientras abre y cierra la boca, como si le faltara el aire. Me tiene miedo y seguramente le doy asco. Eso hace que me sienta muy triste y al borde de las lágrimas, pero los muertos no lloramos. Le agarro la mano con más fuerza y tiro de él para colocarlo a mi espalda. Le empujo contra una pared y coloco mi cuerpo entre el suyo y el grupo de zombis que se acerca. Mis propios compañeros siguen avanzando, negándose a perder la presa. Sin embargo, percibo en mi mente que saben que pasa algo raro, que quieren entender por qué trato de defender a este chico.

Es mi amigo. No permitiré que os lo comáis.

Ahora nosotros somos tus amigos. Él te ve como un monstruo. Te mataría si pudiera.

Ese pensamiento viene de Alicia, la anciana del grupo. Su tono, aunque firme, es dulce y maternal. Sé que sólo trata de protegerme, de hacerme ver la realidad, pero yo no creo que Daniel fuese capaz de matarme. De hecho, lleva un rifle en las manos, al que se aferra con tal fuerza que los nudillos se le han puesto blancos, pero no ha hecho el menor intento de usarlo contra mí.

Él es diferente. No va a dispararme.

Raquel, por favor, apártate. No hagas esto más difícil.

Ahora ha sido Raúl quien ha hablado, con la autoridad que le da ser el jefe del grupo. Los demás toman sus pensamientos como una orden y vuelven a avanzar. El grupo que perseguía a Daniel ya ha llegado hasta nosotros y se ha colocado en un segundo plano. Notan algo raro, pero no saben precisar qué es lo que pasa. Me doy cuenta de que no puedo percibir sus pensamientos tan claramente como lo

hago con los de los miembros de mi grupo. Noto su hambre, su indecisión, su tensión ante una situación inusual, pero son sensaciones vagas, imprecisas… Supongo que a ellos les pasará lo mismo con nosotros, que la comunicación total sólo se da entre los miembros de una misma “familia”. Eso me hace temer aún más por la vida de Daniel. Si no puedo convencer a los míos de que no le ataquen, ¿cómo voy a convencer al resto cuando ni siquiera puedo comunicarme con ellos? Mi desesperación se acrecienta y, sin pensar lo que hago, doy un paso adelante, enseño mis dientes y suelto un rugido animal para tratar de ahuyentarlos. Yo misma me asusto de ese sonido. En las mentes de mis compañeros veo la alarma y soy capaz de percibir la imagen que tienen de mí, como reflejada en un espejo: el cuerpo inclinado hacia delante, los brazos echados hacia atrás preparados para atacar, las manos crispadas en forma de garra, la boca abierta soltando ese rugido… Parezco un animal acorralado, peligroso… Todo el grupo retrocede un par de pasos sin saber cómo reaccionar. Creo que no están acostumbrados a enfrentarse entre ellos, que no contemplan atacarse los unos a los otros. Aprovecho esos segundos de indecisión para tratar de convencer a Raúl.

Me dijiste que querías que os enseñara a controlaros. Éste es el momento. Si le perdonáis, os enseñaré.

Raquel, te estás aferrando a una vida que ya no te pertenece. Matarle te ayudaría a romper esos lazos…

No vais a matarle. Si queréis hacerlo, tendréis que matarme a mí primero.

Noto una sensación de horror y repugnancia extrema. Ni siquiera pueden imaginar matar a uno de los suyos. Yo también me siento extraña. No puedo hacerles daño, no quiero atacarles y que alguno de ellos salga herido. ¿Qué me pasa? ¿Qué nos pasa a todos? ¿Tanto nos ha cambiado la muerte? Lucho por sobreponerme a la parálisis y vuelvo a rugir, consiguiendo que reculen otro par de pasos.

Por favor, no lo matéis. Todos saldremos beneficiados. Yo protegeré a mi amigo y vosotros aprenderéis a controlaros. Me dijisteis que era importante para vosotros, que si os controlabais, tendríais más posibilidades de sobrevivir. ¿No queréis intentarlo?

Raúl da la orden de que ninguno avance y les transmite que está de acuerdo con mi idea. Mis compañeros se giran hacia el grupo de zombis que perseguía a Daniel y, mediante gemidos y rugidos, consiguen que se den la vuelta y desaparezcan tras la primera esquina.

Daniel nos mira aterrorizado. Sus piernas tiemblan tanto que no le sostienen y, a pesar de que sigue rodeado de enemigos, no puede más y resbala hasta el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Yo me acerco a él despacio, con los brazos extendidos a los lados, tratando de mostrarle que no tiene nada que temer de mí. Intento llegar a su mente, ver si somos capaces de comunicarnos, pero no encuentro ningún eco al otro lado. Hay un muro entre los dos. Me pregunto si seré capaz de comunicarme con él de algún modo, si podré transmitirle que no tiene nada que temer de nosotros.

—¿Raquel? ¿Eres tú? ¿Sigues ahí?

Yo asiento y avanzo otros dos pequeños pasos. Él me mira asombrado, con lágrimas en los ojos. No sé si le emociona verme o si le da lástima pensar que su amiga sigue estando viva y consciente dentro de un cuerpo que se pudre lentamente.

—¿Puedes hablar?

Niego con la cabeza y lanzo un gemido triste. Me acuclillo a su lado y le tiendo la mano para ayudarle a levantarse. Él duda unos segundos, no sé si por miedo o porque le da asco tocarme, pero finalmente me agarra y se incorpora. Después pasea su mirada por el resto del grupo.

—¿Van a atacarme?

Yo vuelvo a negar, aunque no estoy segura del todo de que vayan a poder contenerse. Noto su hambre como una marea imparable, como un fuego que les consume las entrañas. Quizá les estoy pidiendo demasiado.

¿Qué tal estáis?

Esto es difícil. Lo estamos intentando de verdad, pero no sé si podremos controlarnos.

Se me ocurre una idea. Agarrando aún a Daniel, le señalo el picaporte del cajero. Él comprende lo que quiero y lo abre. Entramos y él cierra con cerrojo detrás de nosotros. Me gustaría poder decirle que no hace falta, que no creo que tengamos la coordinación necesaria para abrir puertas, pero supongo que se sentirá más seguro así. Mis compañeros se han acercado al cristal y nos observan desde el otro lado. Supongo que, estando aquí dentro, su aroma se hará más débil y les resultará más fácil contenerse.

—Seguro que te estás preguntando qué hago aquí, ¿verdad? —me dice Daniel tras sentarse en el suelo del cajero.

Yo digo que sí con la cabeza y me siento a su lado, dejando medio metro entre nosotros para que se encuentre más cómodo. Además, por muy segura que me sienta de mí misma, su olor sigue resultando embriagador. Intento ignorar esa sensación y

concentrarme tan sólo en su historia mientras me cuenta lo que ha sucedido en la Alhóndiga en los dos últimos días.

II

—... Y me marché de allí renunciando al nombre de mierda que Abel me había puesto, así que a partir de ahora llámame Asier. —Él se queda mirándome confuso unos segundos antes de continuar—. Bueno, no puedes llamarme de ninguna manera, porque no hablas, pero tú ya me entiendes.

Yo asiento, le sonrío y, poco a poco, tiendo una mano hacia él, tratando de no asustarle. Él adelanta su mano y toma la mía con fuerza. Sonríe de verdad, sin miedo ni asco. Creo que se alegra de haberme encontrado, aunque sea en estas circunstancias.

—Ahora no sé qué voy a hacer —continúa él—. Está muy claro que han intentado librarse de mí. Me han mandado fuera solo con el rifle descargado, como supongo que hicieron contigo.

Vuelvo a decir que sí con la cabeza y aparto la mirada para que no vea el odio profundo que se refleja en mis ojos. La ira y la rabia me consumen por dentro al recordar su traición, al rememorar la figura de Abel esperando tras la verja para asegurarse de que no volviera. No voy a permitir que a Asier le suceda lo mismo. Aprieto su mano para transmitirle mi apoyo y tiro de él para ayudarle a incorporarse. Él se pone en pie con esfuerzo y se lleva la otra mano al costado mientras respira con dificultad. Se levanta un poco la camiseta y me permite ver un enorme hematoma que cubre la mitad de su torso.

—Un regalito de Esaú —me explica, encogiéndose de hombros —. Creo que Belén tiene razón y que tengo una costilla rota.

Estoy muy preocupada por él. Además del peligro que corre aquí fuera, aunque pudiera protegerle de todos nosotros, podría morir por esa contusión. Tengo que conseguir que regrese a la Alhóndiga para que puedan curarle. Observo a mis compañeros, que siguen mirándonos desde el otro lado del cristal. Están mucho más tranquilos y, aunque la imagen de Asier sigue provocando su hambre, noto que ya son capaces de mantener el control y que no van a atacarle. Envío a sus mentes el mensaje de que me siento muy orgullosa de ellos y me responden con una sensación de alegría que resuena en mi cabeza como un coro de campanillas.

Necesito vuestra ayuda. Tiene que regresar a la Alhóndiga.

Está bien. Le escoltaremos.

Primero tiene que conseguir provisiones. No le dejarán entrar si no lleva comida.

Nos estás pidiendo mucho, pero lo haremos por ti. Seguidnos, sabemos dónde puede conseguirla.

Asier abre la puerta y salimos. Noto que está temblando y que se resiste a dejar la seguridad del cajero. Me giro y le sonrío, pero él agacha la cabeza, esquivando mi mirada para que no perciba su miedo. Sé que se fía de mí, pero se comporta como si fuera una víctima a la que llevo al sacrificio.

Cuando estamos fuera, todos mis compañeros se colocan a nuestro alrededor, formando un círculo en el que estaremos a salvo. Después, cruzan la carretera en dirección al Corte Inglés. Hay un supermercado en una de las plantas altas y seguro que podremos conseguir comida allí. El edificio es demasiado grande y oscuro como para que mucha gente se haya atrevido a adentrarse en su interior.

Según pasamos las escaleras de entrada, la oscuridad que nos envuelve es total. Yo no siento ningún temor. Es curioso cómo cambia la percepción del mundo cuando el monstruo eres tú. Noto que Asier se remueve a mi lado y, al cabo de unos segundos, una luz ilumina nuestro camino. Ha sacado una linterna de su mochila. Supongo que a él la idea de recorrer este inmenso espacio oscuro rodeado por una escolta de muertos vivientes sí le pone nervioso. De hecho, percibo que está sudando a mares. Su mano está empapada y pegajosa y su aroma es fuerte y está teñido de miedo. Huele delicioso, como si alguien hubiera abierto la puerta del horno mientras se está cocinando un asado. Me gustaría pedirle que deje de sudar, porque no nos lo está poniendo nada fácil. Ese aroma inquieta a mis compañeros, que tienen que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse. Además, será un reclamo para todos los muertos que habiten en el edificio.

Por suerte, según avanzamos, su olor se ve disimulado por otros aromas. Estamos en la planta de perfumería y la mayoría de los frascos están destrozados en el suelo. A pesar del tiempo transcurrido, su aroma sigue impregnando el aire con la mezcla de mil fragancias: madera, almizcle, vainilla, sándalo, lavanda… Continuamos avanzando y dejamos atrás las inservibles escaleras mecánicas hasta llegar a la zona de los ascensores. A su lado, encontramos otras escaleras que ascienden en la oscuridad. Empezamos a subir, iluminados por la débil luz de la linterna de Asier.

Al llegar al tercer piso, escuchamos el sonido de pasos arrastrándose sobre la moqueta. Hay alguien ahí. Me pongo tensa pensando que puede haber supervivientes escondidos, armados,

preparados para acabar con todos nosotros. Entonces escucho sus gemidos y noto en mi cabeza el eco de sus pensamientos. Llevan mucho tiempo aquí y tienen hambre. No es hambre como la que nosotros padecemos. Es HAMBRE de la de verdad, de la que te agujerea las entrañas y te provoca un dolor que te impide pensar. No sé si seremos capaces de detenerlos.

Aparecen tras una esquina. Son una pareja, o lo que queda de ella. Incluso a la leve luz de la linterna se puede distinguir su piel grisácea, escamosa, tan reseca que da la impresión de que una suave brisa podría desprenderla de sus cuerpos. Bajo lo que queda de sus ropas se nota la prominencia de sus huesos. Me recuerdan a dos árboles muertos, con las ramas secas y retorcidas. Se acercan a nosotros con pasos presurosos, gastando sus últimas energías en atrapar a esa presa que perciben como un regalo del cielo. Noto su falta de energía, su desesperación, su agonía… Si no comen pronto, ya no podrán moverse. Volverán a morir y esta vez será para siempre. Me dan mucha lástima, pero no puedo permitir que se lleven a Asier.

Ellos se lanzan hacia el grupo en un intento de pasar por encima de los que están en primera fila protegiendo con sus cuerpos a Asier. Éste recula un par de pasos y choca con la gente que lleva detrás. En ese momento parece que se da cuenta de que está rodeado de podridos. Sus ojos se abren tanto que parece que van a salirse de sus cuencas. Se agacha y se queda en el suelo, acuclillado, cubriéndose la cabeza con las manos, paralizado por el miedo.

Por suerte, el resto de mis compañeros sí reacciona. Interponen sus brazos para impedir el paso a los dos extraños, que siguen extendiendo sus garras tratando de atrapar a Asier. Sólo pueden pensar en su sangre, en su carne fresca, en la sensación de hundir los dientes en ese cuerpo y extraerle la vida.

NOOOOOOOO

Ese grito resuena en las mentes de todos nosotros. Es la mente de Raúl la que lo ha proferido. Destila autoridad, poder. Todos nos unimos a su grito y se convierte en algo tan potente que hace que los dos extraños salgan despedidos hacia atrás y se queden tendidos en el suelo, paralizados. Yo estoy tan sorprendida que tampoco puedo moverme. No sabía que podíamos hacer algo así sólo con la fuerza de nuestras mentes unidas.

No podéis matarlo. Es nuestro protegido.

La pareja no contesta. Tan sólo gimen y lloriquean como niños a los que les han quitado su juguete favorito. Raúl se adelanta un poco y toca el hombro de la mujer para atraer su atención.

Cuando acabemos lo que estamos haciendo, os sacaremos. En la calle podréis encontrar comida. No os dejáremos abandonados aquí.

Ellos parecen comprender. Se levantan con dificultad y empiezan a seguir a nuestro grupo, dejando unos metros de separación. Todavía noto su hambre y su desesperación, pero no se atreven a volver a atacar y consiguen controlarse.

Según vamos subiendo, piso tras piso, varios podridos más se unen a nuestra comitiva. Creo que la primera pareja les ha contado que los sacaremos de aquí y que nadie quiere quedarse en esta oscuridad que sólo puede traerles soledad y muerte.

Después de unos minutos de ascensión, llegamos al sexto piso. Guiamos a Asier hasta la entrada del supermercado. Aquí también se nota el paso del apocalipsis. Hay muchas baldas vacías, mercancía tirada por el suelo y estanterías derribadas, pero, con lo que queda, Asier podría llenar cientos de mochilas. Una enorme sonrisa se dibuja en su cara mientras va llenando su bolsa con frascos de alubias y latas de albóndigas. Cuando ya tiene la mochila tan llena que le cuesta moverla, se dirige a la sección de dulces y mete varias tabletas de chocolate en los bolsillos interiores de su chaqueta. Cuando ha terminado, vuelve al centro de nuestro grupo y se gira hacia mí.

—¿Crees que debo regresar a la Alhóndiga? No sé si estaré seguro allí.

Me gustaría decirle que puede quedarse, que estará a salvo con nosotros, pero es como decirle a una gacela que puede vivir con una manada de leones. Podemos despistarnos y que algún muerto desconocido se le lance encima. Puede que en un momento dado uno de nosotros se vuelva loco y le ataque. Ni siquiera puedo estar segura al cien por cien de mí misma. Sé que le quiero, que es mi amigo, que haría cualquier cosa para que no le sucediera nada malo, pero hay momentos en los que su aroma es tan embriagador que me aturde. No puede quedarse con nosotros. Tampoco puedo dejar que vague solo por Bilbao. Su única salida es regresar con esas provisiones y que vuelvan a aceptarle, así que asiento a su pregunta, le tomo del brazo y le guio hacia las escaleras. Mis compañeros empiezan a avanzar para protegerlo, mientras un grupo de unos diez o doce podridos nos siguen para encontrar la manera de salir de aquí. Poco a poco, noto que las mentes de esos extraños se coordinan con las nuestras. A medida que se tranquilizan y controlan su hambre, sus pensamientos se vuelven más cercanos. Escucho como los miembros de mi grupo les dan la bienvenida. Creo que acabamos de duplicar el tamaño de nuestra familia.

Cuando salimos a la calle, las primeras luces del amanecer nos dan la bienvenida. Los que han salido con nosotros se quedan paralizados, entrecerrando los ojos. Supongo que han pasado tanto tiempo en la oscuridad que esta leve luz les hace daño. Nos quedamos parados delante del Corte Inglés, esperando a que se acostumbren. Yo me giro hacia Raúl para indicarle que quiero hablar con él.

¿Crees que podríamos esperar un par de horas más antes de acompañarle a la Alhondiga?

Bueno, creo que podríamos aguantar. Estamos haciendo grandes progresos. Sin embargo, cuanta más luz haya, más posibilidades habrá de que nos descubran y nos disparen. ¿Por qué quieres esperar?

Quiero que haya mucha gente despierta para que le vean llegar. Cuando yo traté de regresar, sólo había un testigo que decidió que era mejor no dejarme entrar. No quiero que a Asier le pase lo mismo.

Le envío una imagen mental de mi carrera desesperada hacia la Alhóndiga, de Abel esperando tras la verja, de su mirada de desprecio, de mi desesperación al ver que los zombis me atrapaban… Noto una sensación de vergüenza en la mente de Raúl. Ellos eran mis perseguidores, los que me aterraron de esa manera, los que me mordieron y me convirtieron en lo que soy ahora. Debe de ser duro verse desde el otro lado. Trato de transmitirle que está todo perdonado.

Está bien. Esperaremos, pero volved a meteros en el cajero. No sé si los nuevos podrán controlarse mucho tiempo más.

Yo asiento, tomo la mano de Asier y le guío hacia allí. Él abre y, cuando deja su mochila en el suelo, volvemos a sentarnos juntos. Esta vez estamos más cerca y parece que ha dejado de tenerme miedo. No entiende muy bien a qué esperamos, pero se fía de mí. Como si siguiéramos siendo los mismos de siempre, él me cuenta anécdotas mientras el sol comienza su camino por el cielo.

A mediodía noto una señal de Raúl en mi mente que me indica que están listos para partir. Sólo van a acompañarme cinco integrantes de mi grupo. El resto se quedará con los nuevos miembros para que estén tranquilos y para ayudarles en caso de que haya posibilidades de cazar algo que les permita recuperarse.

Raúl se coloca al frente y el resto de nosotros rodeamos a Asier. Noto que ya no suda ni tiembla. Tan sólo nos contempla con curiosidad. Me parece increíble lo rápido que ha sido capaz de adaptarse a esta situación de pesadilla. Nos ponemos en marcha, avanzando por el centro de la carretera, sin encontrar a nadie más en nuestro camino.

Cuando ya estamos cerca de la Alhóndiga, el grupo se detiene. Es demasiado arriesgado acercarse más. Lo comprendo. No puedo pedirles que se pongan a tiro de los vigías del tejado. Sin embargo, yo sí estoy dispuesta a arriesgarme. Agarro la mano de Asier y le llevo hasta la acera. Pegados a los edificios estaremos menos expuestos. Le acompaño casi hasta el final de la calle. Desde donde estamos, puedo ver la fachada de la Alhóndiga y el parque que la rodea. Me quedo quieta, con la mirada fija en esas paredes que me separan de mi objetivo. Tengo que contenerme para no lanzarme contra las verjas, tratando de llegar a él, de atraparlo, de devorarlo… Sé que no serviría de nada, que no conseguiría atravesar el parque antes de ser abatida. Debo esperar. Ya llegará mi oportunidad.

—Bueno, aquí nos separamos, ¿verdad? —pregunta Asier.

Asiento, estiro mi brazo y rozo con timidez su mano como gesto de despedida. Él agarra mi mano y la aprieta con fuerza. Parece que le cuesta decirme adiós.

—No sé cómo será mi vida ahí dentro a partir de ahora. Si me nombran recolector, quizá tenga que volver a salir con el grupo… Supongo que comprenderás que no podré pasarme a saludarte.

Yo le sonrío divertida y asiento. Él se queda unos segundos en silencio, paseando su mirada entre mi rostro y la fachada del edificio.

—También puede ser que me obliguen a salir solo una y otra vez, hasta conseguir que me maten. —Duda unos segundos antes de seguir hablando—. Si fuera así, ¿tú volverías a ayudarme?

Señalo el sol en lo alto y después trazo con la mano su camino en el cielo hasta las montañas en las que se oculta cada noche. Después me señalo a mí misma y el trozo de suelo en el que estoy. Él me observa con el ceño fruncido, tratando de entender.

—¿Cuando se haga de noche estarás aquí?

Asiento y sonrío, feliz de que me haya comprendido. Él me devuelve una sonrisa franca y abierta. Creo que ahora se siente mucho más confiado acerca de su futuro.

—Esto es genial. Es como jugar al Movies —bromea—. Hasta la noche entonces.

Vuelve a rozar mi mano, se ajusta la pesada mochila a la espalda y empieza a caminar con paso decidido hacia la Alhóndiga. Yo le sigo escondida entre los coches para estar lo más cerca posible sin ser descubierta. Le veo subir los escalones y atravesar el parque hasta la verja de entrada. Distingo movimiento en el interior del edificio. Parece que los guardias ya han advertido su presencia. Él

se acerca con las manos levantadas y anuncia su llegada:

—Soy Asier. Estoy vivo y he regresado. Abridme.

Uriel-Día 3

I

Uriel se quedó quieto en el centro del gimnasio mientras Esaú cerraba la puerta y corría el cerrojo. No entendía por qué tenía que cerrar por dentro. Le había dicho que le acompañara para enseñarle a ser más fuerte, pero no creía que aquello fuera un secreto que no pudiese ver nadie más. ¿O quizá sí? A lo mejor Esaú conocía trucos para vencer a los muertos y a la gente mala, trucos especiales que nadie más podía conocer. E iba a compartirlos con él. A lo mejor gracias a eso podría convertirse en un superhéroe como los de los comics que le leía a veces Asier. Así podría dejar de tener miedo, salir a la calle e ir a buscarle para comprobar que no le hubiera pasado nada malo.

Esaú estaba de pie al lado de la puerta con los brazos cruzados sobre su enorme pecho. Le miraba fijamente con una sonrisa en la cara. Uriel no podía explicar por qué, pero le estaba poniendo nervioso. Era la sonrisa que pondría alguien al mirar en un escaparate un pastel delicioso, mientras se imagina lo bueno que estará cuando se lo coma. Pero él no era un pastel y Esaú no iba a comérselo. Los que se comían a la gente estaban fuera. Le habían dicho que dentro de la Alhóndiga no tenía nada que temer. Entonces, ¿por qué sentía que estaba en peligro?

Esaú fue acercándose poco a poco. A Uriel le dio la impresión de que, cuando estuviera a su lado, se relamería al imaginar su sabor justo antes de lanzarse sobre él, abriendo una boca enorme llena de colmillos afilados. Sintió ganas de llorar y de gritar para pedir ayuda, pero, si lo hiciera, Esaú pensaría que era un crío cobarde y no compartiría con él sus secretos para ser fuerte y poderoso. Así que, en lugar de llorar, empezó a recular poco a poco hasta que una pared recubierta de espejos impidió que continuara retirándose.

—¿Por qué te apartas, Uriel? No voy a hacerte nada malo. Somos amigos.

Tuvo ganas de negar con la cabeza, de decirle que no eran amigos, que su verdadero amigo era Asier y que no necesitaba a nadie más. Sin embargo, las palabras murieron en su garganta, que se había cerrado por completo, impidiendo el paso del aire.

Esaú debió de notar que le estaba asustando, porque dejó de

avanzar hacia él y se sentó en un banco de ejercicios. Volvió a sonreírle, con una sonrisa más humana esta vez, y se dio un par de palmadas en los muslos, invitándole a acercarse y sentarse en su regazo. Uriel dudó unos segundos. No sabía explicar por qué, pero sólo quería escapar de aquella habitación y que ese hombre dejara de mirarle así. Esaú estaba siendo muy amable con él y no le había hecho nada malo, pero en su interior sentía que algo no era correcto.

Al ver que no avanzaba, Esaú volvió a golpear sus muslos para llamarle, un poco más fuerte esta vez. Su sonrisa había desaparecido. Tenía los labios tan tirantes que casi no se le veían. Uriel agachó la cabeza, tratando de ocultar su miedo, y empezó a avanzar con pasos pequeños. No quería que Esaú se pusiera furioso con él. Había visto los moratones y heridas que Asier tenía en la cara justo antes de marcharse y le habían dicho que se los había hecho él. No quería que le pegase de aquella manera, así que tendría que obedecer.

Cuando ya estuvo al lado de las rodillas de Esaú, éste le levantó del suelo como si no pesara nada. Le sentó en su regazo y le rodeó la cintura. Uriel no sintió aquel contacto como un abrazo. Los enormes brazos de Esaú formaban una prisión de la que no podría escapar. Aún así, se retorció un poco, tratando de demostrar que se sentía incómodo. Esaú no debió comprenderlo, porque le apretó aún más y le acercó a su cuerpo.

Uriel levantó la cabeza y le miró con sus enormes ojos brillantes por las lágrimas. Ya no le importaba que él se diese cuenta de que estaba asustado ni que pensara que se estaba comportando como un niño pequeño. Sólo quería salir de allí. Sin embargo, Esaú no aflojó su presa. Al contrario, parecía que su miedo y sus lágrimas le gustaban. Sus ojos estaban brillantes y tenía una sonrisa enorme, llena de dientes. Sólo le faltaba babear y relamerse. Uriel recordó los cuentos que Belén les contaba: Caperucita roja, Los tres cerditos, Los siete cabritillos… Aunque Esaú no tuviera el cuerpo cubierto de pelo ni las orejas de punta, Uriel comprendió que se había dejado engañar por el lobo y que iba a ser devorado. Clavó las uñas en los brazos de Esaú y se removió con todas sus fuerzas, pero lo único que consiguió fue que él apretase tanto que le dejó sin respiración.

En aquel momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta. A Uriel le pareció el canto de un coro de ángeles celestiales. Esaú le soltó y le dejó de pie en el suelo, mientras se dirigía hacia la entrada. Antes de abrir, se giró hacia él y le lanzó una mirada de advertencia.

—No se te ocurra moverte ni decir nada.

Uriel asintió, aunque no pensaba obedecer. Si la persona que había llamado a la puerta era buena, se marcharía con ella. Rezó para que fuese Belén, diciendo que tenía que ir a jugar con los demás niños, o Eliseo, para llevarle a una de sus aburridas clases de lectura. Las lecciones no se le daban bien, pero en aquel momento estaba dispuesto a pasarse estudiando todo el día con tal de que lo sacaran de allí. Rezó aún con más fuerza para que fuese Asier, que había regresado para rescatarle. Cuando la puerta se abrió, sus esperanzas se desvanecieron. Era Caleb, el amigo de Esaú, el otro lugarteniente de Abel. Tampoco era bueno ni amable con los niños. Solía pasearse por La Alhóndiga con el cuerpo tan estirado como si se hubiera tragado un palo y la mirada fría y distante. Verlo avanzar era como ver acercarse un tren. Lo mejor era apartarse de su camino o te arrollaría sin darse cuenta.

Esaú tampoco parecía muy feliz de ver a su compañero. Lo miró con el ceño fruncido y los ojos echando chispas de rabia.

—¿Qué quieres? Estoy muy ocupado.

Caleb miró hacia el interior del gimnasio y clavó su mirada en Uriel. Después se giró de nuevo hacia Esaú con un gesto de extrañeza.

—¿Y en qué estás tan ocupado con ese crío?

Durante un segundo, Uriel pensó en correr a abrazarse a las piernas de Caleb y suplicarle que le sacara de allí, pero una mirada asesina de Esaú silenció sus palabras.

—Estoy entrenándole. Ya sabes que opino que todos los críos aquí son demasiado flojos y que deberían curtirse como guerreros desde pequeños.

Caleb se encogió de hombros, dispuesto a creerse la explicación de su compañero. Uriel se sintió como si un abismo acabara de abrirse bajo sus pies. No sabía con certeza lo que Esaú quería hacer con él, pero estaba seguro de que no era bueno. Las siguientes palabras de Caleb cerraron ese abismo y le devolvieron la esperanza.

—Creo que tendrás que dejar eso para otro momento. Daniel ha regresado.

Antes de que ninguno de los dos hombres pudiese reaccionar, Uriel salió a toda prisa del gimnasio, atravesó el pasillo y se precipitó por las escaleras. Cuando llegó a la planta baja, siguió corriendo para atravesar el atrio. Al fondo, cerca de la verja de entrada, había un grupo de personas haciendo corro. El ruido de sus pasos al acercarse hizo que se giraran hacia él y se apartasen para

dejarle paso libre. Justo en la entrada estaba Asier. Los rayos del sol entraban por las altas ventanas y le envolvían con su brillo, convirtiéndole en la imagen de un héroe de leyenda, de alguien tan poderoso como para volver de entre los muertos. Uriel corrió hacia él y se lanzó con tanta fuerza que le hizo trastabillar. El chico, lejos de enfadarse, correspondió a su abrazo y le acarició el pelo.

—Vaya, alguien me ha echado de menos. ¿Va todo bien, Uriel?

No pudo contestar. Sollozaba tan fuerte que no era capaz de pronunciar ni una sola palabra. Todo su cuerpo temblaba. Lo peor era que no sabía explicar por qué lloraba. Era una mezcla de angustia y alivio, de miedo y alegría, de vergüenza y esperanza… Su amigo se arrodilló frente a él y le tomó la cara con las dos manos para hacer que le mirase a los ojos.

—¿Qué pasa, Uriel? —Sus ojos brillaban con rabia—. ¿Alguien te ha hecho daño?

No tuvo tiempo de contestar. Los murmullos cesaron para ser sustituidos por unos golpes rítmicos. Reconoció el sonido del báculo de Abel golpeando sobre el pavimento del atrio. Se giró y le vio avanzar. Parecía un ángel, relumbrante con sus vestiduras blancas, con los ojos brillantes de emoción y una sonrisa beatífica en el rostro. Lo único que estropeaba la ilusión eran sus dos lugartenientes, colocados uno a cada lado, vestidos de negro y mirando a Asier como si esperasen que se desintegrara.

—Daniel, bienvenido de vuelta. Alabemos a Dios por haberte devuelto a nosotros sano y salvo.

—Me llamo Asier —repitió el muchacho como si el tiempo no hubiera pasado para él desde que salió de La Alhóndiga la noche anterior.

—Pero Daniel es tu nombre en la congregación, el nombre bíblico que elegí para ti para señalarte como uno de los nuestros. ¿Es que no quieres pertenecer a nuestra comunidad?

—Por supuesto que quiero, pero no entiendo por qué tengo que renunciar a mi verdadero nombre para pertenecer al grupo. —Mientras hablaba, fue descolgándose la pesada mochila de la espalda—. He traído comida. Todos podremos cenar esta noche.

Asier fue sacando las provisiones que había traído: alubias, albóndigas, tabletas de chocolate… La gente gritó emocionada y el atrio se llenó de risas y felicitaciones. Todos le rodearon como si fuera un héroe de guerra y, casi en volandas, se lo llevaron al comedor para que esa noche fuera el invitado de honor. Uriel les siguió, acompañándoles en sus risas y botes de alegría, pero antes de salir del atrio, se giró un segundo. Abel y sus dos acompañantes

seguían allí de pie, tan quietos como las columnas que les rodeaban. Uriel se preguntó, sintiendo un escalofrío, cómo era posible que Abel desprendiera tanta oscuridad si iba vestido de blanco.

Raquel-Día 4

I

El silencio y la quietud se han adueñado de las calles. Ha costado mucho tiempo, pero parece que por fin hemos conseguido que los podridos que encontramos en el Corte Inglés se calmen. Han estado horas intranquilos, gimiendo sin parar, moviéndose de un sitio a otro… Buscaban comida desesperadamente, pero no han conseguido encontrar nada. De vez en cuando soltaban un aullido triste y desesperado como el grito de un animal agonizante. No sé si se han dado por vencidos o si están tan faltos de energía que han caído rendidos, pero me siento muy agradecida de que se hayan sumido en el letargo. Me estaban poniendo muy nerviosa. De alguna manera su ansia parecía acrecentar la mía.

Lo hacía. ¿No has sentido su hambre?

La voz de Raúl en mi cabeza me sorprende. Todavía no me he acostumbrado a que cualquiera pueda leer mis pensamientos y transmitirme los suyos.

Sí, la he sentido. Incluso me llegaban visiones… Sangre, mordiscos, llenarse la boca de carne aún palpitante… He estado rogando para que pararan. Me daba la impresión de que, si seguían así durante mucho tiempo, yo también acabaría igual de desesperada.

Y lo harías… ¿Te cuento una teoría?

Claro.

No sé bien cómo explicarlo. Creo que funcionamos a la vez como receptores y transmisores de emociones. Notamos lo que sienten los demás y enviamos lo que sentimos nosotros.

¿Como en un walkie-talkie?

Noto un cosquilleo en mi cerebro. Creo que Raúl se está riendo de mi comparación. Siento su concentración, su intento de ordenar sus pensamientos para transmitirme lo que quiere decir.

Algo así, pero a un nivel más profundo, mucho más emocional. No es sólo que podamos hacerles saber a los demás lo que pensamos. Se lo contagiamos, hacemos que experimenten lo mismo que estamos sintiendo. Somos una especie de faro emocional influido por la luz que emiten los demás faros.

Lo entiendo, pero entonces no comprendo cómo no nos hemos vuelto todos tan locos como ellos.

Ellos nos han estado transmitiendo su desesperación, mientras nosotros les traspasábamos nuestra calma. Cada vez que conseguíamos calmar a uno de ellos, éste se convertía en un nuevo "faro" que emitía paz. Por eso cada vez ha sido más fácil.

¿Crees que si hubiesen sido más habrían vencido ellos? ¿Nos habríamos vuelto unos seres irracionales que sólo piensan en devorar cualquier cosa?

Sí, por eso es peligroso estar en grupos grandes. Si la masa te domina, ya no puedes razonar. Te conviertes en parte de una horda hambrienta que sólo piensa en atacar sin importar las consecuencias. Cuando estamos en ese estado, es muy fácil para los vivos tendernos emboscadas y asesinarnos. Por eso te dije que era muy importante para nosotros que nos enseñarás a concentrarnos.

Me alegro de ser útil al grupo.

Eres una de los nuestros. Te querríamos aunque fueras un monstruo desquiciado.

Vuelvo a notar el cosquilleo de su risa. Yo no contesto. Me han sorprendido sus palabras. Hace unos días nunca habría pensado que los muertos pudiesen tener sentimientos, que tuvieran este concepto de grupo, de familia… Ahora no sólo lo sé, lo siento dentro de mí. Estoy más segura de estos sentimientos de lo que lo estaba de los de mi familia, de mis amigos, de la gente de la Alhóndiga. Es tan extraño saber que todo lo que te dicen es cierto, que no hay lugar para el engaño, para los sentimientos confusos, para el disimulo…

Raúl ha ido quedándose dormido. Rastreo con mi mente las del resto de los miembros del grupo. Todos están tranquilos. Se sienten seguros, en familia. Esa sensación me calienta por dentro y me hace sonreír, mientras niego con la cabeza. Es tan extraño sentirse a gusto entre los malditos…

De repente me planteo que acabo de hacer cosas que pensaba que los muertos no hacíamos. Negar con la cabeza, sonreír… Parecen gestos tan humanos… ¿Qué más cosas que no sabemos podremos hacer?

Me giro hacia la fachada del banco bajo cuyos soportales nos alojamos. Me acerco a la puerta del cajero en el que hace unas horas nos refugiamos Asier y yo. ¿Podré abrirla? Ahora que me lo he planteado, no se me ocurre una sola razón por la que no podamos hacerlo. Conservamos todas nuestras capacidades de movimiento, recuerdo exactamente lo que hay que hacer para abrirla y me encuentro en un estado de tranquilidad que me permite razonar. No hay ningún motivo que me impida llevar a cabo la sencilla tarea de bajar un picaporte y tirar de la puerta. Sin

embargo, cuando me acerco y extiendo mi brazo, me siento más nerviosa e insegura. No puedo ser la primera podrida a la que se le ocurre esto. Si hasta el momento no han podido hacerlo, debe de ser porque algo nos lo impide. Aún así, agarro el picaporte, hago una leve presión hacia abajo y tiro. La puerta se abre y yo me quedo paralizada. Me sorprendo tanto que abro mi mano, el picaporte se me escapa y la puerta vuelve a cerrarse.

Unos segundos después vuelvo a hacerlo, una y otra vez. El movimiento es tan sencillo y natural como lo era cuando estaba viva. Esto tiene tantas implicaciones que me siento confusa y mareada. Mientras mantengamos el control, seremos capaces de hacer tantas cosas… Abrir y cerrar puertas, manejar utensilios… Tan sólo la desesperación del hambre nos separaba de tener las mismas capacidades que los humanos.

Una nueva implicación se abre paso en mi cabeza. Me giro y clavo la mirada en los edificios que me separan del lugar en el que se alza La Alhóndiga. Si puedo mantener el control y pensar, podré abrir alguna de las entradas, guiarme por sus oscuros pasillos y llegar hasta Abel. Mi venganza no está tan lejos. Ahora es posible.

Asier-Día 4

I

Isaac terminó de apretar el vendaje y se separó un par de pasos para comprobar cómo había quedado su trabajo. Después sonrió satisfecho:

—Ya puedes vestirte de nuevo, Daniel.

—Me llamo Asier —contestó el chico, hastiado.

—Lo siento. No me acostumbro. —Isaac se encogió de hombros y se dirigió a un enorme armario situado al fondo de la habitación que le servía de consulta—. Creo que tengo algunos analgésicos por aquí…

El joven no tardó mucho en encontrar lo que buscaba y regresar al lado de Asier, que trataba de colocarse la camiseta con esfuerzo.

—Ten cuidado. Ya te he dicho que no tienes ninguna costilla rota, pero no puedes hacer movimientos bruscos. —Isaac le ayudó a meter uno de los brazos por la manga y después le tendió un blíster con cuatro pastillas—. Trata de dosificarlas y no las tomes a no ser que tengas mucho dolor. Deberías tomar una cada ocho horas, pero casi no nos quedan.

—Puedo traerte más —le ofreció Daniel—. Dime qué medicamentos necesitas y los buscaré.

—¿Vas a volver a salir ahí fuera? —preguntó Isaac, asombrado.

—Claro, ahora soy un recolector. Esta noche volveré a salir a por provisiones. Hazme una lista de las medicinas más urgentes y las buscaré.

—Buff, no sabría qué decirte. Ya sabes que yo no soy médico sino veterinario, así que no estoy muy familiarizado con los nombres de los medicamentos para humanos, pero algo podré hacer. —Isaac se sentó al otro lado de la mesa, cogió un papel y empezó a apuntar—. Necesito analgésicos, antiinflamatorios, antibióticos… También material para curas: vendas, antisépticos…

Asier se quedó en silencio, sentado en la camilla, esperando a que el joven terminara su lista. De repente, Isaac levantó la vista del papel y se le quedó mirando con una mezcla de extrañeza y admiración.

—De verdad que no puedo creer que vayas a salir de nuevo por propia voluntad. Sabes que Abel te mando fuera como un castigo,

¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero también sé que ahora mismo puedo ser el mejor recolector de toda la comunidad. —Asier sonrió satisfecho y se bajó de la camilla.

—¿No te da miedo salir ahí fuera y encontrarte con ellos?

Asier pensó un momento en qué contestar. La verdad era que no tenía miedo. Sabía que Raquel estaría esperándole y que, mientras estuviera con ella, nada malo le sucedería. El problema era que no podía explicar aquello sin que le tomaran por loco.

—Por supuesto que me da miedo —mintió—, pero creo que la comunidad me necesita.

Isaac volvió a mirarle con admiración, se levantó de la silla y le tendió el papel con la lista de medicamentos. Después le dio un par de palmadas cariñosas en la espalda, que fueron respondidas con un gesto de dolor de Asier.

—Perdona, olvidé tus costillas. ¿Crees que podrás salir así? Como médico debería recomendarte reposo absoluto.

—Ya, pero sólo eres veterinario, así que no tengo por qué hacerte caso —bromeó Asier, guiñándole un ojo.

—He tenido pacientes tan rebeldes como tú. Ni a los perros ni a los gatos les gusta estarse quietos, pero no hay nada que un buen sedante no pueda arreglar.

Asier le sonrió y se dirigió a la puerta, pero, antes de salir, se paró en el umbral y se giró hacia el chico.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Isaac.

—Sí, ¿cómo te llamas?

—¿Estás bien? Me llamo Isaac. Ya lo sabes. ¿Es que también te has golpeado la cabeza?

—No, me refiero a tu nombre de verdad, el que tenías antes de todo esto.

Isaac dudó unos segundos antes de contestar. Nadie había dicho que pronunciar sus nombres reales fuese pecado, pero se suponía que todo aquello había quedado atrás, que ahora eran otras personas: miembros fieles de la congregación.

—Markel. Me llamaba Markel —contestó al fin con un hilo de voz.

—Muchas gracias por todo, Markel.

—De nada, Asier.

Se quedaron en silencio unos segundos, mirándose como si estuvieran delante de personas nuevas, reconociéndose como quienes eran en realidad, quienes habían sido antes de que el infierno se instalara en la Tierra. Asier le sonrió de nuevo, guardó la

lista de medicamentos en el bolsillo trasero de su pantalón y salió al pasillo. Desde allí pudo divisar las altas ventanas que iluminaban el atrio. La luz ya declinaba y se volvía rojiza. Pronto anochecería. Tenía que darse prisa para llegar a su cita con Raquel.

II

Asier se puso la chaqueta. A pesar de hacerlo lentamente y con cuidado, no pudo evitar un pinchazo de dolor en el costado izquierdo. Intentó disimular para que Uriel no se diera cuenta, pero el pequeño tenía sus ojos, muy redondos y abiertos, fijos en su cara, atento a cualquier cambio en su expresión.

—¿Lo ves? Sigues estando malo. No puedes salir.

—Tengo que ir a por más comida. ¿Es que no quieres que te traiga más chocolate? —le preguntó, mientras le revolvía el pelo.

El niño le quitó la mano de la cabeza, se giró y se colocó de espaldas a él, con los brazos cruzados sobre el pecho. Asier suspiró, caminó hasta colocarse frente a él y se acuclilló para que sus ojos quedaran a la altura de los del niño.

—¿Por qué te enfadas?

—No quiero que te vayas. —Uriel trataba de mantenerse firme, pero las lágrimas asomaban a sus ojos—. Es muy peligroso, hay muchos monstruos ahí fuera.

—Lo sé, pero no me pasará nada. Soy muy rápido para ellos. No podrán alcanzarme.

—Yo también soy muy rápido —le cortó el niño, entusiasmado —. Déjame ir contigo.

—Pero si has dicho que hay un montón de monstruos ahí fuera. ¿Es que no te dan miedo?

Uriel se quedó en silencio y clavó su mirada en la pared del fondo del dormitorio común. A pesar de que trataba de controlarse, las lágrimas rebosaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas mientras su labio inferior temblaba descontrolado.

—Me da más miedo quedarme aquí solo —susurró en un tono tan bajo que Asier tuvo que acercarse aún más para escucharle—. Algunas personas también son monstruos.

—¿A quién te refieres? ¿Alguien te ha hecho daño?

El niño agachó la cabeza para evitar sus ojos, pero Asier le cogió suavemente por la barbilla para obligarle a mirarlo. Uriel negó con la cabeza y apretó los labios, como si quisiera evitar que las palabras se escapasen.

—Si alguien te ha hecho algo malo, tienes que decírmelo. Yo te cuidaré y no permitiré que nadie te haga daño.

—Tú te vas a marchar y a dejarme aquí solo —contestó Uriel entre sollozos—. Y si los monstruos te cogen, no volverás nunca.

—Dime de quién tienes miedo —insistió Asier—. Confía en mí.

Uriel comenzó a sollozar desesperado y se lanzó a sus brazos. Asier le rodeó y le dejó apoyar la cabeza en su hombro. En pocos segundos, notó que su camiseta ya se había empapado. Se forzó a mantenerse quieto y en silencio, dejando que el niño se desahogara, a pesar de que en su interior sentía un fuego que iba creciendo a cada segundo. ¿Quién había hecho que Uriel se sintiera tan desgraciado? Fuera quien fuera, se lo haría pagar.

El llanto del niño se fue calmando. Uriel separó el rostro de su hombro, acercó los labios a su oído y le susurró una sola palabra: «Esaú». Asier sintió que su sangre se helaba. Todos los comentarios que había escuchado sobre aquel hombre y su repugnante afición por los niños invadieron su cabeza. En su mente sólo aparecía una idea: matarlo.

—¿Qué te ha hecho?

—Me llevó al gimnasio con él. Me dijo que me enseñaría a ser más fuerte y más valiente, pero luego sólo quería sentarme en sus rodillas y achucharme. A mí no me gustaba y quería marcharme, pero no me dejo.

—¿Y qué más pasó?

—Nada. Caleb llegó para avisarle de que habías vuelto y pude escapar, pero me da miedo que me coja otra vez.

La voz de Uriel volvió a quebrarse. Asier le abrazó de nuevo, con tanta fuerza que le dolió el costado, pero le dio igual. Después, le apartó y le miró fijamente a los ojos.

—Escúchame. Voy a salir a buscar provisiones. La gente necesita comida y medicinas y yo puedo traerlas. —El niño bajó la cabeza y Asier vio como dos gruesos lagrimones caían desde sus ojos y se estrellaban en el suelo, haciéndole sentir culpable—. Voy a volver, no va a pasarme nada, y, cuando esté aquí, cuidaré de ti aunque tenga que volver a enfrentarme a Esaú a puñetazos.

—¿Y mientras no estás?

—Quiero que no te quedes solo en ningún momento. Puedes fiarte de Belén, de Eliseo, de Isaac… Ellos cuidarán de ti. Voy a decirles que no te dejen ir con Esaú a ningún sitio, ponga la excusa que ponga. No te preocupes. Todo estará bien.

Uriel levantó la cabeza y sonrió. Asier se incorporó, revolvió de nuevo su pelo y se colocó la mochila a la espalda. Después tomó la mano del niño y le acompañó hasta la biblioteca para que se quedara al cuidado de Eliseo. Sabía que Esaú no se rendiría, que tarde o temprano tendría que enfrentarse a él, pero en aquel momento lo importante era poner a salvo a Uriel mientras él

estuviese fuera. Se encargaría de Esaú en cuanto tuviera oportunidad. No permitiría que siguiera haciendo daño.

III

Asier caminó hacia la salida con la mochila vacía a la espalda. Todas las personas que se encontraban en el atrio abandonaron sus conversaciones para girarse hacia él y observarle. Se agarró a las correas de la mochila, irguió la cabeza y siguió avanzando con paso decidido. Sabía que había posturas encontradas entre la gente de la Alhóndiga sobre su comportamiento de los últimos días. Algunos le consideraban un héroe capaz de salir a enfrentarse con las hordas de muertos vivientes del exterior y conseguir suministros para la comunidad. Otros, por el contrario, pensaban que era un peligro, un rebelde al régimen establecido al que Abel no había sabido contener.

Cuando llegó a la verja, se quedó esperando a que el hombre que estaba de guardia le abriera, pero éste se limitó a quedarse quieto, como si no supiera qué hacer.

—Ábreme —le pidió Asier—. Voy a salir a por provisiones y medicinas.

—No puedo abrir esta puerta sin permiso de Abel —respondió el hombre.

—Ahora soy uno de los recolectores. Si no me abres, no podré hacer mi trabajo.

El hombre no contestó. Se quedó mirando por encima del hombro de Asier. Éste se giró al escuchar a su espalda el sonido de unos pasos y el golpeteo rítmico del báculo de Ábel. El líder se acercaba escoltado por sus dos lugartenientes.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Abel.

—La paz sea contigo —saludó Asier—. Tan sólo pretendo salir a buscar provisiones, pero este hombre se niega a abrirme la puerta.

—¿Y por qué quieres salir?

—Bueno… Ayer traje mucha comida, pero necesitamos más. Dijiste que era un recolector. Mi obligación es salir para abastecer a la comunidad.

—Los recolectores salen en grupo y de día. Mañana podrás salir con el grupo de Esaú.

Asier decidió no darse por vencido. Si no acudía a su cita con Raquel, ella no regresaría ninguna otra noche. Se quedaría sin su protección y, lo más importante, quizá no volvería a verla nunca. Sabía que era estúpido, que ella era ahora uno de los monstruos contra los que luchaban, pero él seguía considerándola su amiga,

quería seguir viéndola y estar con ella. Observó que la gente del atrio se había acercado para escuchar la conversación y decidió utilizarlo en su favor.

—Tú nos dijiste, tanto a Raquel como a mí, que era mejor salir de noche y solos, que sería más seguro para nosotros, porque así evitaríamos que nos vieran. ¿Es que ha cambiado algo?

El líder se quedó en silencio, con los labios tan apretados que casi desaparecieron, mientras le lanzaba una mirada glacial. Asier se permitió una sonrisa de triunfo. Abel no podía admitir delante de la gente que salir de noche era peligroso, que les había enviado a una muerte segura de la que, para su desgracia, él había regresado.

—Seré mucho más discreto yendo por mi cuenta. Soy rápido y ágil y puedo esconderme con facilidad. Ir en grupo me retrasaría y haría más fácil que me descubrieran. Trabajo mejor solo.

—Está bien, hijo. Que Dios sea contigo.

—Que el Señor sea con vosotros —contestó Asier, permitiéndose una sonrisa aún más amplia mientras le dedicaba a Abel una reverencia.

Sin esperar un segundo más, volvió a girarse hacia la salida. El guardia observó la plaza para asegurarse de que no había peligro antes de abrir. Después empujó la verja unos centímetros, lo suficiente para que Asier pudiera deslizarse hacia el exterior, y cerró de nuevo a su espalda.

Asier comenzó a recorrer la plaza. La oscuridad y el silencio hicieron que su estómago se encogiera y que sus piernas temblaran. ¿Qué pasaría si Raquel no se presentaba? Ni siquiera había cogido un rifle con el que defenderse. Si ella no aparecía, estaría desamparado. El mundo exterior estaba lleno de monstruos y la Alhóndiga también empezaba a ser un sitio demasiado peligroso para él. Se estaba ganando enemigos muy poderosos allí dentro. Se sintió muy solo y muy vacío, sin ningún lugar al que llamar hogar. Por suerte, en cuanto dejó atrás la plaza de la Alhóndiga y se internó en Alameda Urquijo, reconoció la sombra que pareció desprenderse de la pared de un edificio. Era Raquel y había venido a buscarle, tal y como le prometió. Se acercó a ella, tomó su mano helada y, en aquel momento, sintió que todo estaba bien, que aún había un lugar en el mundo en el que podía sentirse a gusto.

Eliseo-Día 5

I

Eliseo levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Se escuchaban unos pasos decididos avanzando por el pasillo. Rezó para que no fuera Esaú. Le daba miedo enfrentarse a él, pero le había prometido a Asier que cuidaría del niño. Por mucho respeto que le infundiera Esaú, iba a cumplir su promesa.

Cuando la silueta del hombre se recortó en la puerta, Eliseo maldijo en voz baja. Sus rezos no habían sido escuchados. La enorme figura de Esaú ocupaba casi todo el umbral. Se había quedado parado, con las piernas abiertas y las manos cerradas en dos puños apretados. La viva imagen de alguien que venía buscando pelea.

Uriel notó que algo sucedía, porque dejó de intentar pelearse con las letras del libro que trataba de leer y levantó la mirada. En cuanto vio a Esaú en la puerta, dio un respingo y se apretó contra el cuerpo de Eliseo. El hombre notó que el niño estaba temblando. Esaú le tenía aterrorizado. No iba a permitir que se lo llevara y le hiciera nada malo.

Después de darle un par de palmadas al niño para tranquilizarle, se levantó de la silla y avanzó unos pasos hacia la puerta, tratando de erguirse y de demostrar una confianza que estaba muy lejos de sentir. Esaú cruzó los brazos frente al pecho y le lanzó una sonrisa condescendiente y llena de desprecio. Ni siquiera le consideraba un rival digno.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, claro. Vengo a llevarme a Uriel. He prometido que le entrenaría.

—Bueno, ya es de noche. No creo que sea conveniente que el niño haga ejercicio justo antes de dormir. Esas cosas les excitan mucho y luego no cogen bien el sueño…

—Tonterías… No hay nada que haga dormir mejor que estar cansado. Estáis malcriando a los niños, los estáis haciendo blandos. Hay un infierno ahí fuera y mi obligación es convertirlos en miembros de provecho para la comunidad.

—Insisto en que es mejor que lo dejéis para mañana. Íbamos a terminar esta página y a acostarnos de inmediato.

Esaú le lanzó una mirada cargada de odio. No se iba a rendir tan fácilmente. Volvió a dejar que sus brazos cayeran a ambos lados del cuerpo y apretó las manos, haciendo que sus nudillos crujieran, mientras daba un par de zancadas dentro de la biblioteca. Se colocó frente a Eliseo y miró a Uriel por encima de su cabeza, como si el anciano no existiera.

—Dejemos que lo decida el crío. Uriel, ¿quieres venir conmigo a convertirte en un hombre fuerte como yo o prefieres quedarte con este viejo y seguir siendo un niñato de mierda?

Eliseo sintió que ardía de ira, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad en un enfrentamiento físico con Esaú. Si el niño accedía a ir con él, no habría nada que pudiese hacer para protegerlo.

—Lo siento, pero estoy muy cansado. Prefiero ir a dormir.

Esaú apretó la mandíbula con tanta fuerza que Eliseo pudo escuchar el rechinar de sus dientes. El anciano tuvo que contener una sonrisa. Sabía que Esaú podía llevarse al niño por la fuerza, pero no podía permitirse que se pusiera a llorar o a gritar y que llamara la atención de los demás ocupantes de la Alhóndiga. No querría arriesgarse a que sus despreciables prácticas llegaran a oídos de Abel.

—Está bien, me marcho. Si prefieres ser un miserable ratón de biblioteca en vez de un valiente guerrero, yo no puedo hacer nada. Ya vendrás corriendo cuando los otros niños se rían de ti.

Esaú se giró, dispuesto a marcharse, pero pareció pensarlo mejor y se volvió hacia Eliseo. Se inclinó hacia él y le golpeó en el pecho con el dedo índice, mientras le hablaba tan cerca que pudo oler su aliento.

—Esto no acaba aquí, viejo. No podrás protegerle siempre.

—Ni tú podrás salir impune siempre. ¿Cuánto tiempo más podrás mantener en secreto tus perversiones?

—Mierda de viejo. ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

Eliseo decidió no seguir discutiendo con él. Ya había visto lo que Esaú le había hecho a Asier y no quería seguir alimentando su ira. Se giró, regresó a la mesa en la que Uriel le esperaba y volvió a sentarse para reanudar la lección.

—No eres más que un puto cobarde de mierda —le gritó Esaú.

Al salir, golpeó la puerta con todas sus fuerzas, haciendo que rebotase contra la pared. Eliseo se quedó quieto mientras escuchaba con la respiración contenida como sus fuertes pasos se alejaban por el pasillo. No fue capaz de reaccionar hasta que el eco de aquellos pasos se desvaneció y sólo quedó el silencio. De repente, ese silencio se llenó con los sollozos de Uriel. Se inclinó hacia él y lo

abrazó con fuerza, sintiendo como el cuerpo del niño se estremecía por la pena y el miedo. No podían seguir así. Aquello tenía que acabar.

II

Eliseo atravesó el Patio de las Columnas y se dirigió al cuartel general de Abel. Había dejado a Uriel al cuidado de Belén, encargándole que no dejase solo al niño ni un segundo, pero aquello era una solución temporal. No podían vigilarlo las veinticuatro horas del día y, además, estaba seguro de que, en algún momento, Esaú se cansaría y utilizaría toda la violencia que fuese necesaria para llevárselo. Era como un depredador que había olido el rastro de su presa y que no cejaría en su persecución hasta devorarla. Tenían que detener aquello y Abel era el único que podía ayudarles.

Había luz en el despacho. Eliseo dio un par de débiles golpes en la puerta, rezando para que estuviese solo. Si Esaú estaba con él, aquella visita sería su condena. O quizá no. Si Abel le escuchaba, si conseguía que se diera cuenta de la clase de monstruo que tenía a su lado, le expulsaría y se librarían de él para siempre. Escuchó una invitación desde dentro y abrió la puerta.

Abel estaba solo. Sobre su mesa tenía abierto un enorme ejemplar de la Biblia. El líder le sonrió y le señaló una silla frente a él. Eliseo entró y cerró la puerta a sus espaldas.

—Pasa, Eliseo.

—No quiero molestarte. ¿Tendrías un par de minutos?

—Por supuesto. Estaba ultimando mi próximo sermón antes de retirarme a descansar, pero puedo dedicarte algo de tiempo. ¿Qué necesitas?

Eliseo dudó unos segundos antes de empezar a hablar. No sabía cómo se tomaría Abel lo que iba a decirle. No iba a ser fácil para él escuchar esas acusaciones de uno de sus hombres de confianza. Abrió la boca un par de veces, pero no sabía cómo empezar, así que se mantuvo en silencio con la vista clavada en la oscura superficie de la mesa.

—Eliseo, hermano… ¿Qué te apena? No podré ayudarte si no me lo cuentas.

—Es sobre Esaú… Sé que lo que voy a contarte va a ser difícil de creer, pero tengo que decírtelo. Eres el único que puede detener esta situación.

—Por supuesto, Eliseo. Esaú es uno de mis hombres de confianza, pero, si su comportamiento ha sido inadecuado, no tendré ningún problema en hablar con él y pedirle que se corrija. Dime qué te aflige.

—No va a ser suficiente con hablar con él. Lo que voy a contarte es muy duro.

Eliseo se atrevió a levantar la mirada de la mesa y fijarla en los ojos claros de Abel. Éste le miraba con expresión abierta y comprensiva, con una dulce sonrisa adornando sus labios. Abel confiaba en él, confiaba en Esaú, confiaba en todos los miembros de la congregación… En aquel momento le apenó el dolor que iba a causarle por contarle aquello. Sabía que se le rompería el corazón por tener que expulsar a Esaú, por condenarle a una muerte segura en el exterior, pero no había más remedio.

—Esaú está teniendo un comportamiento inadecuado con algunos de los niños.

—¿Comportamiento inadecuado? ¿A qué te refieres?

—Bueno… Esto… Ya sabes…

—Eliseo, por favor, no puedes venir a mí sugiriendo cosas horribles de uno de mis hombres y luego quedarte callado. ¿De qué acusas a Esaú?

—De pederastia.

Eliseo contestó con voz firme, irguiendo la cabeza y clavando su mirada en los ojos azules del líder. Abel tenía razón. Había llegado el momento de decir las cosas claras y, además, él no tenía nada de lo que avergonzarse. Era Esaú quien tenía que hacerlo.

Aquellas palabras parecieron golpear a Abel. Se echó hacia atrás en la silla con un movimiento brusco, como si acabaran de abofetearle.

—No, no puede ser…—pronunció en un susurro—. ¿Tienes pruebas de ello? ¿Alguien le ha visto?

—No, en realidad no, pero ha intentado llevarse a Uriel varias veces para estar con él a solas y se pone muy violento cuando se lo impedimos.

—No es que no te crea, pero esas acusaciones son muy graves. —Abel negó con la cabeza—. ¿Sabías que Esaú perdió a sus dos hijos pequeños durante los primeros días del Apocalipsis? ¿No habrá enfocado ese amor en Uriel y vosotros estáis interpretándolo de una manera sucia y enfermiza?

Eliseo no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Tan ciego estaba Abel por su afecto hacia Esaú que no era capaz de ver lo que estaba sucediendo? Era cierto que él no tenía pruebas de que estuviera aprovechándose de los niños, pero había visto cómo miraba a Uriel y aquello no era la proyección del cariño hacia un hijo perdido.

—No puedo probarte lo que digo, pero te pido que confíes en

mí.

—Y lo hago, pero no se puede acusar a un hermano de unos pecados tan graves contra Dios y contra los hombres sin tener ninguna prueba. —Abel se cubrió la cara con las manos mientras negaba con la cabeza.

Eliseo se mantuvo en silencio, esperando a que reflexionara. Sabía que aquello debía estar siendo muy duro para Abel, pero, si el amor no le cegaba, tendría que darse cuenta de que estaba diciéndole la verdad. Seguro que en muchas ocasiones había visto actitudes extrañas en Esaú que ahora empezaban a cuadrarle, por mucho que le doliera. Cuando por fin Abel se descubrió de nuevo la cara y clavó en él sus limpios ojos azules, supo que le creía.

—Hablaré con él. Tengo que darle la oportunidad de explicarse y defenderse. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Es lo más justo.

Eliseo se levantó de la silla y, después de realizar una ligera reverencia, se dirigió hacia la puerta. Antes de que pudiera abrirla, Abel volvió a llamarle.

—Eliseo, ¿podrías hacer algo por mí?

—Claro, por supuesto. Lo que sea.

—El otro día te sustituí en la guardia nocturna de la puerta cuando te encontrabas indispuesto. ¿Lo recuerdas? —Abel esperó a que Eliseo asintiera—. Necesito que me devuelvas el favor. Ezequiel tiene guardia esta noche en la entrada principal y no le veo buena cara. Le he dicho que se retire, que pondría a otra persona, pero dice que se encuentra bien. Ya sabes cómo es… ¿Podrías ir a explicarle que te he ordenado que le sustituyas?

—Sí, ahora mismo voy. Muchas gracias por haberme escuchado.

—Que Dios sea contigo. —Le despidió Abel con una sonrisa.

—Que el Señor te bendiga.

Salió de la habitación y, tras rodear el atrio, se encaminó hacia la entrada. Ezequiel estaba allí, apoyado contra la pared, contemplando las calles oscuras y desiertas de Bilbao. Cuando Eliseo le comentó que iba a sustituirle por orden de Abel, no pareció muy contrariado. Después de despedirse, se marchó y le dejó solo en el atrio.

Eliseo acercó una caja de madera al lado de la verja y se sentó encima. La noche anterior había estado muy preocupado por Asier y casi no había dormido. Iba a ser una noche muy larga.

III

El silencio se había adueñado por completo del interior de la Alhóndiga. Todo el mundo descansaba ya en los dormitorios comunes. Eliseo seguía sentado en su caja de madera, contemplando las calles de Bilbao, tan vacías y silenciosas como una tumba. Cada vez que le tocaba vigilar de noche, sin nadie más alrededor, aquel silencio se convertía en algo pesado y oscuro que le inundaba el alma.

Él había vivido en Bilbao toda su vida. Recordaba aquellos años en los que era un lugar frenético y gris. Era una ciudad oscura, siempre lluviosa y triste, pero cargada de una vida y un encanto con el que no podía competir ninguna otra en el mundo. Recordaba aquella ría verdosa y maloliente, que, sin embargo, parecía recargar los pulmones, como si uno necesitara aquella pestilencia para sentirse en casa.

La cuidad había cambiado en las últimas décadas. Las fábricas cerraron para ser sustituidas por paseos, tiendas, restaurantes de moda… Las calles se ampliaron y se tornaron luminosas. La ría se volvió tan limpia y transparente que incluso algunos insensatos sin memoria se atrevían a nadar en ella. Hasta el cielo se volvió más azul. Pero seguía siendo su Bilbao, su cuna, su ciudad. En las Siete Calles se había pillado su primera borrachera, en un rincón oscuro cercano a la iglesia de San Nicolás había dado su primer beso…

Lanzó un largo suspiro al darse cuenta de que aquel Bilbao que recordaba no existía. Ya no era su ciudad ni la de ninguno de los bilbaínos. Ahora era la ciudad de los muertos y sólo ellos podían pasearse entre sus calles.

Oyó un ruido lejano que le sobresaltó, un golpe metálico sobre el asfalto. Podía ser algún muerto vagando o quizá un gato había golpeado alguna lata. En los últimos años se habían multiplicado. Eran los únicos seres lo bastante agiles y sigilosos para escapar de los muertos vivientes y disputarles el dominio de las calles. Fuera lo que fuera, había sonado lo bastante alejado como para no preocuparse.

Otro sonido llamó su atención: el eco de unos pasos. Eran pasos cercanos. Parecían venir del interior del edificio. Eliseo se agachó, recogió su linterna y alumbró el atrio. No había nadie allí. Se levantó y caminó unos metros para poder iluminar el Patio de las Columnas. La luz reveló sus diferentes formas, texturas y colores,

pero no descubrió a nadie avanzando por allí. Parecía que aquellos pilares eran su única compañía en el gigantesco patio. Dudó unos segundos sobre si debería internarse entre ellas y comprobar que seguía solo. Las columnas eran muy anchas y cualquiera podría esconderse detrás de una de ellas. Decidió que aquello era una tontería. Era el exterior lo que debía vigilar. Seguro que se había imaginado el ruido.

Apagó la linterna y se giró de vuelta hacia la verja. Volvió a oírlo. Unos pasos rápidos, un poco más cercanos esta vez. Cuando miró de nuevo hacia el Patio de las Columnas, sólo encontró un espacio vacío y silencioso. Notó que su respiración se aceleraba. La primera vez había pensado que podía habérselo imaginado, pero ahora estaba seguro de que lo había oído. Había alguien ahí, acechándole, jugando a una versión enfermiza y retorcida del escondite inglés.

Empezó a caminar hacia la verja sin volverse. Si quien estaba espiándole quería atacarle, tendría que hacerlo dando la cara. Volvió a escuchar unos pasos apresurados y vislumbró una enorme sombra que corría hacia la primera fila de columnas.

—¿Quién está ahí? Sal o disparo —le gritó a la oscuridad.

Se sintió ridículo al gritar aquello. Había dejado su escopeta al lado de la verja, apoyada en la caja de madera en la que había estado sentado. Como si la sombra le hubiera leído el pensamiento, escuchó el eco de una risa.

No pudo controlarse más. Se dio la vuelta y corrió hacia la entrada para recuperar su escopeta. En cuanto empezó a correr, oyó unos pasos rápidos a su espalda. El ser se había cansado de esperar y salía en su persecución. Se giró para enfrentarse a él y vio a Esaú, lanzándose de un salto sobre su cuerpo con los dos puños levantados.

El golpe fue tan fuerte que sus dientes chocaron. Cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra el pavimento. Aquello le dejó atontado, al borde del desmayo. Con toda su fuerza de voluntad, se negó a perder el conocimiento y trató de avanzar a rastras hasta su escopeta. Los golpes no cesaron. Puñetazos, patadas… Una lluvia implacable de dolor que cada vez le hacía más difícil seguir avanzando.

Entonces percibió otro sonido: un golpeteo rítmico que se acercaba. Lo reconoció al instante. Era el báculo de Abel. Levantó la mirada y le vio aproximarse. Su túnica blanca parecía resplandecer en el oscuro atrio. Por un momento le pareció un ángel enviado por el Señor para salvarle.

Abel se detuvo a un par de pasos y le miró con sus cristalinos ojos azules. Esaú había parado de golpearle. Desde su posición, Eliseo no podía verle, pero escuchaba su respiración furiosa y acelerada, como la de un toro bravo preparado para embestir. Clavó su mirada en Abel, esperando que pronunciara las palabras que detuvieran aquella locura.

—Acaba con él y sácalo fuera —dijo Abel sin dejar de mirarlo—. Y limpia esto. No quiero rastros de sangre en el atrio. Voy a subir al tejado a distraer a los guardias.

Raquel-Día 5

I

Ya estamos de vuelta en el cajero automático en el que siempre nos refugiamos. Hemos dejado la mochila y las bolsas de provisiones en una esquina. Las observo preocupada. No sé cómo piensa Asier que podrá llevar todo esto hasta la Alhóndiga. Me ha tenido la mitad de la noche de tienda en tienda y hemos necesitado varios viajes para traerlo todo hasta aquí. Hemos vuelto a entrar en el Corte Inglés a por comida, hemos ido a una farmacia, a una librería… Incluso hemos entrado a una juguetería, donde, después de mucho mirar, Asier ha escogido un peluche con forma de león, y a una tienda de ropa de niños en la que ha estado buscando una chaqueta nueva para Uriel.

Él está ahora sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, descansando con los ojos entornados. Se agarra el costado izquierdo con la mano derecha y lo presiona un poco. Parece que le duele y que respira con dificultad. Me gustaría ayudarle, pero no sé cómo, así que permanezco quieta y le observo. No sé si ha cambiado mucho en los últimos días o si yo no me había detenido a contemplarle, pero me parece más maduro, más mayor. Siempre había pensado en él como un crío, un hermano pequeño al que cuidar. Ahora ya no lo parece. Hay una fuerza y una determinación en él que nunca había visto. Creo que podría gustarme, pero ahora ya es demasiado tarde.

Asier abre los ojos y me pilla mirándole. Agradezco que mi sistema circulatorio ya no funcione y que haya perdido la capacidad de sonrojarme. Él se limita a meter la mano en uno de sus bolsillos, saca una pastilla para el dolor y se la toma. Después me sonríe para quitarle importancia, a pesar de que tiene la mandíbula apretada y de que continúa presionando su costado. Ha hecho demasiado esfuerzo al recoger todas estas cosas. Debería tomarse unos días de descanso.

Le señalo todas las bolsas esparcidas por el suelo, imito con los dedos el movimiento de una persona andando y luego me encojó de hombros con las palmas de las manos hacia arriba. Él piensa unos segundos y después sonríe.

—Te estás preguntando cómo voy a llevar todo esto hasta la

Alhóndiga, ¿verdad? Yo tampoco tengo ni idea. Creo que me he pasado cogiendo cosas, pero la verdad es que nuestra gente necesita todo esto.

Yo esbozo una sonrisa triste. «Nuestra gente». No sé si no se ha dado cuenta de que ya no soy una de ellos o si no quiere verlo. Si la gente de la Alhóndiga me descubriera, no dudaría un segundo en meterme una bala entre ceja y ceja. Ahora mi gente es ese grupo de seres grisáceos que dormitan de pie a pocos pasos de donde nos encontramos.

—¿Tus amigos podrían ayudarme?

Le miro sorprendida. A pesar de que hace unos segundos he pensado que parecía mucho más maduro, sigue siendo un crío inocente. ¿Es que no se da cuenta de que somos enemigos? ¿Es que no ha visto ya cientos de veces cómo tratamos de matarnos los unos a los otros? Siento un cosquilleo en la mente. Es Raúl, tratando de ponerse en contacto conmigo.

Dile que le ayudaremos. Podemos llevar esas cosas hasta la esquina de la calle, justo antes de entrar en la plaza. Eso es todo lo que podemos acercarnos sin que nos vean.

No lo entiendo. ¿Por qué quieres arriesgarte por ellos? Esa gente quiere matarnos.

Ese chico es tu amigo y ayudarle parece importante para ti.

No puedo permitir que os arriesguéis así por mí.

Bueno, entonces puedes verlo como una inversión. Estamos ayudando a engordar el ganado.

No tiene gracia, Raúl. Conozco a esa gente.

Siento que Raúl se avergüenza y se retira de mi mente, pero, aunque sé que sólo ha sido una broma de mal gusto, no puedo evitar reconocer la verdad de sus palabras. No podemos ser amigos, nunca podremos llevarnos bien. Para ellos somos monstruos. Ellos para nosotros son comida. ¿Qué pretendo al relacionarme con Asier y tratar de ayudarle? ¿Es que no puedo ver que no saldrá nada bueno de todo esto?

Me doy cuenta de que Asier sigue observándome, a la espera de mi respuesta. Asiento y él me devuelve una amplia sonrisa. Trata de incorporarse para ponerse en marcha, pero yo le señalo el cielo, oscuro y lleno de estrellas.

—Sí, tienes razón. Es muy pronto para volver. Será mejor que no regrese hasta que haya suficientes testigos de mi vuelta. Abel podría decidir hacerme desaparecer y contarles luego a todos que no he sobrevivido.

Vuelve a sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la

pared. Los pocos movimientos que ha realizado han reavivado su dolor, porque vuelve a llevarse la mano al costado. Si no quiere tomarse unos días de descanso, al menos haré que esté quieto mientras está conmigo. Uno las dos manos como si estuviera rezando, recuesto mi mejilla en ellas y cierro los ojos.

—¿Crees que debería dormir? —Asier espera a que yo asienta antes de soltar una carcajada—. Dormir entre zombis. Es una locura…

Yo le devuelvo una sonrisa triste y vuelvo a repetir mi gesto. El humor desaparece de sus ojos y se convierte en una mirada de incomprensión.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Por qué me cuidas?

Me limito a encogerme de hombros y negar con la cabeza. No tengo la respuesta a esa pregunta. Ni siquiera creo que le esté ayudando en realidad. Mientras le proteja, él se empeñará en salir cada noche y quizá un día no pueda salvarle. Le estoy poniendo en peligro, haciendo que arriesgue su vida al proporcionarle una falsa sensación de seguridad. Debería decirle que no vuelva, pero no puedo hacerlo. Además de que quiero ayudarle, hay otra razón muy poderosa que me impulsa a mantener el contacto con él, pero no sé cómo explicársela.

Miro a través de los cristales del cajero y veo unas hojas de periódico arrugadas en una esquina. Me levanto, abro la puerta y las recojo. Luego vuelvo a sentarme frente a Asier, que me contempla con la boca abierta.

—¿Sabéis abrir puertas?

Me golpeo varias veces con un dedo en el pecho y después asiento.

—¿Tú sí sabes y los demás no? Es increíble… Espero que ellos no aprendan nunca. Si lo hacen, los humanos estamos perdidos.

Yo evito su mirada y me dedico a alisar las arrugas de una de las hojas del periódico. Sigue sin querer ver que ya no soy humana, que no le debo ninguna fidelidad a su especie. Y tampoco puede comprender que todo lo que sé, lo saben ellos, que no hay lugar para la mentira y los secretos entre nosotros.

Cuando termino de alisar la hoja del periódico, la extiendo sobre las baldosas del suelo y le hago un gesto a Asier para que se acerque. Él se pone de rodillas y gatea hasta colocarse a mi lado. Yo busco entre los titulares las letras que necesito y se las voy señalando:

—A… B… E… L. —Va leyendo Asier—. ¿Abel? No entiendo. ¿Ésa es la razón por la que me ayudas? ¿Por Abel?

Me siento desesperar. Me gustaría tanto poder comunicarme con él, poder decirle lo que quiero… Sin embargo, a pesar de que sé hacer muchas cosas que se suponía que los muertos no hacíamos, sé que nunca podré volver a hablar. Hace falta expulsar aire para producir sonidos y nosotros no respiramos. Lo máximo que podemos emitir es ese lúgubre gemido capaz de helarle la sangre a cualquier vivo.

Me concentro en tratar de explicarle a Asier lo que necesito. Vuelvo a indicarle con un gesto que mire el periódico y voy señalando más letras, una a una.

—V… E… N… G… A… N… Z… A. — Asier levanta la cabeza y clava en mí sus ojos abiertos de par en par, aterrados—. Quieres matarlo y quieres que yo te ayude a llegar hasta él.

Yo asiento y espero su respuesta. Él se pasa las manos por la cara y se revuelve el pelo. Espero que esté pensando en la manera de ayudarme, pero, de repente, niega con la cabeza y me mira con pena.

—No puedo hacer eso. Abrirte y permitir que entréis ahí dentro sería traicionar a los míos.

Parece que por fin empieza a ver las diferencias entre nosotros. Mientras era él quien recibía ayuda, me seguía viendo como una amiga. Ahora que soy yo la que le necesito, se da cuenta de que pertenezco a una horda de asesinos sanguinarios que cometerían una masacre entre los suyos. Me gustaría poder insistirle, explicarle que sólo quiero a Abel y que conseguiría que los míos no atacasen a nadie más, que puede confiar en mí, pero son demasiadas palabras para decírselas letra a letra.

Él recula hasta la pared, se tumba de lado y cierra los ojos. En cuestión de segundos escucho su respiración acompasada. Sé que no está dormido, que sólo finge para no tener que seguir enfrentándose a mi mirada, para no tener que darme más explicaciones. Yo me coloco de espaldas a él y cierro los ojos, fingiendo que también duermo. A pesar de que ya no puedo llorar, siento el escozor de unas lágrimas fantasma ardiendo bajo mis párpados.

II

Ya estamos llegando al final de Alameda Urquijo. Todo el camino ha sido un calvario. En ocasiones como ésta me gustaría poder apagar la *emisora* que conecta todas nuestras mentes y que dejaran de volverme loca. No han parado de protestar un segundo desde que salimos cargados con las bolsas detrás de Asier.

Lo que más me molesta es que sé que tienen razón. Resulta de todo punto ridículo que estemos ayudando a un chico al que querríamos comernos a llevar una comida que no podemos comer a un sitio lleno de gente que nos encantaría devorar, en lugar de estar buscando algo con lo que alimentarnos. Me gustaría poder expresar que es importante para mí, poder explicarles por qué quiero ayudarle, pero en este momento no me sale. Me siento dolida y traicionada porque él se ha negado en redondo a escucharme y a entenderme. Noto que mis dudas sobre nuestra amistad hacen mella en los demás, que empiezan a dejar de verle como un ser intocable, así que me esfuerzo por recordar nuestras conversaciones en la Alhóndiga, nuestros juegos, nuestras bromas compartidas… Parece que eso les calma un poco.

Cuando llegamos al final de la calle, mi grupo deja las bolsas y se retira unos pasos para ocultarse entre los coches y las sombras de los edificios. No podemos arriesgarnos a que uno de los vigías del tejado nos divise. Tienen rifles con miras telescópicas y no dudarían un segundo en hacer estallar nuestras cabezas.

Me quedo quieta de frente a Asier, esperando que él comprenda que no podemos acercarnos más, pero que le protegeremos desde aquí mientras lleva toda la mercancía hasta la puerta. Él duda unos segundos y evalúa la distancia que le separa del edificio y la cantidad de bolsas que hemos traído, calculando los viajes que necesitará. Creo que le parecen demasiados, pero no protesta. Se limita a sonreírme y me toma las manos.

—Gracias por todo, de verdad.

Durante esos segundos, con sus manos cálidas en las mías, su mirada brillante clavada en mis ojos y su sonrisa amistosa, casi olvido su traición, casi olvido que estoy muerta y que ya no podemos ser amigos. Incluso intento devolverle la sonrisa.

—¿Volverás mañana por la noche?

Retiro las manos y le miro enfadada. No sé a qué juega. Me da la impresión de que nos está utilizando, de que para él no somos más

que guardaespaldas y porteadores para su maldita colonia. Niego con la cabeza. No puedo volver a pedirles a los míos que hagan esto.

—¿Por qué no? —protesta él—. Te necesito. Mañana por la noche tendré que volver a salir. Si tú no estás aquí, moriré. Yo no sé moverme aquí fuera solo.

Sé que es egoísta, pero me parece injusto que me pida que le salve de una muerte de la que yo no pude salvarme. Aquí, delante de la imponente fachada de la Alhóndiga, no puedo dejar de pensar en lo cerca que está Abel y lo inaccesible que resulta para mí. Su cercanía me duele como si me estuvieran clavando un puñal en las entrañas. Ese hombre me traicionó. ME ASESINÓ. ¿Cómo pretende Asier que lo olvide y no haga nada? ¿Cómo puede pedirme que ayude a la gente que se desentendió de mí y dejó que me expulsaran sin decir una palabra sabiendo que me enfrentaba a una muerte segura?

Me gustaría decirle todo eso, pero es imposible explicarlo. Mis compañeros sí sienten mi dolor. Lo veo multiplicado en sus mentes. Veo que se apiadan de mí, que me comprenden, que entrarían ahí dentro y me ayudarían a vengarme sin dudarlo un solo segundo. Pero Asier no puede. Sigue pensando que la gente de ahí dentro son sus amigos y que no puede traicionarlos.

Aunque me odio a mí misma por hacerlo, asiento, prometiéndole que volveré a por él a la noche siguiente. No puedo dejar que muera, no me lo perdonaría nunca. Y, además, aún mantengo la esperanza de poder explicarle lo que siento y convencerle de que me ayude a entrar en la Alhóndiga.

Él sonríe agradecido, vuelve a tomar mi mano para darme un apretón cariñoso y, después de coger un par de bolsas, corre hacia el edificio. Yo me quedo oculta en la esquina para asegurarme de que llega sano y salvo. Siento una mano en mi hombro. Es Raúl, que trata de reconfortarme.

Te entenderá. Sólo dale tiempo.

Asier-Día 5

I

Asier subió con esfuerzo la pequeña cuesta que llevaba a la verja de la Alhóndiga. Intentó avanzar despacio. Las costillas le dolían muchísimo después de haber estado moviéndose toda la noche y cualquier esfuerzo hacía que sintiese lanzazos de dolor. Sin embargo, le resultaba difícil contenerse. Quería ver la cara de todos cuando llegase cargado con tanta comida y medicinas.

Aunque todavía estaba a unos metros, podía ver el interior de la Alhóndiga a través de la verja. Había poco movimiento en el atrio. Acababa de amanecer y el edificio estaba despertando. Le extrañó no ver a ningún guardia custodiando la entrada. Se acercó aún más y descubrió que, apoyado contra el muro a pocos metros de la puerta, había un bulto en el suelo.

Parecía una figura humana. Asier se asustó y soltó las bolsas por si tenía que huir. Podía ser un podrido y quizá aún pudiera moverse. Se acercó despacio, pensando que quizá uno de aquellos muertos vivientes se había atrevido a acercarse tanto al edificio como para que los vigías del tejado pudieran abatirlo a tiros.

La figura no se movía ni emitía ningún sonido. Fuera lo que fuera, estaba bien muerto. Asier se puso a su lado y lo contempló. Estaba tumbado boca abajo y no podía verle la cara. Lo empujó con el pie para hacerlo girar y un grito escapó de su garganta.

A pesar de la sangre que cubría su rostro y de los golpes que habían deformado sus facciones, reconoció a Eliseo. ¿Qué hacía allí? ¿Quién lo había matado? Sintió que las piernas le flojeaban y que el mundo giraba a toda velocidad y se frenaba al mismo tiempo, haciendo que no pudiera mantenerse en pie. Cayó de rodillas al lado del cuerpo de aquel hombre que en los últimos tiempos había sido un amigo, un protector, un padre… Casi sin aire por los sollozos, comenzó a gritar pidiendo ayuda.

II

Una suave mano acariciándole la mejilla le sacó de la inconsciencia. Abrió los ojos despacio. En un primer momento todo le pareció oscuro y borroso, pero poco a poco empezó a percibir figuras. Había una mujer junto a él, sentada en su cama. Notó una nueva caricia en la mejilla.

—¿Raquel? —preguntó él.

—No, cariño. —La voz de la mujer sonó entrecortada, como si estuviera tratando de controlar las lágrimas—. Soy Belén.

La mujer no dijo nada más. Le dejó tiempo para que su mente se fuera aclarando y los recuerdos regresaran. Recordó la noche anterior, la búsqueda de provisiones en compañía de Raquel y los suyos, la vuelta a la Alhóndiga, el cuerpo de Eliseo al lado de la entrada…

—¿Eliseo está…? —No se atrevió a terminar la pregunta, como si no pronunciar aquella palabra pudiera hacer que fuese menos real.

—Sí, está muerto. —La mujer no pudo contener un sollozo. Sacó un arrugado pañuelo de su manga y se limpió las lágrimas—. Lo mataron los zombis. Es horrible.

—¿Y qué me pasó a mí? ¿Cómo he llegado aquí?

—Te desmayaste. Isaac dice que no es grave, que se debió a la impresión y al agotamiento de los últimos días.

—¿Y las cosas que traía?

—Tranquilo, las metieron dentro.

—Había mucho más: bolsas con más comida, medicinas, zumos para los niños y una chaqueta y un peluche para Uriel.

—¿Y dónde está todo eso?

—En la esquina de Alameda Urquijo. No podía traerlo todo de una vez.

—¿Y cómo pudiste llevarlo hasta allí?

—Haciendo muchos viajes —contestó Asier cortante, rezando para que Belén no pidiese más explicaciones. A pesar de que seguía algo mareado, Asier se incorporó en la cama, sacó las piernas y empezó a atarse las botas.

—¿Dónde vas? Isaac ha dicho que tienes que descansar. No te preocupes por las cosas. Avisaré para que vayan a buscarlas.

—Tengo que ir a hablar con Isaac. Creo que se me ha movido el vendaje de las costillas y quiero que le eche un vistazo.

Belén le miró con desconfianza, pero no protestó. Se quedó en silencio, mirando cómo se levantaba, preocupada por si volvía a marearse. Cuando estuvo de pie, Asier extendió los brazos a los lados y giró sobre sí mismo para demostrarle que estaba perfectamente. Ella se permitió una sonrisa triste.

—Está bien. Ve a hablar con Isaac. Él se encargará de volver a mandarte a la cama, cabezota.

—Gracias. Acuérdate de decirles a los demás que vayan a por las provisiones y guárdame el peluche y la chaqueta. Pasado mañana es el cumpleaños de Uriel y quiero tener algo para regalarle.

—Tranquilo, los cogeré y los dejaré aquí, escondidos entre tus cosas.

Salieron juntos del dormitorio y se separaron tras la primera esquina. Tal como le había prometido a Belén, Asier se dirigió a la consulta de Isaac. Su vendaje estaba perfecto, pero había muchas cosas que debía hablar con el médico.

III

Nada más entrar en la consulta de Isaac, sus ojos quedaron fijos en el bulto tapado con una sábana que reposaba sobre la camilla. El médico se giró al oírle entrar y caminó a paso rápido hacia la puerta para impedirle el paso.

—No debes estar aquí, Asier.

—¿Por qué? ¿Es que no puedo verlo?

—No creo que te haga ningún bien. Le dije a Belén que debías descansar. Vuelve al dormitorio y duerme un rato.

—No quiero dormir. Quiero entender qué es lo que ha pasado.

—Eliseo salió, fue atacado por un grupo de zombis y murió. No le des más vueltas.

—¿Eso qué es? ¿La versión oficial de Abel?

—Es la versión que debes creer si no quieres problemas.

—¿Y tú te la crees?

Isaac agachó la cabeza, incapaz de mantenerle la mirada. Asier avanzó un par de pasos, dejándole al otro la oportunidad de detenerle, pero éste no hizo nada. Se limitó a mantenerse quieto, sin decir una palabra. Asier se colocó al lado de la camilla y retiró la parte superior de la sábana que cubría el cuerpo de Eliseo, dejando a la vista su rostro desfigurado y su torso cubierto de hematomas oscuros.

—Yo no veo mordiscos. Y en caso de que los hubiera, ¿no deberíais haberos librado del cuerpo? ¿No es un riesgo muy grande meter dentro de la Alhóndiga un cadáver que puede levantarse en cualquier momento e infectarnos a todos?

Asier volvió a girarse hacia Isaac, que por fin había levantado la cabeza. Trató de leer la expresión en sus ojos. Había pena, rabia e ira… Pero sobre todo había miedo.

—Déjalo estar, Asier. Ya no podemos hacer nada por él.

—Todos me decís lo mismo. Que olvide lo de Raquel, que olvide lo de Eliseo… ¿Es qué sólo te preocupará lo que está pasando cuando te afecte a ti? ¿Te gustaría que dentro de unos días o unas semanas alguien me diga que lo deje estar delante de tu cadáver?

Isaac volvió a quedar en silencio. Su cara estaba roja de vergüenza y de ira, pero el miedo que brillaba en sus ojos seguía siendo la emoción predominante. Todos estaban demasiado asustados como para hacer algo. Estaba solo allí dentro.

—Eliseo era como un padre para muchos de nosotros y ha sido

asesinado por alguien que vive aquí, en nuestra comunidad. No es muy difícil seguir las pistas y saber quién está detrás de todo esto. Si en algún momento encontráis el valor que habéis perdido, no dudéis en venir a ayudarme. Mientras tanto, seguiré luchando solo por todos vosotros.

Se encaminó hacia la salida. Al pasar al lado de Isaac, éste le agarró por el brazo para detenerle.

—Asier, piénsalo. Si sigues por ese camino, es muy probable que el próximo cadáver que ocupe esta camilla sea el tuyo.

—Si mi muerte sirve para que despertéis, bienvenida sea.

IV

Después de descansar durante toda la tarde, Asier se preparó para salir de nuevo. Isaac le había entregado una nueva lista de medicamentos y el encargado del mantenimiento del edificio le había pedido un montón de herramientas que necesitaban para algunos arreglos urgentes. Aquello iba a pesar mucho. Esperaba que los amigos de Raquel volvieran a ayudarle.

Subió hacia el Patio de las Columnas y se dirigió al atrio. Por el camino fue cruzándose con gente que le saludaba con una sonrisa o una leve palmada en el hombro. Se sorprendió al comprender lo que reflejaban sus rostros: gratitud y admiración. Le despedían como a un héroe. Asier respondió a sus sonrisas y saludos, mientras caminaba hacia la verja.

Su buen humor se esfumó al ver al grupo que le esperaba junto a la entrada. Abel estaba allí, con sus ropas inmaculadas y su porte digno, acompañado por Esaú y Caleb. Asier no se dejó engañar por la mirada amable y la sonrisa de Abel. Sospechaba que por muy limpias que estuvieran sus ropas, sus manos estaban manchadas con la sangre de Eliseo.

—Bendito seas, Daniel —saludó Abel—. ¿Pretendes salir otra vez solo?

Asier pensó en volver a pedirle que le llamara por su nombre real, pero prefirió tener la fiesta en paz. Se limitó a asentir y se ajustó las correas de la mochila mientras esperaba a que el guarda le abriese la verja.

—¿No crees que es peligroso? Ya sabes lo que le pasó anoche a Eliseo.

Asier sintió que la ira le invadía por dentro como si su sangre se hubiera convertido en lava. ¿Abel se estaba riendo de él y de la muerte de Eliseo? Nadie podía ser tan malvado y retorcido. Al contemplar aquellos ojos de mirada diáfana, se planteó que quizá Abel no sabía nada, que en verdad estaba preocupado por su suerte y por la muerte de Eliseo.

—Lo que le pasó a Eliseo no tuvo nada que ver con los peligros de ahí fuera. —Ante la cara de asombro de Abel, se animó a seguir hablando—. Quizá deberías echarle un vistazo a su cuerpo y buscar mordiscos.

Abel negó con la cabeza, como si no entendiera. Asier se atrevió a mirar a Esaú y a Caleb, que seguían la conversación sin inmutarse.

—No sé lo que estás sugiriendo —dijo Abel—. Si estás buscando un culpable de la muerte de Eliseo, sólo tienes que mirarte al espejo.

Aquellas palabras golpearon a Asier como un puñetazo. ¿Qué estaba sugiriendo Abel? ¿Cómo era capaz de culparle de aquella muerte? Se quedó sin palabras, a la espera de que el líder se explicase. Mientras tanto, las personas del atrio se habían acercado para escuchar la conversación. Abel se dio cuenta y, en lugar de hablar en voz más baja, subió su tono para que todo el mundo pudiera escucharlo.

—Eres tú, con tu orgullo y tu empeño en demostrar que no necesitas a nadie, quien impulsó a Eliseo a la muerte. Sales ahí fuera diciendo no tener miedo y regresas cada madrugada sano y salvo. Con tu conducta irresponsable estás haciendo que la gente crea que se puede salir al exterior sin peligro. Eso fue lo que empujó a Eliseo a salir y encontrarse con la muerte.

—No puedes estar hablando en serio —protestó Asier—. Eliseo no tenía ninguna razón para salir.

—Por supuesto que la tenía, como la tenemos todos. Estamos hartos de estar encerrados entre estas cuatro paredes. Queremos sentir el sol en nuestra piel y dejar que nos acaricie la brisa. Queremos sentirnos libres y reconquistar nuestro mundo, pero nuestro mundo ya no existe. Ahora es el reino de los monstruos, la tierra de los muertos. Tú, entrando y saliendo como un héroe que no tiene nada que temer, estás haciendo que la gente lo olvide. Estás poniendo en peligro a la comunidad.

—Eso no es cierto. Todo el mundo sabe que salir es peligroso.

—¿Seguro? Tan sólo en el día de hoy he recibido cinco solicitudes de jóvenes que quieren salir al exterior como tú, en solitario y de noche, para ayudar a la colonia. Todos quieren imitarte, ser considerados útiles y valientes. Y yo me he visto en la obligación de negarles el permiso, de aplastar sus ilusiones. No entiendes el daño que estás haciendo.

Asier se giró y miró a la gente que le rodeaba. Las miradas de gratitud y admiración habían desaparecido. Las palabras de Abel estaban consiguiendo que la gente se pusiera en su contra, que ya no le valoraran como a un héroe capaz de arriesgarse por la comunidad, sino como a un crío orgulloso e irresponsable que les estaba poniendo a todos en peligro. Sin pensarlo un segundo más, dio un par de pasos hacia la verja y espero a que el guarda le abriera.

—¿Vas a marcharte a pesar de lo que te he dicho? —preguntó el

líder.

—Tan sólo sigo tus órdenes. Me dijiste que ahora era un recolector, que debía salir solo cada noche y conseguir comida para la comunidad. —Asier se acercó a Abel para susurrar en su oído—. ¿O es que acaso esas órdenes eran un castigo por hacer demasiadas preguntas? ¿Me enviaste fuera porque esperabas que me mataran y que no regresara, como pasó con Raquel?

Asier se separó unos centímetros para observar su reacción. Su expresión continuaba tranquila, pero sus ojos habían pasado del azul a un gris acerado como el del cielo antes de la tormenta. Abel suspiró para disimular su ira y se giró hacia el guarda que esperaba instrucciones.

—Ábrele. Que Dios sea contigo.

—Que el Señor te proteja y vigile cada uno de tus pasos —contestó Asier, sarcástico, antes de salir por la puerta.

Cuando escuchó la verja cerrarse tras él, sintió que la adrenalina le abandonaba dejándole débil y agotado. Había conseguido controlarse en presencia de Abel y sus hombres, pero, en aquel momento, todo su cuerpo temblaba y las piernas amenazaban con dejar de sostenerle. Tomó unas profundas bocanadas de aire fresco para tratar de controlarse y comenzó a andar hacia la esquina en la que le esperaba Raquel.

Esaú-Día 6

I

En cuanto la verja volvió a cerrarse a espaldas de Asier, Abel se giró hacia Esaú y le pidió con un gesto que le siguiera. El líder se dirigió a su despacho, recogió un rifle y se lo pasó. Después cruzaron el atrio y se internaron en el Patio de las Columnas para encaminarse a las escaleras que llevaban a los pisos inferiores. Poco a poco, dejaron atrás las zonas concurridas y se internaron por los oscuros pasillos que se extendían bajo la Alhóndiga como un laberinto.

—¿Qué opinas de la conducta del chico en los últimos días, Esaú? —preguntó Abel cuando estuvo seguro de que nadie podía oírles.

—No podemos seguir tolerando su comportamiento ni sus acusaciones. Hay mucha gente que empieza a verle como un héroe. Sale solo y regresa con comida suficiente para toda la comunidad, con regalos… Pronto empezarán a pensar que él sabe cómo moverse ahí fuera, que siguiéndole tendrán una vida mejor. Está socavando tu autoridad.

—Lo sé. No podemos seguir permitiéndolo.

—Además, oculta algo —continuó Esaú—. Él dice que puede moverse por la ciudad porque es rápido y sigiloso. Esta mañana ha traído más de cien kilos de provisiones. Es imposible que él solo trajera todo eso hasta aquí y mucho menos siendo rápido y sigiloso.

—Tienes razón. ¿Cómo crees que lo hizo?

—La verdad es que no lo sé. Llevo todo el día dándole vueltas.

—Tiene a alguien que le ayuda fuera. Seguramente ha encontrado a algún grupo de supervivientes.

—¿Y por qué esa gente nos ayuda a obtener provisiones?

—A cambio de algo, obviamente. Tal como has dicho, están consiguiendo que la gente le vea como a un héroe, un nuevo líder al que seguir. Seguramente planean ayudarle a conseguir el control para poder entrar en el edificio.

—Hay que terminar con todo esto.

—Sí, y tú vas a encargarte de ello.

Mientras iban hablando, habían seguido descendiendo por las entrañas de la Alhóndiga. En aquel momento caminaban por el

primer piso del parking. Casi no quedaban coches aparcados y el eco de sus pasos en aquella inmensidad desierta les hacía pensar que no estaban solos.

Abel se dirigió con paso decidido hacia una de las paredes, en la que se divisaba una puerta de emergencia. Cuando llegaron a ella, sacó una pequeña llave y se la tendió a Esaú.

—Esta puerta da a la salida de la calle Iparraguirre, en la parte trasera de la Alhóndiga. Sal discretamente, rodea el edificio y busca al chico. ¿Crees que podrás encontrarlo?

—Por supuesto. He estado mirando las bolsas que trajo esta mañana y todas son de comercios de la Gran Vía.

—Perfecto. Encuéntrale y descubre qué hace y con quién. Si hay un grupo de gente que está pensando en atacarnos, debemos saberlo y prepararnos.

—Así lo haré. —Esaú recogió la llave, se despidió con una reverencia y abrió la puerta, que dejó al descubierto una estrecha escalera que llevaba al exterior.

—Una última cosa —dijo Abel, antes de que saliera—. Asegúrate de que el chico no regresa.

II

Tras cerrar la puerta a su espalda, Esaú se guardó la llave en el bolsillo del pantalón y descolgó su rifle. La calle ante él aparecía tranquila y desierta, pero no debía confiarse. Los malditos podridos podían salir de cualquier sitio.

Escondido tras los coches, recorrió a paso rápido la calle Iparraguirre. Debía tener cuidado de que no le vieran los vigías de lo alto de la Alhóndiga. No tenía ganas de dar explicaciones y, además, si le confundían con uno de los muertos, podía acabar con una bala reventándole la cabeza. Los vigías tenían orden de no disparar a ningún podrido a no ser que se acercara demasiado y supusiera un peligro, pero a veces se ponían nerviosos y, tras la muerte de Eliseo, podían tener el gatillo fácil.

En menos de un minuto había llegado al cruce con Alameda Urquijo. Se asomó desde la esquina, por si el chico seguía allí, pero no vio ni rastro de él. Tras adentrarse en la calle desierta y estar seguro de que ya no podían verle desde la Alhóndiga, se irguió y siguió caminando a paso vivo. No podía fallarle a Abel. Tenía que encontrar a ese mocoso, descubrir qué tramaba y acabar con él. Aquello haría que el líder le tuviera aún en más alta estima y, lo más importante, dejaría su camino hacia Uriel libre de obstáculos. Sonrió, dejando a la vista los dientes al pensar en el pequeño.

Un par de minutos después escuchó la voz del chico. No parecía ser tan sigiloso como presumía. ¿Con quién estaría hablando? La hipótesis de Abel de que habían encontrado a otros supervivientes cobraba más fuerza. Volvió a esconderse tras la fila de coches aparcados mientras avanzaba, tratando de no hacer ningún ruido.

Los vio pocos metros más adelante. Daniel avanzaba tranquilo por la carretera, con las manos en los bolsillos. A su lado había una chica que caminaba con dificultad. Esaú sintió una extraña sensación de reconocimiento. Aunque no podía ver sus rasgos en la oscuridad, aquella figura le sonaba de algo. Siguió avanzando, aunque sabía que podía ser peligroso estar tan cerca de ellos.

De repente, la chica se detuvo y agarró el brazo de Daniel para que hiciera lo mismo. Se giró y alzó la cabeza, moviéndola lentamente de un lado a otro, como si olfateara el rastro de una presa. Esaú se quedó paralizado al mirar su rostro. Era Raquel. Y estaba muerta.

Raquel-Día 6

I

En cuanto Asier me ve, mira a todos lados buscando al resto de mi grupo. No sé cómo explicarle que estoy yo sola, que hoy nadie más va a acompañarnos. Él deja de buscar y me mira, como si esperara una explicación.

—¿Dónde están los demás? ¿Les ha pasado algo malo?

Yo niego con la cabeza, mientras me siento un poco más reconciliada con él. Parece que al menos se preocupa por mis compañeros, que para él no son sólo un grupo de porteadores dedicados a servirle. Señalo su pecho y luego el mío, para indicarle que esta noche somos sólo él y yo.

—Vaya, tenía que conseguir un montón de cosas y no vamos a poder con todo. Bueno, tendré que reducir la lista.

Me siento un poco culpable. He sido yo la que he insistido al resto de mis compañeros para que me dejaran venir sola. Raúl se ha negado en redondo y los demás se han puesto de su parte. Creen que puede ser peligroso para mí y que, en caso de que seamos atacados, yo sola no podré defender a Asier. Sé que tienen razón, pero no puedo pedirles que nos ayuden más. No le debemos nada a la gente de la Alhóndiga. No tenemos por qué pasarnos las noches trabajando para que ellos puedan subsistir, gastando nuestras escasas energías para ayudar a gente que nos volaría la cabeza sin pensarlo un segundo.

Sé que a mis compañeros no les importa, que lo harían por fidelidad a mí, pero no quiero que se sigan arriesgando por mi culpa. Ni siquiera yo debería estar aquí. Aunque lo haga para ayudar a Asier, en realidad le estoy poniendo en peligro cada vez que le permito salir. No creo que esta relación antinatural tenga futuro. Él es un ser humano, yo soy un monstruo. Mantener esta situación sólo puede causarnos dolor. Acabaré con esto esta misma noche.

Hemos empezado a recorrer Alameda Urquijo, rumbo a las tiendas de la Gran Vía. Asier va contándome los sucesos del día. Cuando me anuncia el fallecimiento de Eliseo, me quedo paralizada. No puedo creer que haya muerto. Cuando llegué a la Alhóndiga, triste, asustada y sola, aquel hombre me tomó bajo su protección.

Pasé infinitas horas en su biblioteca, mientras él me leía historias o me recomendaba libros. Siento un pesar tan grande que, durante unos segundos, la noche me parece aún más oscura. Cuando Asier me cuenta que cree que Abel y Esaú pueden estar implicados en su muerte, mis ganas de venganza se multiplican. Me paro en mitad de la calle y miro a Asier, esperando que me diga que me ayudará a acabar con ellos, pero él continúa su camino como si no se diera cuenta de lo que le estoy pidiendo.

Camino unos cuantos pasos más a su lado hasta que noto algo raro en el ambiente. Huele a ser humano, a carne fresca. La primera sensación que me asalta es el hambre, pero consigo contenerla y pensar. No es el aroma de Asier. Ya me he acostumbrado a cómo huele y he sido capaz de convencer a mi cerebro de que no lo clasifique como "*comestible*". Es otro aroma, más fuerte y profundo, y me llega desde unos pocos metros por detrás de donde estamos.

Agarro el brazo de Asier para que se detenga. Me giro y levanto la cabeza, husmeando el aire. Sí, no me he equivocado. Hay una persona cerca, un hombre… Localizo su rastro a unos cinco metros de nosotros, escondido entre dos coches. Avanzo un par de pasos y él sale y me apunta con un rifle. Le reconozco de inmediato. Es Esaú. Su rostro refleja miedo y confusión a partes iguales. Estoy segura de que Abel y él esperaban que hubiera sido comida por los zombis, no que me convirtiera en uno de ellos. Y, desde luego, lo que no habrían esperado en un millón de años es que Asier pasara las noches paseando conmigo por la ciudad.

—¿Qué haces con esa cosa? —le pregunta a Asier, con su voz teñida por el asco.

Asier se coloca delante de mí, con los brazos separados a los lados, e intenta cubrir mi cuerpo por completo para evitar que me dispare. Extiende las palmas de las manos como si se rindiera para pedirle a ese hombre que le deje explicarse.

—Escúchame, no dispares. No son como creemos. Ella es mi amiga.

—Es una puta podrida. No puede ser amiga tuya. Esos bichos no piensan, no sienten… Sólo somos comida para ellos.

—No es así. Tú mismo estás viendo que no nos ataca. Estábamos equivocados sobre ellos.

—¿Sobre ellos? ¿Es que tratas con más de esas cosas? ¿Estás loco?

—No, no lo estoy. Me han estado escoltando para que no me pasara nada malo, me han ayudado a conseguir comida para vosotros y a llevarla hasta la Alhóndiga.

—Fantástico. ¿Y sin pedirte nada a cambio? ¿Qué es lo que pretendes? ¿Meterles en nuestro hogar? ¿Es eso lo que te han pedido a cambio de su ayuda?

Asier se queda en silencio sin saber qué contestar. No puedo creer que sea tan imbécil, que ahora mismo dude de si todo lo que hemos hecho por él era en realidad una trampa. Por suerte, sus siguientes palabras disipan todos mis miedos:

—No puedes entenderlo. Raquel es mi amiga y confío en ella. Y, si quieres dispararle, vas a tener que pasar por encima de mí.

Esaú levanta el rifle y lo coloca en posición de disparo, con el dedo en el gatillo. En ese momento, siento algo en mi mente, unas presencias conocidas que me dicen que no me preocupe. Son mis compañeros. Me han seguido y están cuidando de mí a pesar de que se lo prohibí. Siento que están muy cerca y que continúan aproximándose. Les ordeno que se paren, que no se pongan en peligro por mí, pero noto que están convencidos de lo que están haciendo y que no van a detenerse.

Delante de mí, Asier se ha erguido sin separarse un milímetro y ha clavado sus ojos en Esaú.

—No te atreverás a dispararme.

—Eres aún más gilipollas de lo que pensaba. ¿Por qué crees que he salido esta noche? ¿Es que piensas que he venido a cazar zombis? He salido a por ti. Abel me ha ordenado que me asegure de que no vuelves.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Si queremos sobrevivir, no podemos permitir voces disidentes. Abel es lo único que nos separa del caos.

Esaú está preparado para disparar. Noto a los míos muy cerca. Durante unos segundos no sé qué quiero. No podría perdonarme que alguno de ellos muriera, pero tampoco quiero ver morir a Asier. Antes de que Esaú dispare, empujo a Asier con todas mis fuerzas, le derribo y me quedo tumbada encima. Escucho el ruido de un disparo que pasa por encima de nosotros, donde hace un instante estaban nuestras cabezas. Asier forcejea, tratando de liberarse de mi abrazo, pero no voy a permitir que se levante y arriesgue su vida por mí.

Escucho un grito, seguido de varios golpes y de los gemidos de los miembros de mi grupo. Levanto la cabeza y les veo rodar por el suelo, tratando de desarmar a Esaú. Él pelea con todas sus fuerzas. Se ha quedado sin ángulo de tiro y varias manos luchan a la vez por arrebatarle el rifle, así que no puede seguir disparando. Uno de los chicos del grupo consigue arrancarle el arma de las manos y se aleja

con ella, abrazándola como un tesoro. Los demás siguen luchando hasta que consiguen inmovilizarlo contra el asfalto. Le sujetan por los brazos y las piernas para que no pueda moverse. Me doy cuenta de que no tiene ni una sola herida, ni un solo mordisco. Le han respetado porque no saben qué es lo que quiero hacer con él. Tanta fidelidad me emociona.

Me levanto del suelo y libero el cuerpo de Asier. Él consigue incorporarse con esfuerzo, agarrándose el costado herido, y clava su vista en Esaú con la ira reflejada en su mirada.

—Estáis equivocados. Abel es el caos.

Camina unos pasos hacia atrás para separarse de él. Cuando pasa por mi lado, le miro, esperando que entienda que es él quien tiene el destino de ese hombre en las manos. Se gira para no ver lo que estamos a punto de hacer y pronuncia una sola palabra:

—Matadlo.

II

Nos lanzamos sobre él al unísono, sin pensarlo un segundo. En cuanto hundo mis dientes en la carne de su brazo y la sangre inunda mi boca, me descontrolo por completo. Nunca había sentido algo así. Pensaba que me daría asco o pena, que me sentiría mal al devorar a un ser humano, que no sería capaz de hacerlo y me secaría por dentro, tal y como Raúl lleva días advirtiéndome.

No hay ninguno de esos pensamientos en mi mente. Mi universo se reduce en este momento a esta sangre dulce y caliente, al sabor de la carne... Ahora me doy cuenta del hambre que tenía. A pesar de mi control, la desesperación estaba ahí. El HAMBRE con mayúsculas. Siento que todo mi cuerpo revive con el alimento. Es como un río de energía que me recorre, que de alguna manera, me resucita. Nada más empezar a comer, me siento más fuerte, más feliz, más viva…

Tardo mucho en saciarme. Hay momentos en los que incluso me entran ganas de empujar a alguno de mis compañeros y apartarlo. Sin embargo, incluso en estos instantes de abandono y éxtasis, no hay peleas entre nosotros. Poco a poco, mis amigos van separándose del cuerpo de Esaú y se quedan a unos pasos, esperando a que terminemos.

Cuando levanto la vista, me quedo sentada en el suelo al lado del cadáver. Casi no queda nada. El cuerpo está irreconocible, ni siquiera parece humano. A pesar de ello, y de que sé que Esaú se lo merecía y que el mundo será un lugar mejor ahora que él ya no está, me siento triste. No creo ser responsable directa de su muerte. Asier dio la orden y lo hemos matado entre todos, en una especie de responsabilidad compartida que debería hacerme sentir menos culpable. Sin embargo, era un ser humano y yo he contribuido a su muerte. He devorado su carne, he bebido su sangre. En este momento, más que en cualquier otro desde que me convertí, me siento un monstruo.

No puedo apartar la vista de ese amasijo inerte tirado sobre el asfalto en medio de un charco de sangre que empieza a coagularse y que, con esta oscuridad, parece negra. Siento una presencia a mi lado y giro la cabeza para descubrir quién es. Raúl me observa y en sus ojos sólo encuentro comprensión. Esquivo la mirada. No quiero sentirme comprendida ni que me diga que todo está bien, que he hecho lo correcto, que tenía que hacerlo para sobrevivir. Sólo serían

palabras de un monstruo consolando a otro. ¿Qué validez tendrían?

Has tenido suerte.

Esas palabras me parecen tan fuera de contexto que me sacan de mi desolación y me hacen volver a mirarle. Él esboza una sonrisa que parece teñida con toda la pena del mundo.

Mi primera víctima fue Lisey, mi perra. Era una pastora vasca de color dorado, la perra más bonita que he visto en mi vida. Cuando me transformé, estaba sólo en casa con ella. Creo que mi mujer se asustó al ver en lo que estaba convirtiéndome y escapó, llevándose a los niños. Tendría que haberse llevado también a la perra.

Siento todo su dolor en mi mente. Sigue sintiéndose culpable y triste, inmensamente triste. Noto sus sentimientos como si fuesen míos, el dolor de haber matado a alguien a quien amaba y de saber que nunca podrá olvidarlo.

Durante toda la transformación Lisey estuvo a mi lado, cuidando de mí. Notaba su hocico frío en mi piel y la presión de su pata tocando mi costado, el peso de su cabeza sobre mi abdomen, escuchaba sus gemidos preocupados… No se separó de mí ni un segundo. Mientras mi familia me abandonaba, ella fue la única que se quedó a mi lado. Cuando la agonía terminó, me levanté presa de un hambre incontrolable y sólo ella se encontraba allí. Estaba enloquecido. Notaba su olor a carne fresca. Casi podía escuchar el rumor de la sangre en su interior y los latidos de su corazón asustado.

Aunque ya no tenemos la capacidad de llorar, las lágrimas parecen teñir cada una de sus palabras. Lo que está contando le duele tanto que estoy a punto de pedirle que se detenga, pero le dejo continuar. Creo que necesita sincerarse.

Ella no intentó atacarme en ningún momento. Yo la asustaba, pero seguía siendo su humano, la persona que la recogió siendo un cachorrito y que la había cuidado hasta entonces. Se limitó a recular hasta una pared y a mirarme con cara de pena y el miedo reflejado en sus ojillos dorados. Yo la maté y nunca voy a poder perdonármelo. Es una culpa que llevaré conmigo por siempre.

Extiendo el brazo y tomo su mano para expresarle que estoy a su lado y que le comprendo. Él levanta la mirada del asfalto y consigue sonreír, aunque sigue siendo una sonrisa triste.

La mayoría de los que estamos aquí tenemos una historia similar. La primera víctima de muchos de nosotros fue un hijo, un novio, un padre, un hermano, un amigo… Es una pena que llevaremos por siempre, que no puede olvidarse ni disminuye por muchos días que pasen. Por eso te digo que has tenido suerte.

Le comprendo. Sé que matar seguirá siendo duro y que me

sentiré mal cada vez que lo haga, pero tiene razón. Yo olvidaré a Esaú, podré decirme a mí misma que lo merecía, dejaré de sentirme culpable. Ellos no. Asiento y le devuelvo la sonrisa.

Voy a levantarme para ir a buscar a Asier, pero vislumbro algo brillante al lado del cadáver de Esaú. Me inclino y lo recojo. Es una llave casi cubierta por su sangre. Lleva una cadena con una etiqueta plastificada en la que puede leerse «Entrada peatonal parking». Es una llave de la Alhóndiga.

Asier está a unos diez metros, aún de espaldas. Me acerco a él temerosa. No sé si ahora mismo me odiará, si le daré asco, si él también se habrá dado cuenta con lo que ha pasado de que soy un monstruo y de que ya no queda nada de la chica que fue su amiga.

Al escuchar mis pasos, se gira hacia mí. Veo el miedo y el asco reflejado en sus ojos. Bajo la vista para mirarme. Toda mi ropa está cubierta de sangre. Comprendo sus sentimientos y me detengo a unos pasos para no asustarle más. Él se seca las lágrimas que empapan su cara con un par de movimientos furiosos.

—¿Crees que he hecho bien? Esaú merecía morir, ¿verdad?

Esas palabras me hacen comprenderle. El miedo y el asco que he visto en sus ojos no eran por mí ni por la sangre que moja mis ropas. Siente miedo y asco de sí mismo. Él también se considera un monstruo. Me gustaría poder consolarle como ha hecho Raúl conmigo, pero entre nosotros ese tipo de comunicación es imposible. Simplemente asiento, tratando de transmitirle con la mirada que estoy de su parte. Él parece entenderlo, porque, sin importarle la sangre ni quién soy, recorre la distancia que nos separa y se arroja en mis brazos, llorando como un chiquillo desesperado. Yo le abrazo con fuerza y dejo que apoye la cabeza en mi hombro y que un río de lágrimas cálidas se mezcle con la sangre que ya se enfría.

No sé cuántos segundos pasamos así. Es al mismo tiempo un instante y una eternidad que nos une para siempre. Mientras le consuelo y siento que nuestro dolor va sanando al ser compartido, me doy cuenta de algo horrible. No puedo usar esa llave. No puedo entrar con mi grupo a la Alhóndiga y arrasar con todo, por mucho que mi deseo de venganza me queme por dentro. No soy capaz de hacerlo sin decírselo a Asier y permitirle que ponga a salvo a las personas que no merecen morir.

Cuando nos separamos, le tiendo la llave que he encontrado. Él la mira confuso, sin entender qué quiero decirle.

—¿Quieres que te abra? ¿Quieres que te deje entrar y que los mates a todos?

Yo niego con la cabeza, vuelvo a cogerla y me acerco a la puerta de un portal. Él me sigue, esperando una explicación. Meto la llave en la cerradura. A pesar de que no abre, al menos entra, lo que permite que él entienda lo que quiero decirle.

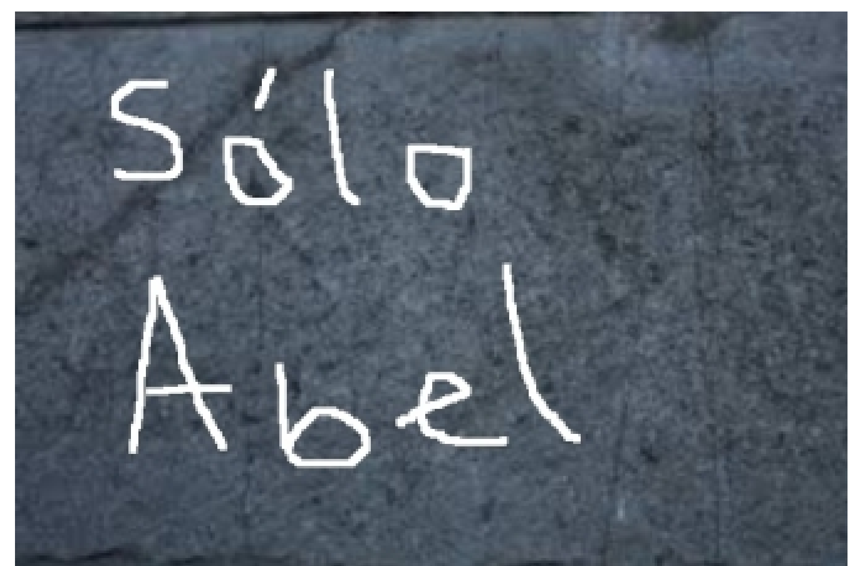
—Sabes usarla. Puedes entrar cuando quieras —susurra aterrado.

Yo asiento, saco la llave de la cerradura y se la vuelvo a dar. Él niega con la cabeza sin entender.

—¿Por qué me la das? Tú querías entrar en la Alhóndiga y vengarte de Abel… ¿Por qué me entregas la llave? ¿Es que ya no quieres matarlo?

Me siento frustrada. Necesito que comprenda que tiene que ayudarme, que tiene que ser él quien me abra esa puerta cuando haya puesto a salvo a todos los demás. Miro a mi alrededor, desesperada, tratando de encontrar alguna manera de explicárselo. Entonces se me ocurre. Si soy capaz de leer, quizá pueda escribir. Tomo su mano y avanzamos tan rápido como podemos hasta la Gran Vía. Él no hace más preguntas y se deja llevar sin protestar. El resto de mi grupo nos sigue a unos pasos.

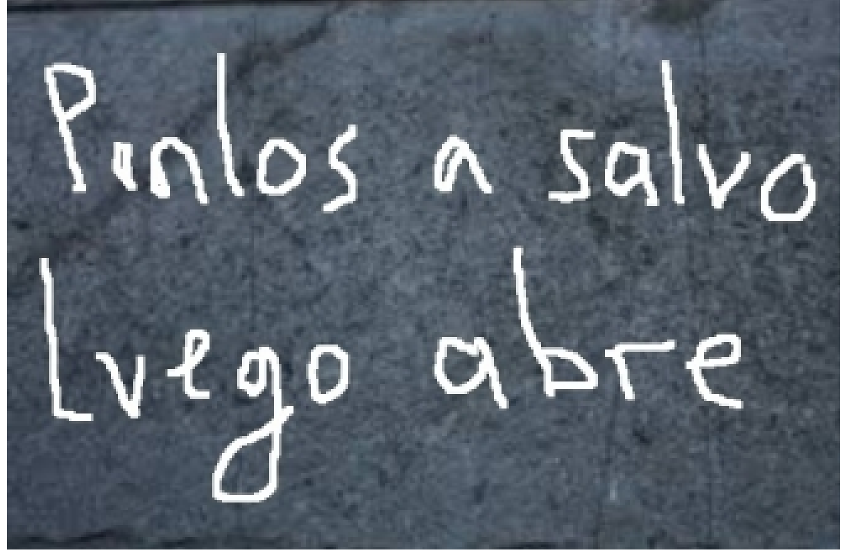
Tras llegar a la Gran Vía, dejamos atrás los soportales del banco donde vivimos y continuamos avanzando hasta el Corte Inglés. Entró en el edificio y le guío hasta la sección de papelería. Busco desesperada hasta encontrar un paquete de tizas. Cuando lo tengo, vuelvo a guiarle hacia la calle. Está oscuro, pero creo que el color blanco se verá bien sobre el asfalto. Abro el paquete con dificultad. Aunque conservo muchas de las capacidades que tenía cuando era humana, mis manos son mucho más torpes. El paquete se abre y las tizas se desparraman y se rompen sobre la carretera. Cojo un pedazo, me arrodillo en el suelo y empiezo a escribir. Me cuesta mucho controlar mi mano. Los trazos están torcidos y torturados. Parecen haber sido escritos por un niño borracho, pero se entienden.



Él asiente. Ya empieza a comprender lo que quiero decirle. Por su expresión, parece que la idea de terminar con él no le resulta desagradable.

—¿Y qué va a pasar con los demás? ¿Puedes asegurarme que no les pasará nada si os abro la puerta?

Me muevo hasta otro trozo de asfalto y vuelvo a esforzarme para escribir un nuevo mensaje. Él se coloca en cuclillas a mi lado, esperando a que termine de hacerlo.



Asier lee el mensaje, se pone de pie y se queda mirando la llave durante un largo rato, sin decir nada. Parece confundido, como si no entendiera exactamente qué está pasando. Finalmente, eleva la mirada al cielo mientras niega con la cabeza.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Quieres que traicione a la gente con la que vivo y deje entrar a un grupo de podridos descontrolados en nuestro hogar.

Yo le miro con el ceño fruncido. Está siendo muy injusto con todos nosotros. Mientras le ayudamos a conseguir provisiones, no nos considera unos monstruos descontrolados. Además, acabamos de salvarle la vida. Me incorporo y busco con la mirada al resto de mi grupo. Están a unos cinco metros, cuidando de que no nos pase nada. Se los voy señalando uno a uno para que valore por sí mismo lo descontrolados que parecen. Después regreso junto al primer mensaje que he escrito y vuelvo a señalarle las dos palabras: "Sólo Abel".

—Eso no va a ser posible. Siempre está rodeado de sus hombres de confianza. No puedo separarle de ellos sin levantar sospechas ni puedo decirles que lo abandonen a su suerte. Darían hasta la última gota de su sangre por él.

Yo me encojo de hombros, tratando de transmitirle que me da igual lo que suceda con esos hombres. Sólo quiero vengarme de Abel, pero no puedo hacerme responsable de la muerte de la gente que quiera interponerse. Asier empieza a pasear arriba y abajo por la calle, como un animal enjaulado. Le dejo tiempo para pensar. Su decisión es difícil, pero él también sabe que Abel debe morir, que cada día está más desquiciado y que les conduce a todos a la desgracia.

—¿Me aseguras que sólo iréis a por él y sus hombres y después abandonaréis la Alhóndiga?

Yo asiento y me llevo la mano al pecho, al lugar en el que debería estar latiendo mi corazón, como signo de juramento. Él se ajusta la mochila y vuelve a dirigirse al Corte Inglés.

—Está bien. Os abriré. Acompáñame ahí dentro. Necesito muchas cosas para llevar a cabo mi plan.

III

Tres horas después estamos de nuevo al final de Alameda Urquijo. Asier ha vuelto a coger tantas provisiones que todo el grupo ha tenido que acompañarnos para ayudarle a llevarlas. No encuentro explicación para la mayoría de lo que ha recolectado: globos y serpentinas, botellas de whisky, puros y tabaco… Incluso llevamos una enorme piñata con forma de burrito de colores. Le he dejado hacer sin preguntar nada, pero, en muchas ocasiones, me han entrado ganas de recordarle que estábamos planeando una invasión y no una fiesta.

Después de dejar toda la mercancía en la esquina, Asier me indica que debo seguirle, mientras el resto del grupo espera. Nos deslizamos entre las sombras y rodeamos la plaza de la Alhóndiga ocultos tras los coches. Por fin llegamos a la calle Iparraguirre. Asier me indica que me detenga. Desde nuestro refugio detrás de un coche, levanta la mirada, tratando de divisar a los guardias de la azotea. Tras comprobar que no hay ninguno, toma mi mano. Salimos de nuestro refugio y cruzamos la carretera. Me siento muy expuesta. Temo que en cualquier momento una bala me reviente la cabeza. No sé por qué en este momento recuerdo que leí en algún sitio que uno no escucha la bala que le mata, que el proyectil es mucho más rápido que el sonido. No sé si eso me consuela o me asusta.

Llegamos a la pared de la Alhondiga y nos apoyamos en ella para tratar de hacernos invisibles. Escucho la respiración agitada de Asier, que no puede explicarse por nuestra corta carrera. Está muy nervioso. Veo sus ojos abiertos y atemorizados, su cara de terror, el modo en el que su pecho sube y baja… Quizá estoy pidiéndole demasiado. Él intenta calmarse tomando aire con respiraciones profundas. Después me sonríe, finge que está tranquilo y seguro de sí mismo y vuelve a tomar mi mano. Nos movemos apoyados contra el muro, aprovechando la sombra del edificio, hasta alcanzar la entrada del parking. Asier me suelta y prueba la llave. La puerta se abre. Pienso que podría colarme, esconderme en el edificio y esperar a encontrar el momento en el que Abel esté solo para matarlo. Así no involucraría a Asier ni a la gente de mi grupo en una venganza que es sólo responsabilidad mía. Sé que debería hacerlo, pero también sé que yo sola no lo lograré. Hay muchos hombres armados vigilando ahí dentro. No duraría nada.

Asier vuelve a cerrar la puerta, poniendo punto final a mis dudas. Lo haremos como él lo ha planeado. Sin hacer ruido, regresamos a la esquina en la que los demás nos esperan. Asier se quita su reloj. Es un reloj morado que parece de niña. Coge mi mano y me lo ata en la muñeca.

—Sabes usar un reloj, ¿verdad?

Frunzo el ceño y le saco la lengua. Me ha visto abrir puertas, utilizar llaves, leer y escribir. ¿Cómo no voy a saber usar un reloj? Él se ríe ante mi gesto y levanta las manos, pidiendo disculpas.

—Vale, perdona. Sólo quería asegurarme. Tenéis que estar mañana a las nueve de la noche en la puerta del parking. Si todo está en orden, la encontraréis abierta. Yo no estaré. Tengo que proteger a los míos. Lo comprendes, ¿verdad? —Asier espera hasta que yo asiento—. Si no puedo abrir, trataré de salir a medianoche por la verja principal y me encontraré aquí contigo para hacer un nuevo plan. ¿Entendido?

Le digo que sí con un nuevo gesto de la cabeza y le dedico una sonrisa con la que intento expresarle todo mi agradecimiento. Nos marchamos, aunque sólo nos alejamos unos metros, lo suficiente como para que no se nos vea desde la Alhóndiga. Desde la oscuridad seguimos protegiéndole. Le vemos coger su mochila y un par de bolsas y dirigirse a la verja. Pocos segundos más tarde, ésta se abre y, después de intercambiar unas frases con él, un grupo de cinco hombres sale del edificio y corre hacia la esquina de Alameda Urquijo para recoger toda la mercancía. Yo miro a Raúl y asiento. Ya está a salvo, podemos marcharnos.

Dirijo la mirada al cielo. Está amaneciendo. Con la débil claridad del alba, puedo ver cómo mis compañeros avanzan por la acera, a unos metros por delante de mí. Vuelvo a plantearme si estoy haciendo lo correcto. Observo a Irune, la niña del osito destripado, caminando de la mano de Alicia, la mujer más anciana del grupo, que se ha convertido en una especie de "*abuelita*" para ella. Observo también a Iker, con su cojera perpetua; a Marina, con su uniforme de soldado destrozado; a Jesús, un viejo calvo y encorvado que sigue quejándose de sus achaques incluso estando muerto… Esta gente es ahora mi familia. Debería centrarme en ellos y no en oscuras venganzas que seguramente no harán que me sienta mejor. No debería arriesgar sus vidas. Siento la mente de Raúl, coreada por el resto del grupo.

Estamos contigo. Necesitas hacer esto y te ayudaremos.

Sus palabras sólo me hacen sentir aún más culpable, pero les transmito mi agradecimiento. Es cierto que lo necesito, que no

podré seguir adelante sabiendo que Abel, el hombre que hizo que me mataran, sigue destrozando la vida de todos los habitantes de la Alhóndiga. Mañana por la noche conseguiré mi venganza y haré justicia.

Día 7

Asier

I

Asier entró en la Alhóndiga seguido de los hombres que habían recogido las provisiones. Echó un vistazo alrededor, temiendo encontrarse con Abel, pero parecía que el líder aún no se había levantado. Suspiró aliviado. Sabía que tendría que hablar con él antes o después y ser capaz de controlarse para que no se notara lo nervioso que estaba. Agradeció no tener que hacerlo en aquel momento. Se sentía muy alterado. Las piernas le temblaban cada vez que se acordaba de lo que habían planeado hacer. Sería mejor tener esa conversación más tarde, cuando hubiera dormido un poco.

Pidió a los hombres que le acompañaban que lo siguieran hacia la zona de las cocinas para dejar allí las provisiones. Nada más entrar vio a Belén. La mujer estaba preparando el desayuno para cuando se levantaran los más pequeños. Sin pensarlo un segundo, se dirigió hacia ella y colocó sobre la mesa las dos bolsas llenas de chucherías que había traído.

—Mira lo que tengo —anunció orgulloso.

—No me lo puedo creer —dijo Belén tras revolver un poco en las bolsas—. ¿Pastelitos, patatas fritas y golosinas? Los niños necesitan alimentarse bien.

—Tranquila, hay comida de verdad en las otras bolsas, pero esto es para celebrar el cumpleaños de Uriel.

—Es verdad, es hoy. Se me había olvidado. Como nunca celebramos esas cosas…

—Pues hoy lo celebraremos. He traído chucherías, globos, una piñata… ¿Podrías decorar el auditorio para celebrar una fiesta sorpresa para esta noche?

—Por supuesto. Será genial. —La cara de Belén se iluminó—. ¡Se pondrán todos tan contentos! Prepararemos también unas canciones y una pequeña obra de teatro. ¿Te parece bien?

—Será estupendo. Encárgate de que todo el mundo esté en el auditorio a las nueve menos diez de la noche. Es muy, muy, muy importante. Si tienes cualquier problema, avísame. Ahora me voy a

dormir un rato.

Belén asintió, le dedicó una enorme sonrisa y le besó en la mejilla. Aquel beso le acompañó durante todo el camino hasta el barracón, quemando su piel. Estaba mintiéndoles a todos y poniéndolos en peligro. ¿Cómo reaccionarían cuando lo supieran y se dieran cuenta de que era un traidor a su propia especie? Se tumbó en la oscuridad y trató de no pensar en ello, pero la vergüenza y el miedo siguieron dando vueltas en su cabeza durante mucho tiempo.

II

Después de pasar por el auditorio y ver que todos los preparativos marchaban tal y como esperaba, Asier decidió que no podía postergar por más tiempo su charla con Abel. Debía asegurarse de que aquella parte del plan también funcionaba. Si el líder y sus hombres decidían acudir a la fiesta de cumpleaños, Raquel no podría conseguir su venganza.

Subió al primer piso y cruzó el Patio de las Columnas hasta encontrarse frente a la puerta del cuartel general de Abel. Se escuchaban varias voces dentro. Maldijo su mala suerte. Cuanta más gente estuviera presente, más posibilidades había de que alguien se diera cuenta de que ocultaba algo. Por unos segundos estuvo tentado de marcharse y regresar después, pero se obligó a levantar el puño y dar un par de golpes en la puerta para anunciar su llegada. Sería mejor que hiciera aquello antes de que el valor le abandonase por completo.

Una voz desde el interior le invitó a pasar. Asier abrió la puerta e introdujo medio cuerpo. Abel estaba sentado a la mesa. De pie frente a él estaba Caleb, su lugarteniente, y Jacob y Dan, dos de sus hombres de confianza. Todos se quedaron en silencio, con los ojos fijos en él, a la espera de que empezara a hablar.

—Disculpa, Abel. No quería molestar, pero tenía que comentarte una cosa.

—No molestas en absoluto, Daniel. —Abel remarcó su nombre, como si quisiera dejar claro que no aceptaba su rebeldía—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Bueno, no sé si sabrás que hoy es el cumpleaños de Uriel. Le estamos preparando una fiesta en el auditorio. Nada importante: unas chucherías, unas canciones en su honor…

—No pretenderás que asistamos a una mierda de fiesta de críos, ¿verdad? —La pregunta de Caleb fue coreada por las carcajadas de los otros dos hombres.

—No, por supuesto que no. Tan sólo quería que Abel me diera su permiso. —Asier esperó hasta que éste asintió—. Además, como quiero que todo el mundo esté contento, os he traído unas cosillas para que celebréis el cumpleaños de Uriel por vuestra cuenta.

Asier se descolgó la mochila, la abrió y sacó de ella un par de botellas de whisky, un cartón de cigarrillos y una caja de puros. Fue dejando todas las cosas sobre la mesa mientras veía cómo las

sonrisas de los hombres iban ensanchándose.

—Muchas gracias, Daniel. Es un bonito detalle —dijo Abel, dando vueltas a una de las botellas en sus manos para apreciar su brillo ambarino—. Brindaremos a la salud del pequeño Uriah.

—Es Uriel, pero da igual. Bendito seas, Abel.

Se dio la vuelta para marcharse, casi sin poder creerse que hubiera conseguido hablar delante de aquellos hombres sin echarse a temblar. La voz de Abel le detuvo antes de que cerrase la puerta.

—Daniel, sólo una pregunta…

Asier se giró y trató de fingir su sonrisa más inocente. Abel le observaba con los ojos entrecerrados. Durante unos segundos, temió que esa mirada pudiera atravesarle y leer en su alma.

—Esaú salió anoche a buscar provisiones, al igual que tú, y aún no ha regresado. ¿No te encontrarías con él en algún sitio?

Asier consiguió mantenerle la mirada mientras negaba con la cabeza.

—No, no le vi. Espero que no le haya pasado nada y que vuelva pronto sano y salvo.

—Todos lo esperamos. Que Dios sea contigo.

—Y con tu espíritu.

Asier consiguió cerrar el despacho antes de soltar un largo suspiro de alivio. Todo estaba saliendo perfecto, mejor incluso de lo que había imaginado. Ya sólo le quedaba abrir la puerta para Raquel y asegurarse de que todos los suyos estaban a salvo.

III

Asier pasó por el dormitorio para recoger las cosas que necesitaba. Abrió su mochila y metió dentro una gruesa cadena de hierro y un enorme candado que había cogido la noche anterior de una ferretería. Aquello sería suficiente para cerrar desde dentro la puerta del auditorio y protegerlos a todos. Cubrió aquellas cosas con el león de peluche y la chaqueta que iba a regalarle a Uriel y, por último, se aseguró de que aún tenía la llave de la entrada del parking en el bolsillo delantero de los vaqueros.

Aunque ya lo tenía todo preparado, se quedó un rato sentado sobre su colchón, a solas en la penumbra del dormitorio. Quería estar seguro de que lo que hacía era lo correcto, pero cada vez tenía más dudas. Iba a dejar que un montón de monstruos entrasen en el hogar de una gente a la que quería. Se convertiría en un traidor para los suyos. Por mucho que creyera que Abel merecía la muerte y que todos serían más felices y libres cuando él desapareciera, sabía que había muchas probabilidades de que muriera gente inocente. Escondió la cabeza entre las manos y trató de respirar profundamente, intentando calmarse. Después de unos segundos, se levantó, se puso la mochila al hombro y salió del dormitorio. Abel había provocado la muerte de Raquel, había ordenado que le mataran y estaba implicado de alguna forma en el asesinato de Eliseo. Estaba cada día más loco, eliminaba a cualquiera que tuviera un pensamiento discordante y los conducía a todos a la destrucción. La gente que vivía en la Alhóndiga no era capaz de enfrentarse a él. Aquella era la única manera de liberarlos a todos.

Buscó las escaleras que bajaban al parking. A pesar de que normalmente no había nadie en aquella zona, se pasó unos segundos agazapado tras un coche abandonado, con todos los sentidos alerta, hasta asegurarse de que estaba solo. Una vez lo hubo comprobado, salió de su escondite y cruzó el parking a la carrera hasta llegar a la puerta que conducía a las escaleras que llevaban a la calle.

Sacó la llave del bolsillo y se quedó mirándola. Las dudas volvieron a asaltarle, pero no se permitió pensar durante demasiado tiempo. Ya estaba decidido. Abriría esa puerta y correría hasta el auditorio para asegurarse de que todas las personas a las que quería estaban a salvo. Se miró la muñeca para comprobar la hora, pero su reloj no estaba allí. Recordó que se lo había dado a Raquel para que

pudiera estar en la puerta a las nueve de la noche. Tendría que haber buscado otro reloj. No quería dejar la puerta abierta demasiado tiempo y que pudieran descubrirlo, pero tampoco podía arriesgarse a esperar demasiado y que Raquel y los suyos ya estuvieran allí y entraran como una horda sanguinaria a arrasar con todo antes de que él pudiera asegurarse de que su gente estaba a salvo.

Sin pensarlo más, metió la llave en la cerradura. Abrió la puerta unos centímetros y se asomó. La calle estaba desierta, así que todavía tenía tiempo. Dejó la puerta cerrada, pero sin echar la llave. Ya había visto que Raquel sabía abrir, así que no tendrían problema para entrar.

Regresó al parking y lo cruzó a la carrera para dirigirse al auditorio. Cuando llegó a las escaleras, escuchó un rumor de voces. Se escondió tras una esquina y se asomó un poco para ver quiénes eran. El lugar estaba oscuro, pero pudo distinguir a Rubén y Dan, dos de los hombres que hacían la guardia aquella tarde. Estaban sentados en la parte de arriba de las escaleras fumando un cigarrillo. Asier maldijo su mala suerte. No se le ocurría ninguna excusa que pudiera darles para estar en el parking y no tenía más remedio que pasar por delante de ellos para llegar al auditorio. Además, si seguía allí mucho tiempo, el grupo de Raquel entraría y él se encontraría atrapado entre una horda de zombis y dos hombres armados.

Por suerte, después de un tiempo que se le hizo eterno, los hombres terminaron de fumar y se marcharon a seguir con su ronda. Asier esperó unos segundos más a que el eco de sus pasos se desvaneciera y salió corriendo de su escondite. El hecho de no saber cuánto tiempo le quedaba le ponía tan nervioso que sentía que el aire no llegaba a sus pulmones, pero, aún así, se forzó a correr tan rápido como pudo para llegar al auditorio.

Unos metros antes de llegar escuchó el rumor de risas y conversaciones. Incluso había música. Parecía que Belén se había tomado muy en serio la fiesta. Abrió la puerta del auditorio y la cerró a su espalda. Se quedó un momento apoyado en ella, tratando de recuperar el resuello y de que su vista se aclarase. Belén se le acercó con una amplia sonrisa en el rostro, seguida de Isaac.

—¿Has visto que bien ha quedado todo? —le preguntó ilusionada—. Todo el mundo ha ayudado con la decoración.

Asier paseó la vista por el auditorio. Había globos, guirnaldas de papel y una pancarta gigantesca en la que se podía leer “*Feliz cumpleaños, Uriel*”. A pesar de la tensión que sentía, no pudo evitar

que se le escapara una sonrisa.

—¿Entonces estamos preparados para empezar?

Belén e Isaac asintieron. Asier se quitó la mochila del hombro, la abrió y sacó la cadena y el candado. Sin dar ninguna explicación, pasó la cadena por las dos asas de las puertas de entrada y después la aseguró con el candado.

—¿Qué haces? —preguntó Belén a su espalda.

—Es una especie de juego que he planeado. La gente tendrá que resolver unas adivinanzas para que yo les vaya dando los números de la combinación del candado y poder salir. Ya sabéis, como en las escape rooms que había antes…

—Suena genial, pero todavía no puedes ponerlo. No estamos todos.

—¿Cómo qué no? ¿No te dije que todo el mundo debía estar aquí a las nueve menos diez?

—Claro y estamos todos preparados para gritar sorpresa —contestó Isaac—. Sólo falta ir a buscar a Uriel.

Raquel

Me deslizo en silencio de un coche a otro. Ya estamos al lado de la Alhóndiga y cualquier ruido podría ser fatal. Desde mi escondite echo la vista atrás para comprobar cómo le va al resto del grupo. Me siento muy orgullosa de ellos. A pesar de que la brisa ya nos trae el aroma de la carne, todos mantienen el control. Miro hacia el tejado y veo la silueta de uno de los guardias recortada contra el cielo nocturno. Parece que aún no se han dado cuenta de nada. Esperamos acuclillados con todos los miembros en tensión hasta que su figura desaparece. Doy la orden de cruzar la calle en silencio para llegar a la puerta del parking.

En tan sólo unos segundos, todos hemos cruzado la carretera y estamos ocultos en la entrada. Hay unas escaleras que antes conducían al Patio de Columnas, cerradas por unas gruesas rejas de hierro. Desde donde estamos, puedo ver las columnas, sumidas en la penumbra, y el atrio vacío y silencioso. Por un momento, siento que una extraña melancolía me invade y me paraliza. No echo de menos estar ahí. No fui feliz mientras vivía dentro, pero, de alguna manera, fue mi hogar. Añoro a mis amigos, las conversaciones con las otras chicas, las risas de los niños, los cuidados de Belén… Añoro estar viva. Siento una mano en mi hombro y, al girarme, me encuentro con la mirada comprensiva de Raúl. Sé que ahora son mi familia y estoy agradecida de tenerlos a mi lado, pero resulta muy doloroso estar tan cerca de una vida que he perdido para siempre.

No es momento de ponerse sentimental. Si me duele haber perdido mi vida anterior y estar condenada a una existencia de silencio, violencia y muerte, ahí dentro me espera el responsable de mi desgracia. Me acerco a la puerta y la empujo. Cede ante mi contacto. Asier ha cumplido con su parte.

Entramos todos ordenadamente y bajamos las escaleras sin hacer ningún ruido. En apenas unos segundos ya estamos en el parking. Está vacío y sólo reina el silencio, pero, a pesar de no haber rastro de vida humana, nosotros sí lo captamos. El aroma de los vivos lo impregna todo. Noto que mis compañeros van poniéndose nerviosos según avanzamos. Incluso algunos dejan escapar suaves gruñidos y gemidos de impaciencia.

Miro el reloj que me prestó Asier. Ya son más de las nueve. Espero que haya tenido tiempo de poner a salvo a todas las personas que quiere proteger. Sin haberlo pensado previamente, mi

mente se llena con la antigua cantinela infantil:

El que no se haya escondido, tiempo ha tenido.

Como si fuera la señal que todos esperaban, mis compañeros destierran todo su autocontrol y dejan que el hambre domine sus acciones. Se dispersan por el parking en busca de las escaleras que llevan a los pisos superiores. Ahora ya no queda nada de humanidad en nosotros. Somos sólo una horda cegada por las ansias de sangre. Yo me uno a su carrera y permito que me invada su furia, aunque intento mantener un pequeño atisbo de control, el suficiente para recordar el rostro de Abel y que sea ese recuerdo el que guie mis pasos.

Uriel

Uriel apoyó la barbilla en las manos, mientras miraba hacia la puerta. El dibujo que le había pedido Isaac ya estaba terminado hacía rato. Esperaba que no tardase mucho en venir a buscarle. Estaba aburrido y tenía hambre. Aunque no tenía reloj, estaba seguro de que ya era la hora de cenar.

No entendía por qué Isaac le había dicho que se quedase dentro de la consulta y que no se marchara hasta que él volviese a buscarle. Había insistido mucho, pero sería más fácil salir de allí, preguntarle a la gente dónde estaba y llevarle el dibujo. Estar encerrado en ese cuarto, solo y aburrido, era la peor forma del mundo de pasar el día de su cumple.

Sin pensarlo más, hizo un rollo con el papel del dibujo para que no se arrugara y se levantó de la silla. Cuando abrió la puerta de la consulta, le invadió una sensación extraña. La Alhóndiga era un edificio oscuro y solitario, demasiado grande para la gente que lo ocupaba. Aún así siempre se podía oír la risa de algún niño, la conversación de los mayores o el canto de alguna mujer. Ahora no se escuchaba nada, como si todo el mundo se hubiera muerto. Uriel sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Pensó en volver a cerrar la puerta y refugiarse dentro, pero enseguida desechó la idea. No podía tener miedo siempre. Ésa no era manera de vivir. Tenía que volverse valiente para demostrarles a todos que ya era mayor y que podía salir con Asier a conseguir comida.

Dio un par de pasos fuera de la consulta, con el dibujo aferrado como si fuera un talismán que le protegería de todo mal. Se dio cuenta de que las manos le sudaban tanto que el papel empezaba a reblandecerse. Tenía que darse prisa en encontrar a Isaac antes de que el dibujo se estropeara. Sin embargo, no pudo moverse y seguir avanzando. Sabía que algo estaba mal. Sentía una especie de corriente eléctrica que le recorría el cuerpo y hacía que todo su pelo se erizase. Había algo equivocado en aquel silencio, algo peligroso.

Entonces lo oyó. Era aquel gemido que había escuchado desde el interior del arcón frigorífico en el que le había encerrado su padre para protegerlo, mientras él y su madre luchaban contra los podridos. Era el gemido que podía oírse a veces en la quietud de la noche y que les recordaba que el mundo seguía invadido por aquellos seres y que había dejado de pertenecerles. Pero ahora sonaba dentro de la Alhóndiga, despertando ecos entre sus paredes.

Sintió que se ahogaba, que el aire no llegaba a sus pulmones. Siguió paralizado en medio de aquel pasillo oscuro, tratando de respirar, aferrado a aquel rollo de papel como si fuera un salvavidas. Escuchó más gemidos y el sonido de muchos pasos acercándose. Estaban dentro e iban a por él. Incapaz de moverse, notó que las lágrimas surcaban su rostro y que una calidez extraña bajaba por sus piernas. Agachó la cabeza y comprobó, avergonzado, que se había hecho pis encima como un niño pequeño. ¿Cómo iba a ser capaz de acompañar a Asier en sus salidas si sólo con escuchar a aquellos seres se hacía pis como un cobarde?

La sensación de vergüenza consiguió despertarle y eliminar la parálisis. Tenía que moverse y ponerse a salvo. A paso rápido regresó a la consulta y, de inmediato, el enorme armario en el que Isaac guardaba las medicinas llamó su atención. Abrió las puertas y sintió que sus esperanzas se desvanecían. Estaba lleno de baldas, no cabía dentro. Intento quitarlas para hacerse hueco, pero eran fijas.

Escuchó los gemidos más cerca. Los pasos parecían haberse acelerado, como si los podridos hubieran captado su aroma y vinieran a por él. Tenía que encontrar un sitio en el que protegerse. Sin pensarlo un segundo, utilizo las baldas como punto de apoyo y empezó a escalar. En un primer momento temió que no estuviera anclado a la pared y se le viniera encima, pero ni siquiera se movió. Trepó por él hasta llegar a la parte superior. El armario era muy alto, casi llegaba al techo, así que tuvo que tumbarse sobre él. Se quedó allí quieto, rezando para que los podridos pasaran de largo por el pasillo y le dejasen tranquilo.

No tuvo tanta suerte. Según llegaron a la consulta, empujaron la puerta y se lanzaron dentro, enloquecidos por su olor. Uriel se maldijo por haber sido tan tonto. Ni siquiera se había acordado de cerrar para ponérselo un poco más difícil.

Los podridos le vieron en cuanto traspasaron la puerta y se lanzaron hacia él. Sólo eran tres, pero Uriel sabía que no tenía nada que hacer contra ellos. Él no era fuerte ni valiente ni tenía un arma con la que hacerles frente. Sólo podía quedarse allí tumbado mientras los podridos golpeaban el armario, desparramando todas las medicinas, gimiendo y rugiendo por no poder alcanzarle. Uriel desvió su mirada de aquellos ojos muertos, de las heridas abiertas y la piel grisácea, de aquellas bocas que mordían el aire desesperadas… Si seguía mirándolos, se volvería loco. Clavó los ojos en la puerta de la consulta, esperando un milagro.

Asier

Durante unos segundos, Asier no supo cómo reaccionar. Se quedó mirando a Belén y a Isaac sin poder creer en lo que le habían dicho. El miedo de perder a Uriel, de que muriese por su culpa, se transformó en furia y le dominó por completo:

—¡Os dije que todo el mundo tenía que estar aquí antes de las nueve! ¡TODO EL MUNDO!

—Sí, pero pensábamos que era para darle la sorpresa a Uriel —contestó Isaac—. No te preocupes. Quita la cadena e iré a por él.

Asier intentó hablar, pero las palabras murieron en su boca. ¿Qué podía decirles? ¿Cómo iba a confesarles que el edificio estaba invadido por una horda de podridos y que era él quién les había abierto la puerta? No había explicación posible. Le considerarían un traidor y le destrozarían allí mismo con sus propias manos. Le dio igual. En aquel momento lo único importante era salvar a Uriel. Si conseguía ponerle a salvo, luego podrían hacer con él lo que quisieran.

—No se puede salir. —Asier bajó la voz hasta convertirla en un susurro, obligando a los otros dos a acercarse a él—. Hay podridos en la Alhóndiga. Han conseguido entrar.

—No es posible. ¿Qué ha pasado?

—Eso no importa ahora. Ya os lo explicaré. Tengo que ir a buscar a Uriel. Cuando salga, volved a poner la cadena y el cerrojo y no abráis hasta que alguien os diga desde el otro lado que es seguro. La contraseña son cuatro ceros.

Belén e Isaac siguieron haciéndole preguntas, pero Asier les ignoró. A toda velocidad puso la combinación en el cerrojo, abrió las puertas y salió, cerrando tras de sí. Se quedó unos segundos con la espalda apoyada contra las puertas, mientras escuchaba cómo volvían a poner la cadena. Una vez que estuvo seguro de que le habían hecho caso y de que estaban a salvo, empezó a correr por el pasillo rumbo a la enfermería.

Antes de girar la esquina, se detuvo. El edificio estaba lleno de ruidos que parecían rebotar contra las paredes y multiplicarse, haciendo imposible saber de dónde procedían. Se escuchaban pasos, arrastrar de pies, carreras y, por encima de todo ello, aquellos gemidos continuos que le helaban la sangre y le urgían a buscar un lugar para esconderse, hacerse un ovillo y esperar temblando a que todo pasara. En aquel momento oyó un grito humano, un chillido

de miedo, dolor y desesperación. Habían cazado a uno de los suyos. Se sintió despreciable, mucho más de lo que había imaginado. Una cosa era saber que iba a haber víctimas y otra escuchar cómo morían. Por su culpa, por su puta culpa. ¿Cómo iba a seguir adelante con su vida después de aquella noche?

Se forzó a aparcar esos pensamientos. Ya lucharía contra su culpabilidad lo que le restara de vida. Lo importante en aquel momento era salvar a Uriel. Asomó la cabeza por la esquina y vio que el pasillo estaba vacío. Siguió corriendo, de esquina en esquina, mientras rezaba para no encontrarse con ninguno de aquellos seres, poder llegar hasta Uriel y llevarlo al auditorio.

Por fin llegó al pasillo en el que se encontraba la enfermería. También estaba vacío y oscuro. Sólo había una luz, que salía por la puerta abierta de la consulta. Cuando los oyó, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas hasta empañar por completo su visión. Estaban allí dentro. Había podridos dentro de la enfermería. La imagen del cuerpo de Uriel yaciendo destrozado en el suelo, con las vísceras al aire mientras aquellos seres se alimentaban de él, llenó su mente. Deseó morirse, dejar de pensar y de sentir para siempre. Sin embargo, logró recomponerse y ponerse en movimiento. Tenía que comprobar por sí mismo que Uriel estaba muerto. Si era así, mataría a aquellos seres y, con un poco de suerte, perecería en el intento y acabaría con todo aquello para siempre.

Avanzó despacio por el pasillo, sintiendo que todo su cuerpo temblaba y que las piernas se negaban a sostenerle. El miedo, la pena y el odio hacia sí mismo se fusionaban en su interior como un coctel venenoso que le llenaba la boca de un sabor amargo, mezcla de sangre y cobre oxidado.

Estuvo a punto de chocar contra un bulto oscuro que había en el suelo. Se agachó a ver qué era y descubrió una caja de herramientas abierta. Debía de ser de alguno de los hombres que se encargaban del mantenimiento. Tratando de no hacer ningún ruido, metió la mano y sacó una gran llave inglesa. Pesaba bastante, lo suficiente como para reventarle la cabeza a alguno de aquellos podridos. Con ella en la mano se sintió más seguro, más convencido de lo que tenía que hacer. Se irguió y volvió a caminar hacia la puerta de la enfermería.

Lo que vio desde la puerta le dejó paralizado. Tres podridos arremetían desesperados contra el armario de las medicinas, mientras Uriel los miraba aterrado desde arriba. Estaba vivo. Se sintió tan aliviado que estuvo a punto de gritar de alegría, pero consiguió contenerse. En aquel momento, Uriel desvió su mirada de

los podridos para fijarla en la puerta. La cara del pequeño, totalmente cubierta de lágrimas, se transformó al instante. Incluso en aquella situación el niño le sonrió emocionado, convencido de que él iba a salvarle.

Asier se llevó un dedo a los labios para indicarle que no debía hacer ningún ruido que le delatase y después le hizo un gesto con la mano para advertirle de que debía estar quieto y esperar. Empezó a recular hacia el pasillo. La cara de desesperación de Uriel al ver que se marchaba le rompió el corazón, pero volvió a hacerle un gesto indicándole que esperase y le sonrió para transmitirle que podía confiar en él.

Una vez en el pasillo, se apoyó contra la pared y se esforzó en pensar, a pesar de que los gemidos y gruñidos de aquellos monstruos se lo ponían muy difícil. ¿Qué podía hacer? La llave inglesa no era suficiente para enfrentarse a los tres podridos y salir victorioso. Tampoco podía dejar a Uriel allí solo e indefenso mientras iba a buscar ayuda o algún arma mejor. Tenía que salvarlo ya, antes de que el armario cediese o de que alguno de los podridos consiguiera un punto de apoyo que le permitiera alzarse lo suficiente para alcanzarle.

De repente, se dio cuenta del lugar en el que estaba. Aquel piso de la Alhóndiga era una especie de laberinto. Recordó que los primeros días que pasó allí se perdió varias veces hasta que encontró a alguien que supiera sacarle. Ahora conocía aquellos corredores con todas sus vueltas y revueltas y podía aprovecharlo en su favor. Miró el pasillo hasta que sus ojos se posaron en un extintor que aún seguía colgado en la pared. Rezó para que no explotara, se acercó y empezó a golpearlo con la llave inglesa para hacer todo el ruido posible.

—¿Queréis comer, cabrones? Aquí me tenéis. ¡Venid a por mí!

Los gemidos que salían de la enfermería se detuvieron por un segundo antes de reanudarse aún con más fuerza. Los tres podridos se lanzaron fuera de la consulta con los brazos tendidos hacia él y las bocas abiertas y babeantes.

Raquel

Me parece estar caminando por el infierno. Sé que son mi gente. Sus instintos son los mismos que yo tengo, los que gritan en mi interior hasta desgarrarme, los que me urgen a unirme a la carnicería. Siento sus pensamientos en mi mente y son tan fuertes que casi consiguen desterrar los míos. Es como si yo misma probara la carne, bebiera la sangre, desgarrara la piel… El HAMBRE me consume, pero no puedo dejarme llevar por ella. No ahora, no aquí. Conocía a esta gente. Incluso con los más fieles a Abel he hablado en algún momento, he comido con ellos, me han hecho algún comentario amable los días que me veían triste o enferma… No son sólo gente para mí y mucho menos pueden ser presas. Cada una de sus muertes me duele como una puñalada y el ansia que me consume y me hace salivar por probar su carne sólo hace que sienta asco de mí misma.

Es el rostro de Abel el que mantiene mi cordura, el que me hace centrarme y seguir adelante sin participar en el banquete. A pesar de los gritos desgarradores, del sonido de los disparos, del olor a sudor y sangre que lo invade todo, yo sigo mi camino sin echar la vista atrás un solo segundo. Ya he conseguido atravesar los pisos inferiores y, por fin, me encuentro en el Patio de las Columnas. El despacho de Abel se encuentra sólo a unos metros por delante de mí, pero me permito el capricho de retroceder un poco hacia la esquina más alejada. Ahí está nuestra columna. Sobre un fondo negro se dibujan briznas de hierba talladas en acero y, encima de ese mar brillante, se alza un pequeño sol metálico en un cielo oscuro. Éste era el lugar en el que Asier y yo nos sentábamos siempre para hablar de nuestras cosas, contarnos nuestras penas o pedirnos consejo sobre nuestros problemas. Nunca tuvimos que decirnos dónde nos íbamos a reunir. Cuando uno buscaba al otro, siempre le encontraba allí. Creo que para nosotros ese sol frío, ese cielo negro y ese campo de hierba metálica era lo más cercano que teníamos a estar al aire libre y disfrutar de aquel mundo que nos había sido arrebatado.

Acaricio la superficie fría y suave de la columna y, aunque ya no puedo llorar, siento el sabor de las lágrimas en la boca y el escozor en los ojos. No estoy sólo despidiéndome de la Alhóndiga ni de la gente que conocía y amaba aquí. Estoy despidiéndome también de Asier. Cuando termine con lo que he venido a hacer esta noche,

nunca volveremos a vernos. Él tiene que comprender que, cada vez que sale a la calle, se está poniendo en peligro y que, si un día no consigo protegerle y muere, no podré perdonármelo nunca. También tiene que comprender que ya no puedo ser su amiga, la que se sentaba a escucharle, le sonreía y le hacía bromas. Ya no podrá poner su cabeza en mi hombro y llorar cuando se sienta solo ni yo podré refugiarme en sus brazos cuando tenga miedo. Ya no soy aquella chica. Ni siquiera soy un ser humano, sino un monstruo. Represento todo lo que temíamos, todo lo que odiábamos.

Siento que la pena desaparece y se convierte en ira. El culpable de lo que soy ahora está a apenas unos metros de distancia. Por fin está a mi alcance. Abro mi mente a los demás para que su instinto animal me consuma y cruzo el patio a la carrera, hacia el despacho de Abel. Mi ansia de sangre parece llamar la atención de mis compañeros más cercanos, que se unen a mi caza. Les lanzo un mensaje de advertencia: el rostro de Abel y el aviso de que es mío. Me da igual que le devoren después, pero debo ser yo la que lo mate.

Encontramos la puerta del cuartel cerrada. Intento controlar mi instinto. Tengo que ser capaz de pensar para poder bajar el picaporte. Mis compañeros ya han llegado y empujan la puerta, tratan de arañarla, me aplastan contra ella… Me resulta muy difícil controlarme y volver a ser yo misma en esta situación. Parece que, una vez que sueltas a la bestia, se resiste a volver a ser enjaulada. Mi mente trata de serenarse, pero todo mi cuerpo ruge de hambre, me impulsa a empujar la puerta y tratar de derribarla para entrar como un animal enfurecido y arrasar con todo ser humano que se cruce en mi camino.

Intento concentrarme de nuevo en el rostro de Abel. Vuelvo a verle aquella noche tras la verja con sus vestiduras inmaculadas destacando en la penumbra. Veo sus fríos ojos que me miran con desprecio, su sonrisa cruel al saberme condenada. Tengo que conseguir llegar hasta él. Debo volverme fría como el acero de nuestra columna y ser capaz de controlarme… Siento que la furia desaparece, que el instinto se apaga. Puedo volver a pensar, vuelvo a ser yo. Llevo la mano hasta el picaporte y lo bajo. Han bloqueado la puerta con algo. Les pido a mis compañeros que me ayuden a empujar de forma coordinada y, aunque me cuesta contactar con ellos y pasar por encima de su hambre y su rabia, parece que me entienden. Conseguimos hacerlo todos a la vez y entramos en tromba en la habitación.

Escucho el estallido de un disparo que se estrella en el marco de

la puerta, a apenas tres centímetros de mi cabeza. Caleb está de pie con un rifle entre las manos y va a volver a disparar. Escondido detrás de él veo a Abel, la fuente de mi odio, el causante de mi condena. Él me reconoce. Veo el miedo en sus ojos. Yo le mantengo la mirada y le sonrío para que se dé cuenta de que sé quién es y de que he venido a por él.

Entonces hace algo que no esperaba. Empuja a Caleb hacia nosotros y, mientras luchamos en un revoltijo de brazos, piernas y dientes, abre una puerta situada a su espalda y se escabulle como una rata asustada. Caleb es enorme. Siento que me aplasta con su peso. Quiero salir detrás de Abel para impedir que escape, pero no puedo moverme.

Por suerte, Caleb también quiere librarse de nosotros y patalea tratando de soltarse de nuestro abrazo. Cuando lo consigue, se pone de pie y recula un par de pasos. Tiene un mordisco en el antebrazo derecho. Lo mira aterrado. Sabe lo que significa: está condenado. Aún así, a pesar de que su líder le acaba de abandonar, decide luchar hasta el último momento. Retrocede hasta la puerta por la que ha escapado Abel y se coloca delante de ella, con las piernas abiertas y el rifle preparado. No puedo hacer nada por salvarle. Aunque pudiera hablar con él, nunca conseguiría hacerle ver el tipo de monstruo que es Abel. Lanzo la orden a mis compañeros para que ataquemos todos a la vez.

Vuelvo a escuchar el sonido de un disparo y veo que la bala ha arrancado un pedazo de hombro a uno de los míos. Eso no lo detendrá. Antes de que Caleb pueda volver a disparar, ya estamos sobre él. Sé que debería apartarlo y tratar de abrir la puerta para perseguir a Abel, pero no puedo controlarme más. El instinto es demasiado fuerte y me uno al banquete.

Asier

Asier se detuvo un segundo antes de girar la esquina para estar seguro de que los podridos le seguían. Se sorprendió de lo cerca que estaban. Pensó que era una auténtica mierda que los zombis de este apocalipsis no fueran como los de las películas antiguas, que avanzaban temblorosos y renqueantes. Estos corrían demasiado para su gusto. Tendría que darse prisa si no quería que lo atrapasen.

Giró a la derecha y siguió corriendo por el oscuro pasillo. Además de estar preocupado por la velocidad de sus perseguidores, había algo más que le intranquilizaba. Había hecho mucho ruido al golpear con la llave inglesa contra el extintor para llamar la atención de aquellos bichos. Demasiado ruido. Si había atraído a algún otro grupo y se los encontraba de frente, no tendría ninguna escapatoria. Sintió que la ansiedad crecía en su pecho como un globo a punto de reventar. En aquel momento no le preocupaba que le pillaran ni le importaba su vida, pero, si el caía, Uriel también moriría a manos de aquellos seres. Tenía que llegar hasta él y ponerle a salvo. Le daba igual lo que pasara después.

Volvió a detenerse un segundo antes de girar de nuevo hacia la derecha. Los podridos continuaban a la misma distancia, a apenas unos metros. Incluso en la penumbra podía distinguir su piel grisácea, sus ojos vidriosos, sus bocas anhelantes… Trató de evitar que el pánico le paralizara y siguió corriendo. Pocos metros más adelante vislumbró una puerta de emergencia, de las que se abrían al empujar contra ellas. No le serviría para detenerlos. Imaginaba que Raquel les habría enseñado cómo abrir puertas, pero, aunque no lo hubiera hecho, ésa se abriría ante su empuje sin oponer resistencia.

Intentó correr más rápido. No sólo debía evitar que le cogieran. Tenía que ganar el tiempo suficiente como para regresar a la enfermería, ayudar a Uriel a bajar del armario, recorrer con él media Alhóndiga y conseguir que les abrieran el auditorio. Ni siquiera sabía si Uriel estaría herido o paralizado por el miedo. Si tenía que correr con él a cuestas, no lo conseguirían.

Siguió avanzando, abriendo una puerta tras otra. Aquella parte de la Alhóndiga era un laberinto de salas casi iguales. Si la gente solía perderse allí abajo, quizá también los podridos lo hicieran. Eso le daría algo de tiempo. Por desgracia, sospechaba que no perderían su pista. Notaba todo su cuerpo cubierto de una capa de sudor frío y

pegajoso, formado a partes iguales de agotamiento y miedo. Estaba seguro de que podrían seguir su olor por muchas puertas que les pusiera de por medio.

Tras girar de nuevo a la derecha, se encontró por fin en el pasillo que llevaba a la enfermería. Entró tan rápido que no fue capaz de frenar. El suelo estaba cubierto de frascos reventados, de cristales y líquidos viscosos. Resbaló y no pudo detenerse hasta chocar con la mesa. El dolor que subió desde su rodilla izquierda hizo que se le llenasen los ojos de lágrimas y chispas de colores. Apretó los dientes y trató de enfocar la vista en lo alto del armario. Uriel seguía allí con los brazos tendidos hacia él.

Asier se acercó y se situó bajo el armario, mientras trataba de encontrar en la consulta algo a lo que subirse para poder llegar hasta el niño. No hizo falta. Uriel se lanzó hacia él con la confianza ciega de que le atraparía. Asier extendió los brazos y consiguió recoger al niño antes de que se estampara contra el suelo, pero el choque de su cuerpo contra sus costillas malheridas le provocó otro lanzazo de dolor que le hizo doblarse por la mitad.

Se dio cuenta de que Uriel le estaba abrazando con todas sus fuerzas mientras sollozaba como un bebé. Asier le apartó unos centímetros y le sacudió para tratar de alejar la histeria.

—Tenemos que escapar de aquí. ¿Puedes correr?

Uriel asintió. Le tomó la mano y tiró de ella para conducirle al pasillo. Asier se dio cuenta de que iba a ser él quien tuviese problemas para mantener el ritmo. La rodilla le palpitaba y enviaba agudas pulsaciones de dolor al centro de su cerebro, pero lo peor era el pecho. Aquel último golpe había debido de fracturar del todo alguna de sus costillas, porque cada respiración era una agonía, un lanzazo agudo y ardiente que ni siquiera le dejaba pensar con claridad.

Se forzó a ignorar todo aquel dolor y a continuar corriendo. Oyó el retumbar de una puerta chocando contra la pared al fondo del pasillo. Los zombis acababan de llegar y se lanzaban tras ellos. No les importaba el dolor ni el cansancio. Podrían correr para siempre. Tenían que encontrar pronto un lugar en el que ponerse a salvo.

Raquel

Voy saliendo del éxtasis. Me siento como si estuviera borracha. La sangre de Caleb parece recorrerme, haciendo que mis arterias vibren. Surca mi cuerpo como una cálida corriente que despierta la vida en mi interior. Me siento más fuerte, invencible e inmortal. El sentimiento de euforia es tan poderoso que no hay sitio para la culpa.

Me gustaría seguir comiendo. Mi cuerpo se resiste a moverse y alejarse del festín, pero tengo algo muy importante que hacer y ahora mismo creo que no habrá enemigo que pueda detenerme. Abel será mío. Me cobraré la venganza por mi muerte y por todo el daño que ha hecho. Sé que la gente que vive dentro de la Alhóndiga me mataría sin pensarlo un segundo, pero yo aún les quiero. Por todas las veces que me alimentaron, que me arroparon cuando tenía frío, que me cuidaron cuando estaba enferma y me abrazaron cuando me sentía sola o triste, tengo que hacer esto. Aunque para ellos sólo sea un monstruo, voy a liberarles del verdadero monstruo que les domina.

Me levanto, resbalando en la sangre que cubre el suelo de baldosas. Voy hasta la puerta por la que Abel ha desaparecido. Por suerte no ha cerrado a su espalda y el picaporte cede. Me encuentro en otra sala en la que tampoco está y que sólo tiene una puerta que conduce al atrio. Salgo y me quedo quieta. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y olfateo su rastro en el aire. A pesar del olor a sangre, sudor y miedo, lo percibo enseguida, como una nota discordante en una sinfonía. Abel es el único que puede lavar su ropa y bañarse sin limitaciones. Además, usa una colonia que huele a hierba fresca y limón. Incluso en medio de un apocalipsis hay clases y clases, pero esos privilegios van a significar su fin. Sé exactamente a dónde ha ido. Sigo su rastro hacia las escaleras que bajan a los pisos inferiores. No podrá escapar. Ahí abajo están los dormitorios comunes. Ése era mi hogar, no el suyo. No conseguirá esconderse de mí.

Alzo aún más la cabeza y lanzo un largo gemido, llamando a los míos a la caza como un lobo convocaría a su manada, antes de lanzarme en su busca escaleras abajo.

Abel

Abel entró en una sala, comprobó que no hubiese ningún podrido dentro y cerró. Se quedó apoyado contra la puerta para evitar que alguien pudiera abrirla, mientras trataba de recuperar el resuello.

No se había cruzado con nadie vivo desde que había escapado de su despacho. Tan sólo había escuchado los lejanos gritos de agonía de sus hombres y los escalofriantes gemidos de los muertos. Un par de habitaciones atrás había tropezado con un cadáver tan mutilado y desmembrado que no había podido reconocer quién era.

Intentó calmarse y pensar, pero el whisky que había estado bebiendo antes de que la pesadilla comenzase nublaba su mente. Tenía que encontrar a algún superviviente que le defendiera y le llevara a algún lugar en el que resistir hasta que los podridos acabaran con todos, se cansaran y se marchasen. La piscina de la última planta parecía un buen refugio. Allí no les faltaría agua y, con un poco de suerte, incluso podrían cazar algún pájaro para aguantar más tiempo. Por desgracia, llegar solo hasta allí era imposible.

Sacó el cargador de su pistola. Le quedaban tres balas. Por los ruidos que había oído, debía haber un par de docenas de podridos dentro del edificio. No podría abrirse paso él solo. Necesitaba a alguien dispuesto a defenderle a cualquier precio. Pensó en Caleb y Esaú, sus compañeros más fieles durante todo aquel tiempo. Ahora Esaú estaba desaparecido y Caleb debía de haber muerto por salvarle. Sintió ganas de llorar de rabia e impotencia al sentirse tan desvalido.

Con la pistola en la mano se acercó a la siguiente puerta. No podía quedarse quieto en aquella habitación. Tenía dos entradas y sería imposible para él solo defenderlas. Abrió la puerta con cuidado y se asomó. Distinguió dos figuras avanzando por el pasillo. Una de ellas, la más alta, intentaba mantener la velocidad, pero cojeaba y se agarraba el costado izquierdo. A su lado caminaba una figura más pequeña, tirando de él para animarle a continuar. Abel los reconoció al instante: eran Daniel, el rebelde, y su amiguito Uriel. Aquello le extrañó. ¿No se suponía que aquella noche iban a estar en el auditorio celebrando el cumpleaños del niño? ¿Qué razón podían tener para estar en los pasillos, exponiéndose a los muertos?

Su mente se iluminó de repente. El auditorio. Quizá los supervivientes estuvieran refugiados allí. Quizá tuviesen armas o provisiones para aguantar hasta que los zombis se marcharan. Además, quedaba mucho más cerca que la piscina del último piso y, lo mejor de todo, era que Daniel y Uriel se dirigían hacia allí. Sólo tenía que seguirlos a cierta distancia. Si aparecía algún podrido, ellos serían los primeros en encontrarlo.

Apretó con más fuerza la pistola y salió tras ellos, atento a cualquier sonido que le indicase que los muertos se acercaban.

Raquel

Noto el olor de Abel cada vez más cerca. No debe de encontrarse a más de veinte metros, pero en el laberinto de este nivel del edificio no puedo determinar exactamente dónde está. Sólo veo pasillos y pasillos y puertas y más puertas, mientras la ira y el hambre se acrecientan y entorpecen mi pensamiento.

Hay algo más en el ambiente, algo que llama mi atención por encima de cualquier otro olor. Es un aroma tan familiar que me hace detenerme para tratar de reconocerlo. Es Asier y también está muy cerca. Siento el miedo aferrarse a mi estómago como una garra. ¿Qué hace Asier aquí fuera? ¿Por qué no está escondido y a salvo tal y como me dijo que haría?

Me apresuro aún más en recorrer la distancia que nos separa. Matar a Abel acaba de quedar en un segundo plano. Tengo que llegar hasta Asier y protegerlo. Todo lo demás no importa. De repente, escucho un grito que hace que me detenga en seco. Es un chillido infantil, el sonido del terror más puro saliendo de la garganta de un niño. Reconozco la voz. Es Uriel, el crío que siempre seguía a Asier como un perrito. Es muy probable que estén juntos y se encuentren en peligro.

Abro una puerta y cruzo una sala. Ahora mismo, con la tensión nublando mis pensamientos, no estoy muy segura de dónde me encuentro. Me quedo quieta un momento y trato de captar algún olor o algún sonido que pueda guiarme. Escucho unos sollozos a mi izquierda, muy cerca, detrás de la siguiente puerta.

La abro y me encuentro en un pasillo oscuro, iluminado tan sólo por el tenue brillo de las luces de emergencia. Frente a mí veo a un grupo de muertos avanzando. Miro hacia atrás y distingo a Asier y Uriel, de rodillas en medio del pasillo. El pequeño se aferra al cuello de Asier y llora desconsolado.

Lanzo un mensaje de advertencia a mis compañeros: son sagrados, no se les puede hacer daño. Lo captan al momento y reculan un par de pasos. No he tenido que insistirles ni discutir. Mi amor y preocupación por ellos es tan patente que todos, incluso aquellos que todavía no han comido nada y están consumidos por el hambre, aceptan que no pueden tocarlos.

Doy un par de pasos hacia Asier y Uriel para ayudarles a levantarse. El niño clava su mirada en mí y grita aún más fuerte, con los ojos desorbitados por el terror. Había olvidado lo que soy

ahora para él: un monstruo devorador de humanos acercándose por un pasillo tenebroso. Me detengo con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y trato de sonreírle, pero no funciona. Uriel está histérico y yo no soy la indicada para tranquilizarlo.

—No pasa nada, Uriel —le susurra Asier—. Es Raquel. ¿La recuerdas? No te hará nada malo.

—Está muerta, Asier —le grita el niño—. Ya no es Raquel.

—Sí que lo es. He salido con ella muchas noches a por provisiones. Es nuestra amiga.

En ese momento una puerta se abre justo detrás de ellos. Pienso que debe de ser alguno de mis compañeros y envío inmediatamente la orden de que no les haga daño, pero la figura que aparece no es la de nadie de mi grupo. Es Abel, con la ira reflejada en su rostro y una pistola en la mano apuntando directamente a la nuca de Asier.

—¿Tratas con monstruos? ¿Qué clase de demonio traidor eres? ¿Cómo puedes haber cometido la herejía de relacionarte con los muertos?

—No lo entiendes, Abel —trata de explicarse Asier—. Ella es mi amiga. No es como tú crees.

—Está muerta. Ahora es una podrida, una asesina, un cadáver andante… ¿Cómo has podido relacionarte con ella? —Abel se queda un momento en silencio mientras sus ojos se abren, desorbitados—. Les has abierto tú, ¿verdad?

Yo espero que Asier mienta y se lo niegue, pero, en lugar de eso, agacha la cabeza y clava su mirada en el suelo. Creo que se siente tan culpable por la muerte y el caos que ha desatado que no es capaz de mirarle a la cara. Tengo miedo de que Abel se vuelva loco ante esta revelación y le dispare, así que avanzo un par de pasos.

—Quieta ahí, engendro del demonio —me grita Abel—. Si das un solo paso más, le vuelo la cabeza a tu amiguito.

Me quedo quieta y vuelvo a enviar un mensaje a mis compañeros para que no se muevan ni intervengan. Están intranquilos. Entienden que no deben atacar a Asier ni a Uriel porque son mis amigos, pero notan el odio que siento por Abel y no pueden comprender por qué no nos lanzamos a por él y le destrozamos.

Es mío. Debo matarlo yo.

Siento que me entienden y que están de acuerdo con mis decisiones, aunque percibo su tensión y sus ganas de atacar.

Abel está cada vez más nervioso. Respira como un toro embravecido y mueve la pistola de forma descontrolada sin saber a quién apuntar. Se acerca a Uriel y le toma del brazo para obligarle a

levantarse:

—¿Dónde están los demás? —pregunta, ignorando sus gritos.

—Están a salvo en el auditorio —contesta Asier.

—Bien, vas a llevarme hasta allí si no quieres que mate al crío. Y tu amiga muerta se viene con nosotros para abrirnos camino.

Yo asiento y avanzo despacio hacia ellos para no asustar a Abel, mientras envío el mensaje a mis compañeros de que no deben seguirnos. Me pongo la primera en la fila, seguida de Asier. Abel cierra el grupo, empujando al niño, que está tan paralizado por el pánico que ya ni siquiera llora. Les guío hacia el auditorio, mientras trato de pensar en la manera de salir de ésta. En cuanto Abel se sienta a salvo, no dudará un segundo en meterme un tiro entre ceja y ceja. Es curioso, pero no tengo miedo de morir. Lo único que me da rabia es no poder cumplir mi venganza, que todo lo que hemos hecho no vaya a servir para nada. Espero tener al menos la oportunidad de morir matando.

Tras girar una esquina y traspasar una nueva puerta, nos encontramos ya en la entrada del auditorio. Veo como una sonrisa cruel se abre paso en el rostro de Abel. Empuja al niño hacia Asier y me apunta con la pistola.

—Esta vez me aseguraré de que mueres de verdad.

Estoy a punto de lanzarme sobre él cuando una puerta, situada tras Abel, se abre con fuerza y se estampa contra la pared. De ella surge Raúl, que se lanza sobre él tratando de arañarle y morderle con la fuerza y la desesperación de un perro rabioso. Los dos caen al suelo y forcejean. Sólo oigo gritos y gruñidos, mientras sus cuerpos se debaten en el suelo en una lucha a muerte.

Escucho el primer disparo, que sale desviado y se estrella contra una pared. Ese sonido me saca del estupor y me lanzo sobre sus cuerpos, tratando de ayudar a Raúl. Tenemos que desarmar a Abel antes de que consiga apuntar a nuestras cabezas, pero él se resiste con todas sus fuerzas. Oigo el sonido de otro disparo y noto un lanzazo ardiente que me atraviesa el brazo. Incluso en este momento me permito sonreír. Con eso no logrará detenerme. Ataco con más fuerza aún, arañando y mordiendo. Siento por fin el sabor de su sangre en mi boca y sé que estoy cumpliendo con mi venganza. Ahora ya da igual que nos mate, da igual que consiga escapar de nosotros, da igual que sea el líder. Está infectado. Morirá por las heridas o el resto de las personas de la Alhóndiga le matará. Ya no tiene salvación.

Con el retumbar del tercer disparo mi mente se llena de luz. En tan sólo unos segundos recibo una cantidad ingente de recuerdos y

conocimientos que no son míos. La información me llega con tanta fuerza que me paraliza y salgo disparada hacia atrás por un empujón de Abel. Me quedo sentada en el suelo, boqueando como un pez en busca de agua. Hay imágenes de una mujer rubia, de un niño de cabello rizado, de unos ancianos sonrientes… Veo días en el colegio, veranos largos y dorados, amigos de instituto, primeros amores, juergas en la universidad, trabajos y proyectos de futuro… Es una ola gigante que me invade y me aturde, pero que, en pocos segundos, se organiza en mi cerebro como la historia más grande que jamás me han contado. Tengo toda la existencia de Raúl en mi cabeza mientras su vida se extingue.

Está tumbado en el suelo con un agujero negro dibujado en su frente. No puedo creer que esté muerto, que se haya sacrificado por mí. Una furia que jamás había experimentado invade todo mi cuerpo. Siento un volcán ardiente en mi interior, un rio de lava que tiene que desbordarse y destruir todo lo que encuentre a su paso. Dirijo la mirada hacia Abel, que ha conseguido levantarse y me apunta con su pistola. Me da igual que me dispare o que me mate. Siento tanto dolor ahora mismo que la muerte sería un alivio.

Abel aprieta el gatillo mientras me acerco. Una vez, dos veces, tres veces… No sucede nada, ya no tiene balas. Veo cómo el terror invade sus ojos, mientras sigue disparando una y otra vez sin ningún resultado. Es irónico. Él, que me envío desarmada y sola a enfrentarme con los monstruos, se encuentra ahora en la misma situación.

Me lanzo hacia él con los brazos estirados, tratando de alcanzar su cuello con mis manos anhelantes. Escucho un rugido animal que sale de mi garganta y parece rebotar contra las paredes del pasillo, en las que retumba y se amplifica. Mi furia es tan grande que parece darme la fuerza de un titán. En cuanto lo toco, cae derribado al suelo como un árbol joven ante el empuje de un huracán.

Nuestros brazos y piernas se enredan mientras rodamos por el suelo. Yo trato de morder su cuello, pero él me agarra por la barbilla con una mano. En la otra aún mantiene la pistola e intenta golpearme con ella. Yo ni siquiera me fijo en eso. Sólo puedo luchar por llegar a su garganta, donde veo latir una de sus arterias, que parece llamarme y llenarme de un deseo que me consume. Nunca en mi vida había sentido tanta rabia, tanta ansia, tanta hambre…

Siento que me golpea en la sien con la culata de la pistola. Me incorporo y me siento a horcajadas sobre él. Abel se resiste e intenta zafarse de mi presa, pero, en estos momentos, soy mucho más fuerte que él. Sujeto su cuerpo haciendo presión con las

rodillas, le arranco la pistola de entre los dedos y la arrojo lejos. Después agarro sus manos con las mías y las empujó hacia el suelo. Ahora está totalmente inmovilizado, con los brazos en cruz. Antes de lanzarme sobre él, le miró por última vez a los ojos. Me parece ver en ellos un ruego, una súplica de perdón. No voy a perdonarle. Ya no puedo mostrar humanidad. Soy un monstruo por su culpa.

Me lanzo hacia su cuello y clavo mis dientes. La sangre me llena la boca. Pienso que es el sabor de la venganza y que, al contrario de lo que se dice, no se sirve fría. La venganza es cálida y espesa y tiene un sabor que es a la vez metálico y dulce, casi embriagador.

A medida que Abel deja de luchar, yo le muerdo una y otra vez, haciendo que su sangre mane de mil heridas. Quiero terminar pronto, que se desangre cuanto antes. Sigo temiendo que aparezca alguno de sus hombres y le rescate. No quiero dejarle la más mínima posibilidad de salvación.

Cuando deja de moverse, me levanto y contemplo su cadáver. No voy a comérmelo. Me da demasiado asco. Sin embargo, no quiero que se levante y se convierta en uno de nosotros. No se lo merece. Busco con mi mente a mis compañeros. Están muy cerca. Les indico lo que quiero que hagan con él: que vengan a buscarlo, se lo lleven y terminen con él para siempre. Cuando noto que se acercan, agarro a Asier por un brazo y les pido que me sigan a una habitación contigua. No quiero que Uriel vea esto.

Oigo a mis compañeros moverse detrás de la puerta. Cuando sus pasos y gemidos se extinguen, les indico que ya podemos salir y les guio hacia la puerta del auditorio. Me quedo unos segundos quieta, sin saber qué hacer. Supongo que esto es una despedida, que ya nunca más volveré a ver a Asier. Me siento extraña y vacía. Ahora que he conseguido matar a Abel no me noto más feliz ni más plena. Sólo hay un vacío, un túnel negro que se extiende ante mí. No sé qué voy a hacer con el resto de mi existencia.

Asier se acerca a mí y me pone la mano en el brazo, sacándome de mi ensimismamiento. Maldigo mi incapacidad para hablar con él. Me gustaría decirle que él era lo único que aún me ataba a mi vida anterior, que me muero de pena por no volver a verle, que le recordaré siempre… Él parece comprender lo que quiero expresar, porque sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Os marcháis ya? —Se queda en silencio hasta que yo asiento —. ¿Podrías esperarme al lado de la verja de entrada unos minutos? Tengo que dejar a Uriel en el auditorio, pero me gustaría hablar contigo un momento.

Vuelvo a asentir y me pongo en marcha. Lanzo un mensaje a mis

compañeros, desperdigados por todo el edificio, para que se dirijan al parking. Cuando llego allí, ya están casi todos. En pocos minutos van llegando los últimos rezagados. Faltan Lucía, Esteban y Raúl, pero sabemos que no hace falta esperarles. Todos hemos sentido su muerte y cómo su esencia se fundía con nuestras mentes para seguir con nosotros para siempre. Aún así, les echaremos mucho de menos.

Subimos las escaleras y salimos del edificio. Les indico a todos que pueden volver a nuestro refugio en la Gran Vía, que ya hemos terminado aquí. Yo me quedaré esperando a Asier para despedirme de él.

Ellos me hacen caso y se ponen en marcha. Noto algo raro en la manera en la que me tratan y, de inmediato, comprendo lo que pasa. Ahora que Raúl no está, me han elegido como su nueva líder. Creo que por eso él me envío todos sus recuerdos y conocimientos antes de morir. No lo entiendo. Hace muy poco tiempo que me convertí y sólo soy una cría asustada. Además, nunca he pensado que tuviera dotes de liderazgo. Todo esto me queda demasiado grande y me aterra. Noto en mi mente que ellos saben todo eso y, aún así, confían en mí. No hay posibilidad de discusión cuando todos lo sabemos todo de todos. Creen en mí y confían en que sea quien les guie a partir de ahora.

Asier

En cuanto Raquel desapareció tras la puerta, Asier tomó la mano de Uriel y le llevó hasta el auditorio. Frente a aquella puerta cerrada, se puso en cuclillas delante del niño y, con un cariño infinito, limpió las gruesas lágrimas que empapaban su rostro. Uriel no reaccionaba. Estaba quieto, con la mirada perdida, como si su mente hubiera decidido desconectar para no seguir presenciando horrores. Asier puso las manos sobre los hombros del niño y le sacudió con delicadeza para tratar de devolverlo al mundo real.

—Uriel, ¿me escuchas?

La conciencia regresó a sus ojos. Miró alrededor para asegurarse de que no había ningún peligro y después se arrojó a los brazos de Asier y volvió a sollozar.

—Escúchame, Uriel. —Asier le abrazó durante unos segundos antes de apartarlo—. Tengo que decirte varias cosas importantes y no tengo mucho tiempo.

El niño dejó de llorar y asintió. Asier intentó hablar, pero un fuerte ataque de tos se lo impidió. Cada tos era un aguijonazo en su pecho, un estertor agónico… Se tapó la boca con la mano derecha, mientras llevaba la izquierda a su costado en un intento de mitigar de algún modo aquel dolor insufrible. Cuando el ataque pasó y retiró la mano, la encontró cubierta de sangre. Tal como sospechaba, aquello era grave.

—¿Estás bien? —preguntó Uriel, asustado.

—Sí, no te preocupes. Se me pasará pronto. Escúchame y no me interrumpas. —Asier esperó a que el niño asintiera—. Ahí dentro están tus amigos. Están todos a salvo. Cuando yo me haya marchado, llama a la puerta, di que eres tú y que ya no hay ningún peligro y te abrirán.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Yo tengo que marcharme… Esta vez me voy para siempre y no volverás a verme. —El niño empezó a negar con la cabeza y se lanzó de nuevo a sus brazos. Asier volvió a apartarlo, aunque aquel movimiento le desgarró el alma—. No puedo quedarme. Yo abrí la puerta a los podridos. Fui yo el que les dejó pasar.

—Eso no puede ser verdad. ¿Por qué lo hiciste?

—Había que acabar con Abel. Él era malo. Hizo que los podridos mataran a Raquel e intentó hacer lo mismo conmigo. Ordenó a Esaú que asesinase a Eliseo y que también me matara a mí. Si no le

hubiéramos detenido, habría acabado con todos nosotros. ¿Se lo explicarás a los de dentro?

Uriel asintió. Asier trató de levantarse, pero el niño no le soltó. Asier le dio un fuerte abrazo, mientras trataba de atesorar aquel momento en su recuerdo con todos los detalles, como un último regalo que quería conservar para siempre. Después se soltó y se puso de pie.

—Nunca me olvidaré de ti. Siempre serás mi hermano.

El niño le devolvió una triste sonrisa bajo su manto de lágrimas. Asier le revolvió el pelo por última vez antes de salir por la misma puerta por la que se había marchado Raquel. En lugar de seguir andando, se quedó apoyado contra la pared, permitiendo que las lágrimas escaparan sin control. Escuchó los sollozos de Uriel y cómo le llamaba un par de veces más. Se forzó a no moverse, aunque aquellas llamadas pronunciadas entre lloros le dolían más que cualquier herida. Por fin oyó que Uriel se levantaba y recorría los pocos pasos que le separaban del auditorio. Tras dar un par de fuertes golpes en la puerta, empezó a gritar:

—Abridme, soy Uriel. Estáis a salvo. Los muertos se han ido.

Tras escuchar el ruido de la cadena deslizándose al otro lado de la puerta, Asier se puso de nuevo en marcha. Recorrió los oscuros pasillos que llevaban a las escaleras y apareció en medio del Patio de Columnas. Se encaminó hacia la columna metálica en la que tantas veces se había reunido con Raquel y acarició su fría superficie. Se marchaba para siempre. Dejaba atrás todo lo que conocía, todo lo que amaba, su único refugio seguro en aquellos años oscuros.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave que había utilizado para abrir la puerta del parking. Aunque le parecía un sacrilegio, eligió uno de los espacios pintados de negro de la columna y, rascando con las llaves, escribió sus nombres: “Asier y Raquel”. Le habría gustado tener el valor de hacerlo cuando ella aún estaba viva, haber marcado aquella columna juntos, como dos enamorados. Nunca se había atrevido a decirle nada y aquellos nombres ya no servirían como declaración de amor, sino como un remedio contra el olvido. Dejó la llave en el suelo para que pudieran encontrarla y cerrar la puerta del parking y después cruzó el atrio hacia la entrada, despidiéndose de su hogar para siempre.

Raquel le esperaba al otro lado de la verja. Él salió y cerró de nuevo a sus espaldas. Después se acercó a ella y tomó sus manos. La chica desvió la mirada al suelo, como si no quisiera despedirse de él.

—Tengo que pedirte algo, Raquel. No puedo volver ahí dentro.

Ella irguió la cabeza y enarcó una ceja, sin comprender lo que intentaba decirle.

—Sé que les hemos librado de Abel y que eso ha sido algo bueno, pero los hombres que han muerto eran sus maridos, sus padres, sus hermanos, sus amigos… Nunca me perdonarán que os abriese la puerta. Tenéis que llevarme con vosotros.

Ella negó con la cabeza y movió las manos hacia los lados, tratando de expresarle que era imposible. Asier sonrió y volvió a tomar sus manos heladas.

—Sé lo que estás pensando: que es una locura llevar a un vivo con vosotros, que no podrás protegerme siempre, que ni siquiera estás segura de poder contener a los tuyos para que no se me lancen encima… No es eso lo que te estoy pidiendo.

Raquel se le quedó mirando durante unos segundos con una expresión de incomprensión en el rostro. Cuando por fin entendió lo que él quería decirle, se soltó con brusquedad y volvió a negar mientras retrocedía un par de pasos. Asier trató de acercarse y explicarle sus razones, pero un nuevo ataque de tos le hizo doblarse por la mitad. Cuando se incorporó, le enseñó sus manos llenas de sangre.

—Creo que alguna costilla me ha perforado un pulmón. No tengo salvación más allá de ti, Raquel. O me matan los de dentro o me devoran los de fuera o me muero yo solo, escondido en algún rincón como un perro callejero. Mi única esperanza eres tú.

Raquel cerró los ojos durante unos segundos, como si estuviera buscando cualquier otra posibilidad. Cuando volvió a abrirlos, asintió y se acercó a él, pero un nuevo ataque de tos del chico la detuvo.

—Tengo una pregunta —dijo Asier cuando consiguió volver a respirar—. Esto no me dolerá durante toda la eternidad, ¿verdad? Porque si es así, casi prefiero morirme.

Ella sonrió y negó con la cabeza. Asier se acercó de nuevo a ella y le mostró su antebrazo:

—Entonces hagámoslo. Muérdeme.

Raquel-Día 8

El sol empieza a ponerse tras los montes que rodean Bilbao y tiñe el paisaje de tonos rosados. Estamos en el puente del Arenal. Falta un trozo de barandilla, así que hemos podido sentarnos en el suelo, con las piernas colgando para contemplar la ría. Está tan limpia que podemos ver un coche sumergido en las profundidades.

Miro alrededor, asombrada de lo cambiada que está la ciudad desde que el hombre desapareció de sus calles. Dominando el paisaje destaca la torre del BBVA[ii]. Todos sus cristales rosados han desaparecido y ahora parece un esqueleto gigante que nos vigila desde lo alto. La vegetación se ha extendido y empieza a crecer por las fachadas, amenazando con devorarlas. Me pregunto cuánto tardará en engullir todos los edificios. Me vienen a la mente las imágenes de las antiguas ciudades mayas, con sus construcciones tan cubiertas de enredaderas que casi parecen formar parte de la selva.

¿Qué vamos a hacer ahora?

La pregunta de Asier me saca de mis pensamientos. Apoyo las manos en el asfalto y echo la cabeza hacia atrás, dejando que los últimos rayos de sol calienten mi piel. Después le miro, sonrío y señalo uno de los montes más altos que se ven desde donde estamos sentados.

Creo que iremos a las montañas. A ésa o a cualquier otra.

¿Y qué se supone que vamos a hacer en las montañas?

Buscaremos un refugio, cazaremos animales…

¿Es que ya no quieres comer humanos? ¿Te has vuelto un zombi vegano?

Noto su confusión y me río ante su ocurrencia. Subo las piernas a la carretera y las cruzo. Él hace lo mismo y nos quedamos frente a frente, mirándonos.

No es eso, pero los humanos tienen armas y los animales, no. Además, ahora que no hay cazadores, seguro que podemos encontrar muchos animales en los bosques.

¿Así que volveremos a ser hombres prehistóricos?

No, seremos otra cosa.

Asier se queda callado, esperando a que me explique, pero no encuentro las palabras para contarle todo lo que pienso. Le transmito una imagen en la que se nos puede ver de noche,

acechando, corriendo tras las presas, libres y a salvo. Él me devuelve una sonrisa entusiasmada. Al ver que me comprende, me siento capaz de explicarle mis pensamientos.

¿Recuerdas que muchas veces en la Alhóndiga hablábamos sobre por qué había sucedido todo esto?

Claro, había muchas hipótesis. Un virus creado en un laboratorio que se les había escapado, un atentado con armas biológicas que se les había ido de las manos, un castigo de Dios… Incluso había gente que hablaba de una invasión extraterrestre.

Yo ahora tengo otra opinión. Creo que somos la respuesta de la Tierra a una especie que la estaba matando, la única forma que ha encontrado de defenderse del ser humano.

¿En serio piensas eso?

Sí. Mira lo limpia que está el agua, lo bien que huele el aire, lo mucho que han crecido las plantas… La naturaleza está recuperando lo que es suyo. El hombre estaba destrozando el mundo y nosotros hemos sido la solución. Somos el siguiente paso en la evolución: más empáticos, más sociales… y consumimos muchísimos menos recursos.

O sea que somos el siguiente paso después del homo sapiens… ¿El homo Z?

Sonrío ante su comentario, extiendo las manos y cojo las suyas. Nunca pensé que podría sentirme tan a gusto, tan esperanzada en el futuro siendo una podrida. Es extraño, pero me gusta.

Es un buen nombre, podría ser. Sólo sé que esto no es el fin del mundo. Es un nuevo principio.

Gemma Herrero Virto
Portugalete, 8 de Noviembre de 2017

Agradecimientos

Permíteme que, ahora que has terminado la novela, ocupe un par de minutos más de tu tiempo para contarte de dónde surgió la idea. Hace años escribí el primer capítulo de esta historia como un cuento, que podéis encontrar en mi libro de relatos Trece sombras, pero nunca me había planteado continuarlo.

Desde hace ya más de un año, suelo acudir a un concurso de relatos que la editorial EC.O Ediciones Cívicas organiza en Bilbao. Es una convocatoria muy divertida. Nos reunimos, leemos nuestros cuentos, disfrutamos de las historias de los demás y después votamos. Los relatos ganadores y finalistas se recopilan a final de año y la editorial los publica.

En una de esas convocatorias, yo acudí con mi relato Al otro lado de la verja, el que da inicio a esta novela. Isa, la editora de EC.O, había llevado aquella tarde a sus dos hijos, de unos diez y doce años. Yo me acerqué a ella para avisarle de que mi relato era de zombis y que quizá no era muy adecuado para aquel público.

—No te preocupes —me dijo, riendo—. Les encantan los zombis.

Leí el relato y, cuando el encuentro terminó, Asier, el mayor de los dos niños, se acercó a mí y me dijo tímidamente:

—Me ha encantado tu cuento.

Me sentí muy orgullosa de mí misma y, como lo había llevado impreso, le ofrecí firmárselo y regalárselo.

—No, gracias. No lo quiero —me contestó el muy cabroncete, mirándome como si se preguntara para qué iba a querer él semejante porquería.

Me quedé toda chafada, lo reconozco. En aquel momento pensé que el pobre sólo se había acercado para ser amable, pero que en realidad no le había gustado tanto. Pero sí que le había gustado…

Meses después, tras terminar otra convocatoria del concurso, su madre se acercó a mí y me dijo lo siguiente:

—Cada vez que nos reunimos para el concurso, Asier me pregunta si voy a verte.

—¿Y para qué quiere que me veas?

—Porque quiere que escribas una continuación para el cuento de los zombis.

Yo me quedé unos segundos sin saber qué contestar, antes de decir con tono condescendiente:

—Igual no lo entendió, pero no se puede continuar. Al final del

cuento, a la protagonista la muerden y se muere.

—Claro que lo ha entendido. Ya le he dicho eso, pero dice que la protagonista no muere. Ahora es un zombi y puede vengarse.

Yo me quedé alucinada. Mi cerebro empezó a girar a mil revoluciones.

—Eso no se ha contado nunca. Dile que lo pensaré.

Y lo pensé, claro que lo pensé. El resultado es esta novela, que no podría haber sido escrita sin la idea de Asier. Muchas veces los adultos somos tan lineales y lógicos que no podemos ver las cosas de otra manera. Tiene que venir un niño, con su mirada diferente, para abrirnos los ojos y enseñarnos que, detrás de algo que considerábamos cerrado, puede haber una historia. Gracias por esa mirada diferente, Asier. Espero que no la pierdas. Y muchas gracias a Isa por haberme transmitido su idea.

Así que, gracias a Asier, tengo una nueva novela terminada y ya es la novena. Casi no puedo creerlo. No habría llegado tan lejos sin ese montón de gente que me apoya de una u otra manera y que mantiene mi ilusión y mis ganas de seguir escribiendo.

Quiero dar las gracias a todos mis compañeros escritores. A la mayoría sólo os conozco a través de Facebook, pero os habéis convertido en una parte importante de mi vida. Siempre estáis ahí para animar, para apoyarme, para resolver dudas, para echarnos unas risas... Sé que me dejaré a muchos pero aquí va: Dulce Mercé, Marta Abelló, Sebas E. Luna, Benjamín Ruiz, Jaime Blanch Queral, Joaquim Colomer, Cristian Perfumo, Begoña Medina, Ager Golden Aguirre, Ivan Gilabert, Elisabeth Marrón Suñe, R M Madera, Cecilia de Blas Cambara, Juanma Martín Rivas… Sobre todo quiero dar las gracias a Vero Monroy y Manuel Miranda Jiménez por ayudarme con la portada y a A. V. San Martín (Ainarola), Elena Fuentes Moreno y José de la Rosa, mis compañeros finalistas del Premio literario de Amazon, por ofrecerse para ser los lectores cero de esta novela. Si se ha escapado algún error, es responsabilidad mía, porque ellos han hecho un trabajo increíble. Os adoro a los tres.

Seguro que me he olvidado a alguno, pero podéis decírmelo y os incluiré en los agradecimientos de la siguiente novela. Todos los citados son autores fantásticos que demuestran con cada obra las grandes historias que está dando la literatura independiente, así que os animo a descubrirlos. También son los culpables de que me pase media vida en Facebook perdiendo el tiempo, así que, si alguien está descontento con mi ritmo de escritura, ya sabéis a quiénes tenéis que dirigiros.

Como en todas las novelas, también quiero demostrarle mi más

profundo agradecimiento a Julen, mi marido, lector alfa y crítico más certero y puñetero. Gracias por aguantar mis paranoias, por animarme cada día, por leer los libros cuando aún están llenos de errores… Y, sobre todo, gracias por estar ahí. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Y, por último, aunque no menos importante, quiero darte las gracias a ti, lector. Gracias por haberme dado unas horas de tu tiempo, por apoyarme comprando mis libros y dejando tus comentarios. Sois la gasolina que necesito para escribir.

Un abrazo,

Gemma

Otras obras de la autora

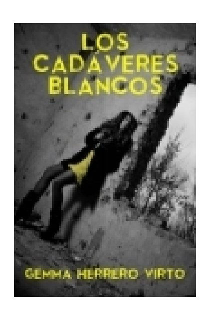
Novela policíaca

Best-seller en Amazon. Miles de copias vendidas en más de 60 países.

¿Quieres unirte al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?

Una nueva aventura de los personajes de La red de Caronte, tan emocionante y frenética como su predecesora.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



A mediados de 2018 podréis disfrutar de esta nueva aventura de los personajes de La red de Caronte.

Varias mujeres asesinadas, un extraño ritual, unos crímenes aparentemente perfectos… ¿Qué misterio se esconde en los cadáveres blancos?

Thriller paranormal

Novela Finalista del Premio Literario Amazon 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.

Novela Finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?

Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía

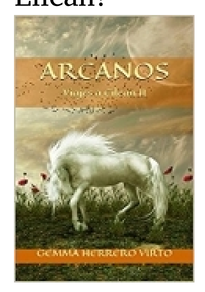
Trilogía viajes a eilean

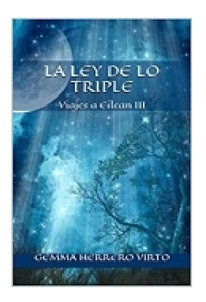
Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.

Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

Cuando Luna llegué a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance… Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?





Relatos

Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.

Fecha de publicación: Febrero de 2018

Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños… ¿Quieres mirar qué es lo que se oculta detrás del velo?

Fecha de publicación: Finales de 2018

Estamos en una época de grandes avances. Hay una revolución en la informática, en la robótica, en la medicina… ¿Todos estos cambios están llevando a la humanidad a una época de progreso nunca visto o está perdiéndose el propio ser humano en este proceso?

Cuentos del futuro cercano es una recopilación de relatos que trata de dar respuesta a estas cuestiones… o quizá de provocar más preguntas.

Medios de contacto

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean
Blog: https://idaean.wordpress.com/
Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Si alguno de mis libros te ha gustado, no olvides pasar por Amazon para dejar tu opinión. Para ti serán sólo un par de minutos, pero me estarás ayudando a que más gente me conozca y a seguir con mi sueño. Muchas gracias de antemano.

Un abrazo,
Gemma

[i] El Corte Inglés es una cadena española de grandes almacenes. Prácticamente todas las ciudades importantes de España tienen uno.
[ii] Entidad bancaria (Banco Bilbao Vizcaya Argentaria). Su sede central en Bilbao es un gran edificio con una fachada de cristales rosados. Al ser uno de los edificios más altos de la ciudad, puede verse casi desde cualquier punto y ha servido de referencia en numerosas ocasiones para que esta autora (que se pierde hasta en su casa) haya podido orientarse.